

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

LA NIÑA DE LOS DIAMANTES



UNA NOVELA
COMPLETA

LA NOVELA ILUSTRADA
REVISTA SEMANAL = NUMERO 345

35 CENTIMOS

LA NIÑA DE LOS DIAMANTES

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens
- 4.—Carmen, Próspero Mérimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguenev.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Melistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Mérimée
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El ídolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- Los buscadores de oro, E. Conscience.
- La bohemia, E. Murger.
- 38.—La pena del muerto, por Q. Couch.
- 367 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganzúa, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Staepoole.
- 251, 252 y 253.—La Maffia; Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordon Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.
- 326 a 331.—El rey, el pueblo y el favorito, Rafael d. Castillo.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero).—284.—El Año Terrible. 301.—El rey se divierte. Ruy Blas. Hernani. Angelo, tirano de Padua. 302.—Cromwell. Maria Tudor.

Colección Tolstoi.

- 44.—Resurrección. 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. duTerra

77. La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocambole tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de

las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azules.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96 Los lobos de la nieve.—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color de rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La vida de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

Colección Dumas.

- 51 a 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 a 55. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio, 2 tomos.—66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 a 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 153. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199. Las lobas de Mahecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frias

- 180 a 183. El Tribunal de la sangre.—89 a 147. El siglo de las tinieblas.—308 a 311. El peluquero del Rey.—312 a 318. Las justicias de Felipe II. 319 a 325. Las dos reinas.

Mayne Reid

- 159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Maño Roja. 181.—Los balleneros 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

- 200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lucrécia Borgia.—La buena madre, 285 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

- 175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares. 303 al 306.—Don Quijote de la Mancha.
- 209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo.
- 241.—Moratín, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras.
- 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.
248. Lope de Vega.—La boba para los otros y secreta para sí.—Las bizarrías de Belisa.
- 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado.
- 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz. 307.—El médico de su honra.—Mañana será otro día.
- 254.—Romancero del Cid.
- 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra.
- 259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...

Manuel Fernández y González



LA NIÑA DE LOS DIAMANTES



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

La libertad de la Cátedra.

Asalto de la Universidad de Madrid
por la policía en 1884.

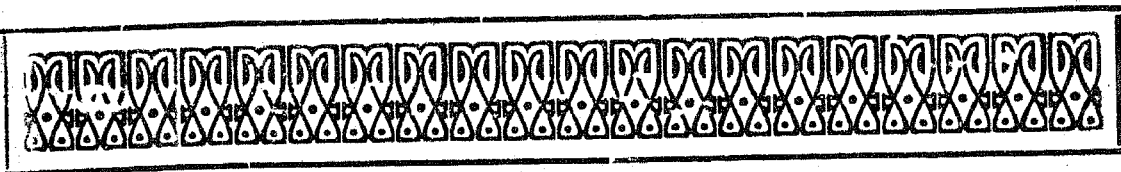
Esta obra del ilustre catedrático don Migeul Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos asociándose á la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos. La velada que los escolares

madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Llorca y Compañía, Mesonero Romanos, 42, Madrid Apartado de correos 376.



La niña de los diamantes.

CAPÍTULO PRIMERO

En que la protagonista de nuestra historia se presenta haciendo una meritoria obra de caridad.

Era una cruda mañana del mes de Enero.

A la mitad de la subida de la calle de Atocha, sobre la ancha acera de la izquierda, había un miserable mueblaje: un catre de pino, un colchón envuelto en manta vieja, dos sillas, una pequeña mesa y algunos utensilios de cocina.

Sentada en el umbral de una puerta inmediata había una mujer de riguroso luto, pero luto humildísimo, lo más pobre posible.

Un pañuelo negro la cubría completamente la cabeza y la caía sobre el semblante, hasta el punto de no dejar ver de él más que la boca y la barba.

Pero esta boca y esta barba eran hermosísimas y ponían en deseos de ver el resto.

La enlutada tenía en sus brazos, cubriéndole con un pañolón de lana, un niño en mantillas.

Un perro blanco de lanas, de los llamados habaneros, estaba echado á los pies de su ama, y lo que era bien extraño, un gato negro aparecía sentado é inmóvil sobre el colchón, sin inquietarse por la gente que se detenía atraída por aquel cuadro conmovedor, y pasaba murmurando frases semejantes á las siguientes:

—¡Pobre mujer!

—¡Es un desahucio!

—¡La han puesto los muebles en la calle!

—¡Estos caseros no tienen corazón!

—¡Pues mira el perro y el gato! ¡Los animales valen más que muchas personas!

Los que esto decían eran criadas que iban á la compra ó gentes de ésas que salen temprano á sus negocios.

Pero nadie, á pesar de estas exclamaciones conmisericordias, se acercaba á

aquella desventurada para preguntarla si la podía servir en algo.

La mujer estaba inmóvil, replegada sobre sí misma y como insensible, con esa especie de insensibilidad de la miseria desesperada que se resigna á todo lo que sobrevenga por terrible que sea.

De improviso otra mujer se deruvo delante de la enlutada.

La miró profundamente y exclamó:

—¡Bendito sea Dios y cómo se deja caer sobre los pobres!

La que acababa de decir estas palabras era una joven como de veintidós años, de mediana estatura, esbelta, gallarda, morena, con ojos y cabellos negros rizados y vestida completamente á lo chula, con rico pañuelo de seda en la cabeza, amplio mantón alfombrado y traje de fantasía confeccionado á la moda.

Sus manos brillaban, cargadas de sortijas de diamantes; llevaba brazaletes de oro y de oro también el imperdible que sujetaba sobre su redondo seno su pañuelo.

Se trataba, pues, si no de una grande de España, de una grande del pueblo, y tanto daba: los extremos se tocan.

—Perdone usted, señora—dijo la chula conmovida—; pero á usted la han echado de la casa.

La enlutada levantó la cabeza para mirar á quien la hablaba y entonces pudo verse por completo su semblante.

Un semblante de arcángel.

Pero de arcángel pálido, demacrado y triste.

—Soy pobre, estoy enferma y sola en el mundo—respondió con acento resig-

nado y apenas perceptible aquella pobre.

—Con esa cara no está sola una mujer sino porque quiere estarlo, porque es buena y honrada—dijo con una cierta vehemencia la chula.—Vamos, cuando á una se la viene á la voluntad una buena idea, no hay que pararse á pensarlo: véngase usted conmigo.

—¿Y adónde?—preguntó la enlutada.

—¿Pues adónde ha de ser? A mi casa—dijo con una ligera expresión de ofendida la chula.—¿Por ventura desconfía usted de mí?

—No se puede desconfiar de quien, como usted, habla con el corazón descubierto—dijo con una dulce tristeza la enlutada.

—Pues entonces á no perder tiempo, que el gris que corre afeitado y no permite entretenerse en largas conversaciones; vamos andando: yo vivo á un paso de aquí, en la calle de Santa Isabel, en un sotabanquito muy alegre.

Y dió su pequeña mano para ayudar á levantarse á la enlutada.

Esta hizo un esfuerzo; pero á pesar de la ayuda que la prestaba la chula, volvió á caer sobre el umbral de la puerta.

—¡Pero hija—exclamó la chula—, usted está peor de lo que parece!

—¡Mi hijol—dijo aquella desdichada.—¡No me espanta nada más que mi hijol!

—Vamos—exclamó ya de todo punto conmovida la chula.—Dios me ha traído hoy por aquí; ¡eh, marusol—añadió dirigiéndose á un cochero de plaza que á la sazón pasaba—, arrima aquí.

El cochero arrimó á la acera y la chula añadió:



—Baja y ayúdame á poner esta enferma en tu carromato.

Aunque me ha insultao osté llamándome maruso, ayá voy yo, gloria, á ayuarla asté en tóo lo que osté quiera, aunque sea de cabeza—dijo el cochero.—¡Jesucristo, y qué jembral

—Echa ahí mano, granuja, y déjate de burlerías, que tú eres lo menos del Perchel de Málaga—replicó la chula.

—Yo soy de Aljama, pa servir á toas las hembras güenas—dijo el cochero.

Entre los dos tomaron literalmente en peso á la enlutada; la llevaron al carruaje y la metieron en él.

El perro siguió inmediatamente á su ama y saltó dentro de la berlina.

En cuanto al gato se inquietó, y receloso y como temiendo ser abandonado, maulló dolorosamente.

—¡Ah, mi pobre Mistifilín!—dijo la enlutada.

—Todos caben—dijo la chula.—¿Y por qué no? ¡Mis, mis! ¡Michito!

Y se acercó al gato.

Mistifilín se dejó coger.

La chula le trajo en brazos al carruaje y entró en él.

—Yo enviaré luego por esos trastos á la tía Hipo—dijo—, y si se los han llevado, mejor; en casa no hacen falta.

—¿Y aónde es la casa, señora mía?—preguntó el cochero.

—Santa Isabel, 50—dijo la chula.

El cochero cerró la portezuela.

El carruaje se puso poco después en marcha.

El pobre menaje quedó allí abandonado.

Apenas había partido el carruaje, cuando se abrió la portería de la casa en cuya puerta hemos visto á la enlutada; salió una mujer ya de edad madura, seca, apergaminada, mal perjeñada, y se dirigió apresuradamente, atravesando la calle, á una taberna, y se entró en ella.

—¡Silvestre—dijo á un hombre ya de edad y con la facha más legítima de bribón que podía darse—, déjate de conversación y de aguardiente y á escape á avisar al señor; la Nenita de los diamantes ha recogido á doña Sofía.

CAPITULO II

Otra obra de caridad más antigua.

El núm. 50 de la calle de Santa Isabel era una casa enorme, en donde habitaba, de los sótanos á las buhardillas, un mundo de gentes de todas clases y condiciones.

En la parte alta, á cuarenta y tantos pies sobre el nivel del de la calle, frente al desemboque de la escalera, estaba la puerta del cuarto al que la Nenita de los diamantes había llamado su alegre sota-banquito.

En efecto, aquel pequeño cuarto era muy alegre.

La luz del mediodía entraba en él directamente por sus ventanas, que dominaban los tejados de las casas inmediatas y descubrían el campo y la vía férrea de Aranjuez, y á la izquierda, la rotonda del Observatorio Astronómico y los altos cubiertos de verdura del Retiro, y al fondo y á la izquierda, una pintoresca lontananza de colinas azules.

Era aquella salita, con sus dos ventanas apaisadas, un bonito mirador.

Completaban el cuarto de la Nenita de los diamantes, una cocina y dos dormitorios.

En el de la sala, que era bastante grande, dormía la Nenita.

En el otro, inmediato á la cocina, y mucho más pequeño, estaba acomodada la señá Doro.

La llamaban así para abreviar su nombre, que era Dorotea.

Esta mujer, vieja ya, estrecha, fea, larga, no dejaba de ser por esto una buena, una excelente mujer, que aunque allá en sus mocedades había tenido merito, se había mantenido soltera y doncellota, porque ella decía que no quería que ningún mal-nacido tratase como un padrastró á su María.

He aquí cómo, joven aún, y en estado de merecer, la señá Doro, aún no cumplidos sus treinta años, había llegado á ser madre virgen.

Veintidós años antes, al volver la Doro una noche de los ejercicios de San Ginés, la estremecieron unos dolorosísimos gemidos que salían de una buhardilla inmediata á la suya.

Los gemidos parecían producidos por una mujer muy joven, y los inquilinos de aquella buhardilla, los vecinos de la Doro, eran un matrimonio sin hijos, ambos cónyuges ya de edad provecta, él oficial de zapatero de obra prima y ella planchadora.

La Doro se detuvo en la puerta de sus vecinos, sorprendida por aquellos gemidos, y sin atreverse á llamar, temerosa de cometer una indiscreción.

Pero en aquel momento se abrió la puerta, y apareció con su mándil, sin

nada en la cabeza, y como quien sale apresurado para algún negocio urgente, el buen Santiago, el Cucate, que así de nombre de pila y de mote se llamaba el zapatero.

Al ver á la Doro á la luz de una candileja que iluminaba, ó mejor dicho, medio alumbraba el descansillo de las buhardillas, dijo sin detenerse:

—Entre usted, señá Doro, que mi mujer se queda sola y muy apurada.

—¿Pues qué sucede? —preguntó la Doro.

Cucate no la respondió.

Se dejaba ir rápidamente por las escaleras, como quien no puede perder un solo instante.

Los gemidos que provenían del interior de la buhardilla se hacían de momento en momento más agudos y más dolorosos.

La Doro no vaciló ya.

Entró.

Atravesó un pasillo.

Llegó á lo que podía llamarse la sala.

Luego á la alcoba.

La señora Verónica estaba junto al lecho nupcial, sosteniendo entre sus brazos á una mujer joven y hermosísima, que aparecía medio echada en el lecho.

Aquella joven estaba vestida rica y elegantemente, y tenía todas las apariencias de una verdadera señorita.

Sus dolorosos gemidos crecían.

—Pero ¿qué esto?—preguntó toda sobresaltada la Doro.

—¿Qué ha de ser?—exclamó con acento sereno la Verónica.—Que Dios nos ha enviado una obligación que cumplir,

y cuando Dios envía estas cosas, hay que tomarlas sin murmurar ni quejarse.

—Pero, ¿qué es, en fin?—insistió la Doro.

—¿Pues no lo ve usted, vecina?—dijo Verónica.—Una pobre señorita que la ha cogido el mal trance y que yo me he encontrado casi desmayada en la puerta de la casa cuando volvía del rosario de la capilla del Olivar; y ¿qué había de hacer? La he subido aquí con todas las penas del mundo, y cuando nos hemos enterado de lo que es, mi hombre ha ido á escape á buscar una comadre.

En aquel momento crecieron los gemidos de la joven.

Se convirtieron en gritos agudos, horribles.

De improviso, se hicieron espantosos de oír, y luego cesaron de todo punto.

En seguida sobrevino otro sonido más conmovedor aún.

El del llanto de una criatura.

La Doro y la Verónica se helaron de espanto.

Apareció entonces Cucate.

Le seguía una mujer del pueblo, alta y gruesa, en cuyo sobrealiento, como en el de Cucate, se comprendía que habían subido rápidamente las altas escaleras.

Aquella mujer era la comadre.

No hacía ya falta.

—La niña había nacido.

La madre había muerto.

Así vino al mundo la heroína de nuestra historia.

La que más tarde debía llamarse la Nenita de los diamantes.

CAPITULO III

En que la caridad se sublima hasta el punto de conmover á tres curiales.

Fué necesario de todo punto dar parte al alcalde de barrio.

Acudió éste.

El juez de guardia fué avisado.

Sobrevino con su correspondiente escribano y el alguacil adjunto.

Comenzó el sumario sobre la declaración de Verónica.

Esta no pudo ser más breve.

Había encontrado á la puerta de su casa á aquella señorita.

La había socorrido.

Ella había muerto, dando á luz un hijo antes de que llegase la comadre.

Cucate y la Doro declararon también.

Por una rara excepción, la justicia no había ido allí á perseguir un crimen, sino á admirar una grande obra de caridad.

—Estas gentes del pueblo—murmuró para sí el juez profundamente conmovido—aún conservan el corazón.

La comadre, que no había servido para su oficio, sirvió para registrar á la difunta.

No se encontró sobre ella papel alguno, ni cifra, ni indicio por el cual pudiese llegarse inmediatamente á la identidad.

Sólo un collar de oro á la moda, con un rico medallón.

Un brazalete de oro.

Unos pendientes de diamantes.

Pero ni en estas alhajas, ni en las ropas, había ni cifras ni escudos.

Ninguna señal, en fin, determinante.

La difunta era hermosa, blanca, rubia y como de diez y siete á diez y ocho años.

Sus ropas, tanto interiores como exteriores, eran ricas y á la moda.

Esto fué lo único que, á más de la recién nacida, encontró el juzgado.

Pero había que ocuparse de aquella desventurada huérfana.

Verónica cortó brevemente, y de un solo golpe, la cuestión.

—Esta niña no va á la cuna—exclamó ya con un tono de defensa agresiva—; mi marido y yo la *aprohijamos*; si no, ¿para qué nos la ha enviado Dios?

—Y yo también—dijo la Doro—, si es que un día se queda otra vez la niña huérfana y yo vivo.

—¡Jesús, y qué mal agüero!—exclamó la Verónica;—¿y por qué nos hemos de morir nosotros ante de criar á nuestra niña?

—Yo no digo tanto, ni lo quiera Dios, exclamó la Doro—; pero es que yo quiero tener también parte; que yo también he visto morir á su madre, y la he

visto nacer á ella; es que yo también quiero ayudar.

—Bueno, bien—dijo el juez más y más conmovido—; yo también tomo mi parte. Yo me encargo de pagar la lactancia de la niña, y la apadrino.

—Yo,—dijo el alguacil, que estaba riquillo—, pago las envolturas.

—Y yo—saltó el escribano—, me encargo del entierro de la madre.

Como se ve, allí no había en aquellos momentos, ni justicia, ni rey, ni Roque.

No había más que almas. La situación los había dominado á todos.

La curia había realizado el milagro de que asomase á sus ojos una lágrima de emoción.

Y es que hay situaciones punzantes, desgarradoras, que hacen sentir su influencia aun en el pedernal.

No había entrado por poco la expresión que había quedado en el pálido semblante de la hermosísima difunta.

Aparecía en él el misterio de una historia, tanto más interesante cuanto más desconocida.

A más, aquel semblante doloroso, que parecía dormido, suplicaba.

Parecía decir:

—¡Amparad á mi hijal ¡Yo os la confío!

Y aquellos pobres habían aceptado, sin vacilar, aquel legado de lágrimas.

Y el juzgado se había conmovido, y había reclamado su parte en aquella buena obra.

El juez hizo cuanto pudo por llegar á la identidad de la difunta.

Pero todos sus esfuerzos y los de la policía fueron inútiles.

Cuando se trató del entierro de aquella desdichada misteriosa, el señor Cucate tuvo una buena idea.

—No sabemos lo que puede suceder con el tiempo—dijo, reunido en uno que podía llamarse consejo, compuesto por él, por su mujer, por la Doro y por algunos parientes y amigos que velaban el cadáver—; no sabemos quien es esa señora; pero de seguro es de una familia muy grande; se la conoce á la difunta en la cara: y ya veis, todavía no se ha estropeado esa hermosa cara; parece que está dormida; me parece que sería bueno llamar á un fotógrafo, para que la retratase delante del mismo señor juez, que es muy bueno, y que él certificase que el retrato es el mismo de la madre de la criatura que hemos “aprobado” mi mujer y yo.

—Y yo para cuando ustedes falten—saltó la Doro.

—Y dale con los malos pronósticos—dijo Verónica.

Como la idea de Cucate era buena, el juez la aceptó.

Llamado el fotógrafo, se tuvo un buen retrato de la difunta.

Se la cortaron además dos rizos de los rubios cabellos.

Uno de los retratos, en fotografía, con uno de los rizos, se unió á los autos, y se legalizó en forma, como así también el otro rizo y otro retrato y las alhajas y ropas que se habían encontrado sobre la difunta, y que se entregaron á los padres adoptivos de la niña, bajo inventario.

Se hizo el entierro, al que asistieron Cucate, Verónica, la Doro, los amigos y

los compadres de éstos, presidiendo el duelo el juez y el escribano, seguidos del alguacil.

El cadáver de la misteriosa desconocida ocupó un nicho perpetuo que le pagó el juez en el cementerio general de la Puerta de Toledo.

Aquella misma noche, y siendo padrino el juez y madrina la Doro, se bautizó á la niña, á quien, en memoria de la desgracia de su madre, se puso por nombre María de los Dolores y por apellidos los de sus padres adoptivos, de Velasco y de Moncada, dos nobilísimos apellidos históricos que habían venido á parar humildemente en un zapatero y en una planchadora.

Y éstos son los linajes.

Empiezan en punta y en punta acaban.

Hubo gran bateo, á costa, se entiende, del juez.

Había que poner una lápida en el nicho de la misteriosa incógnita.

También el juez la pagó.

En aquella lápida se grabó, bajo una cruz, la inscripción siguiente:

A SU DESVENTURADA MADRE

MARÍA DE LOS DOLORES DE VELASCO

Y DE MONCADA.

R. I. P.

10 de Enero de 18...

CAPITULO IV

En que acaban de darse á conocer la Doro y la Nenita.

Indudablemente, la Doro había sido una profetisa de mal agüero, cuando había pedido al juez hiciese que constase legalmente, que si morían el Cucate y Verónica, ella adoptaría á la niña.

Cucate, ya lo hemos visto, tenía mucho corazón.

Era capaz de cualquier acción loable y aun heroica.

Pero estas buenas cualidades estaban empañadas por gravísimos defectos y aun por vicios.

Se embriagaba casi diariamente y singularmente los lunes, como homenaje á San Crispín, patrón de los zapateros.

Y no era lo malo que se embriagase, sino que tenía muy mal vino, y cada embriaguez le valía una camorra.

Cierto era que le temían por valiente, cuando se ponía á medios pelos, y que salía bien de todas sus cuestiones.

Pero tanto va el cántaro á la fuente, que al fin se rompe.

Un día, poco después de la adopción de María de los Dolores, dió el zapatero con la horma de su zapato.

Con un valiente de los que hoy se usan, con el cual por una causa fútil se trabó de palabras, y que sin avisarle le dió de improviso en el corazón una puñalada "madrugando", como dicen los

tunantes, o á traición, que es el calificativo propio.

En resumen la muerte del pobre Cucate fué instantánea.

Al saber la funesta noticia Verónica, se accidentó, y tal fué y tan grave el accidente, que sobrevino la congestión y todos los esfuerzos que se hicieron para salvarla fueron inútiles.

Sucumbió algunas horas después que su marido, y con él fué enterrada en la misma sepultura que pagó la Doro.

Esta, pues, asumió los derechos y los deberes de madre adoptiva de María de los Dolores.

Cuando esto estuvo legalmente constituido, la Doro exclamó:

—Pues señor, á mí nunca me han mareado los hombres; aunque venga el rey en persona á pedirme mi blanca mano, no se la doy: mi hija no ha de tener ni padrastro ni hermanos; todo lo que yo tengo y lo que yo todavía gane, á la Caja de Ahorros para ella: bastante casada estoy ya.

Y la Doro sostuvo su palabra, aunque alguno que otro tunante, camelándola para sacarla los cuartos, le puso un tanto á punto de caer en la tentación de matrimonio, que de otra manera no podrían ser atendidas las buenas costum-

bres y las rígidas ideas de la Doro.

Se consagró, pues, en cuerpo y en alma á su María de los Dolores, ó á su Lolita, como ella la llamaba, que se criaba hermosísima.

La profesión de la Doro era lucrativa, muy decente y aun artística.

Era corredora de alhajas.

Tenía una gran inteligencia en piedras y estaba al dedillo de la moda.

Compraba, vendía y recibía en comisión joyas de gran valor, que ella tenía suma gracia para colocar.

Estaba relacionada por su comercio con la sociedad más alta y más brillante de la corte.

Así, pues, no le fué difícil colocarla de interna, cuando cumplió los seis años, en uno de los mejores colegios de los que sostienen las señoras de la beneficencia.

Lola creció.

Se desarrolló hermosísima.

Se hizo una señorita.

A los doce años era ya una mujer, una mujer incipiente mujer; pero ya deliciosa.

Iba tomando además un cierto aire de altivez.

La Doro se alarmó.

No, no te quiero yo tan fina ni tan señorita—dijo para sí—; es necesario que aprendas á vivir del trabajo; ya te han enseñado bastante en el colegio; lo que falta para que ganes honradamente la vida, te lo enseñaré yo: me voy cascando ya, y para cuando yo no pueda, es necesario que tú estés al corriente y acreditada.

En efecto, ya fuese por los aperreos que la Doro se daba correteando sus

alhajas, ya porque Dios ha criado, especialmente á la mujer, para la familia proveniente de ella, no para el celibato casto, castísimo, como lo era el suyo; ya porque su amor de madre adoptiva, de madre virgen, la hubiese hecho sentir, aunque inconscientemente, otro amor de madre más de la naturaleza; en fin, nacido de sus entrañas, de su alma, de su ser entero, fuese por otras razones, se fué poniendo rancia, demacrándose, avellanándose; su atractivo fué desapareciendo, con su juventud perdió la redondez de sus formas; sus ojos negros, vivos, chispeantes, ardientes, graciosos, fueron apagándose y perdiendo la intensidad de su color, la fulgidez de su brillo, la fuerza de su expresión, y á los cuarenta y dos años, cuando Lola había cumplido sus doce, y había habido necesidad de vestirla de largo, por su magnífico desarrollo; á los cuarenta y dos años, repetimos, la Doro representaba más de cincuenta; estaba flaca y árida, los cabellos blancos vencían á los negros; era, en fin, la sombra de sí misma.

El amor, que sólo había conocido de lejos, sin abrirle jamás la puerta, se ven-gaba.

La quitaba los atractivos que él había buscado, sin llegar á obtenerlos.

Desde el momento en que sacó á Lola del colegio, la llevó consigo, para enseñarla el comercio á que debía dedicarse.

“Un comercio muy decente”, como decía, llena de vanidad, la Doro.

Lola obtuvo en todas partes adonde la llevó su madre adoptiva, un éxito completo.

Era morenita, de una estatura femenil,



de la talla que debió tener Venus, suculentamente bella y con un grande atractivo, lo que hacía de ella una de esas adolescentes irresistibles, en las cuales puede decirse que resplandece la hermosura, con todos sus fulgores; el de la juventud inmarchita, el de la pureza inmaculada, el de las formas ideales que determinan un ser adorable, casi divino, un arcángel en el momento del tránsito, en que la niña y la mujer se confunden.

Momento brevísimo que pasa como el relámpago.

Como pasa al medio día, la deliciosa fragancia que da la flor que rompió su capullo en la hora misteriosa de la alborada.

La Doro se quedaba embobada mirándola, y decía para sí:

—¡Dios me la ampare! Es demasiado hermosa mi hija para no tener miedo por ella; ¡y buenos están los hombres! ¡Vamos! ¡Si saliera á mí y no quisiera á ninguno!

Y la pobre Doro suspiraba, y parecía que aquél suspiro se le arrancaba de las entrañas.

Cuando salió del colegio Lola, creía que la Doro era su madre.

Pero hay cosas que no pueden ocultarse durante mucho tiempo.

Llega un momento en que estos hijos irregulares hacen preguntas terribles, á las cuales no se sabe contestar.

—Tú, mamá—dijo un día de improviso Lola á Doro—, ¿eres viuda?

La Doro se sobresaltó.

Se quedó mirando, entontecida, á Lola.

No sabía qué responder.

—¿Y por qué me preguntas eso? —dijo al fin.

—Nunca me has hablado de mi padre.

—¿Y á qué hablar de cosas tristes? —respondió tartamudeando la Doro.

Sentía en el alma un terror frío, un peso insoportable.

Y esto que en ella no había pecado.

Que no tenía que avergonzarse delante de Lola.

Pero, ¿cómo decirle “yo no soy tu madre”.

¿Cómo revelarla lo terrible de su nacimiento?

¿Cómo inquietar aquella alma joven y purísima?

Y sobre todo, ¿cómo resignarse á perder el inefable sentimiento de que Lola la creyese su madre, no por ante el corazón, no por ante la caridad, sino por ante la naturaleza.

Era la de Doro una de esas situaciones terribles, de las que no se puede salir sin que se rompa algo doloroso que se lleva consigo una parte del alma.

Por aquella vez Doro encontró una evasiva.

Se escurrió.

Ganó tiempo.

Pero temblando por el miedo de que Lola volviese á la carga.

Y volvió.

Pero con más fuerza, con más intención.

Era muy inteligente.

Poseía esa percepción misteriosa que no pueee definirse.

Que consiste en saber lo que no se ha aprendido.

En adivinarlo.

Esto se llama en filosofía, y de una manera muy vaga, *intuición*.

Como si dijéramos, conocimiento innato que tenemos en nosotros de cosas que prácticamente no conocemos.

Una especie de ciencia infusa.

Como se ve, no puede haber una cosa más indeterminada.

Misterios del alma.

De tal manera atacó Lola á la Doro, que ésta no pudo defenderse, y exclamó con un acento desesperado:

—Te has empeñado en saber lo que yo quería con toda mi alma que no supieses nunca; pero ya que te empeñas en que yo hable, bueno: Dios sabe que yo no tengo la culpa, que no puede ser que yo impida que tú aprendas las cosas del mundo y me creas una mala mujer; y como las cosas, cuando no pueden callarse, deben decirse de una vez, sábelo: yo no soy tu madre, yo estoy tan pura del amor como tú; yo no he amado en el mundo á nadie más que á ti, después de los padres á quienes he debido el ser.

Y después del violento esfuerzo que para decir esto había hecho la Doro, rompió desconsoladamente á llorar.

Lola se puso pálida como una muerta.

Se sobrecogió.

Guardó por algunos momentos silencio.

Al fin, dijo, con la voz apenas perceptible, y temblando toda:

—¿Pues si tú no eres mi madre, de quién soy yo hija?

—¡Dios lo quiere, Dios lo quiere!—exclamó la Doro, levantando al cielo los ojos anegados en lágrimas:—Dios nos dé fuerzas á ti y á mí.

La Doro había previsto, después de la primera pregunta de Lola acerca de su origen, que la segunda no se haría esperar, y se había prevenido.

Había sacado de una vieja arca todas las pruebas del nacimiento, ó por mejor decir, de la historia del nacimiento de Lola, y las arregló; esto es, puso aparte los papeles testimoniados y legalizados.—Ya sabemos que entre estos papeles estaba el retrato en fotografia de la difunta.—En una caja las alhajas que aquella desventurada había llevado sobre sí, y en un paquete las ropas.

Todo esto lo puso en el fondo del tercer cajón de la cómoda, que rara vez se abría, y al ponerlo murmuró estremeciéndose:

—Dios quiera que en mucho tiempo no tenga yo que sacar de aquí estas dolorosísimas cosas.

La Doro, al decir esto, tenía los ojos bañados en lágrimas.

El momento que ella temía no había tardado en llegar.

Se fué á la cómoda, abrió su tercer cajón, sacó de él el legajo, la carta y el paquete, los puso sobre el velador, y dijo á Lola:

—Entérate tú de eso: ahí está todo: yo no tengo valor.

Y se sentó desalentada, fatigada, abrumada.

Aquel momento fué solemne.

Lola miró con miedo los objetos que la Doro había puesto sobre el velador, y permaneció por algunos momentos inmóvil.

La Doro estaba doblegada, y miraba con ansia á Lola.

No sabía qué efecto podían causar en Lola aquellas prendas.

El miedo de que cuando Lola supiese que no era su hija dejase de amarla como hasta entonces la había amado, la apretaba el corazón.

Al fin Lola puso una mano trémula sobre la caja.

Permaneció algunos momentos más inmóvil.

Estaba pálida, tenía los ojos dilatados. Temblaba toda.

Al fin, con un movimiento brusco, nervioso, abrió la caja.

Las joyas estaban envueltas en papeles.

Lola abrió el mayor.

Contenía el collar de oro, con medallón, guarnecido de diamantes.

—¿Pero qué es esto?—exclamó Lola.
—¿Qué tiene que ver esto... con mis padres?

—Yo no puedo decirte nada—exclamó la Doro—; te repito que yo no tengo valor... fué una cosa muy terrible... ahí están esos papeles... son papeles de justicia...

—¡Papeles de justicial!—exclamó Lola estremeciéndose.

Temió que su nacimiento estuviese envuelto en un misterio.

—¡Ah! No, no—exclamó la Doro, comprendiendo por la entonación que Lola había dado á sus palabras, lo que tenía en el pensamiento—; pero acabemos de una vez; todo lo que se sabe de tu madre está escrito en esos papeles.

Lola desató la cinta de seda negra que ataba aquellos papeles.

La Doro no los había puesto por su

orden, y por acaso el primero que Lola tomó fué el testimonio á que estaba adjunto, sellado y legalizado en el anverso el retrato; por él constaba que aquel retrato era el auténtico de la difunta incógnita á que se referían los autos.

—¿Era ésta mi madre?—exclamó Lola con la voz alterada de una manera extraña, y devorando con una mirada ansiosa aquel retrato de cadáver.

—¡Tú lo has querido!—dijo con una suprema expresión de amor doloroso la Doro—; yo no te hubiera enseñado nunca esa desdicha.

Lola estaba como petrificada:

—¡Pero es ella, es ella! ¿No es verdad?—exclamó al fin ansiosa.

—Sí, ella es—respondió la Doro con la voz apenas perceptible.

—Guarda eso otra vez, mamá—dijo Lola con la voz ardiente y sonando á lágrimas.

La Doro alzó la cabeza, y miró de una manera indescriptible á Lola.

Toda su alma aparecía en sus ojos.

En el fondo de su mirada dejaba ver sus entrañas.

—¡Yo no tengo más madre que tú!—dijo Lola, arrojándose en los brazos de la Doro, que al ver el movimiento que Lola había hecho hacia ella, se había puesto de pie.

Lola besó á la Doro, como no la había besado nunca.

La Doro se abrasó en aquel beso.

—No, no—exclamó Lola llorando á lágrima viva—; yo no tengo más madre que tú. ¡Todo lo que digan esos papeles es mentiral! ¡Yo no lo quiero creer! ¡Yo no lo creo!

Era evidente que si la Doro había temido por amor, que Lola no supiese que ella no era madre de Lola, ella por amor á Doro, no quería creer que ésta no era su madre.

—¡Ay! Ahora te quiero más que nunca—exclamó la Doro.

—Y yo á ti también, madre—dijo Lola.

Y aquellas dos nobles criaturas, permanecieron un largo espacio abrazadas, temblorosas, mezclando sus lágrimas y sus besos.

Cuando pasó el paroxismo que las había causado aquella prueba terrible, cuando sobrevino la calma, aunque no pasado el cansancio, la Doro dijo á Lola:

—El que nos queramos y continuemos queriéndonos como si yo te hubiese tenido en mis entrañas, no quita el que ames también á la desdichada que te tuvo en las tuyas; ¡ah! ¡ya no tengo miedo! Yo te lo contaré todo, como pasó, y mejor que esos papeles; pero es menester que descanses tú, que descansen yo: ¡ay! ¡yo creí que me moría!

Y la Doro volvió á poner aquellas terribles pruebas en el cajón de la cómoda, y dijo cerrándola:

—Otro día te enterarás de todo.

En efecto, al día siguiente Lola, por el relato de la Doro y por la lectura de aquellos documentos, supo cuanto podía saber.

—Mañana—dijo la Doro—iremos á que tú veas, por primera vez, el nicho en que está todo lo que queda en el mundo de tu madre; es necesario que la quieras como me quieres á mí.

—¡Ah! ¡Pobre desventurada!—exclamó Lola—; ¿quién sabe la infamia ó el

crimen de que fué víctima? ¡Ah! Yo haré... yo procuraré... ¡me da el corazón que ha de llegar un día en que yo sepa quién fué mi madre... en que pueda vengarla!

Lola estaba magnífica al decir estas palabras.

Había aparecido en ella un nuevo carácter.

Una fiereza altiva indómita, que había dormido en ella, y que se revelaba á la primera prueba.

Una energía incomparable.

Un valor firme y sereno.

En una palabra, un alma fuerte.

Cuando fueron al cementerio, su amor y su agradecimiento se aumentaron.

La tumba, esto es, el nicho, tenía un cierre de cristal muy limpio; en el estrecho espacio que quedaba entre el cristal y la lápida, había algunas pequeñas imágenes de porcelana que representaban vírgenes, la corona de siemprevivas del último día de los difuntos, y muchas flores, frescas las unas, otras empezando á marchitarse.

Esto demostraba que la Doro, por criar á la hija, no se había olvidado de la madre.

Había allí, además, puesta de manera que pudiese verse perfectamente, una fotografía de la difunta.

Este era un anuncio perpetuo.

¿Quién sabía si algún visitante del cementerio, andando el tiempo, conocería á la difunta por su retrato?

Pero habían pasado muchos años y nada se había sabido.

El misterio continuaba pesando sobre aquella desventurada.

—Mi madre te bendice desde el cielo, sin duda, mamá—dijo Lola, al ver el cuidado que durante tantos años había tenido la Doro de la tumba de su madre.

—Desde hoy—dijo la Doro—no vendré yo sola: vendremos las dos.

—¡Oh! ¡sí! oye, mamá: ese retrato de mi madre, que tú has puesto ahí, sin duda, porque lo vean, ha hecho que se me venga á la idea, que yo que voy á todas partes, puedo llevarle sobre mí.

—¿Cómo?

—Sí, y como mi madre, por lo que parece, debió de ser de una gran familia, y muy conocida, llevando siempre á la garganta su retrato, podrá suceder...

—¿Pero cómo le vas á llevar?

—Sencillamente; ¿no tiene un medallón el collar que mi madre llevaba puesto cuando nació?

—Sí... ya comprendo.

—En ese medallón, bajo un cristal, se pondrá el retrato: abre el cierre, sácalo, mamá.

—No hay necesidad—dijo la Doro—; entonces se hicieron otros muchos, que yo tengo guardados y escondidos.

En efecto, Lola hizo acomodar en el

medallón, bajo un cristal, el retrato de su madre muerta.

Era una excelente fotografía, aunque pequeña.

No había ningún detalle perdido.

Además de esto, no parecía el retrato de un cadáver, sino el de una hermosísima joven dormida.

Lola, que siempre había vestido con lujo, le aumentó, llevando siempre el collar de oro, con el medallón, guarnecido de brillantes, adicionado con el retrato, los pendientes, el imperdible, las sortijas y el brazaletes de su madre.

Aquellas alhajas eran muy ricas.

Con el resultado de su venta, con la renta que hubiera producido, hubiera podido vivir desahogadamente Lola sin trabajar.

Muchas de las nobles y ricas parroquianas de Lola se habían enamorado de aquellas joyas, que eran muy bellas.

Lola había preferido disgustarlas á venderlas.

El uso constante de estas joyas era la causa de que se la llamase la Nenita de los Diamantes.

CAPITULO V

Lo que era la vida de Lola.

Lola conocía á medio mundo y medio mundo la conocía á ella.

Entre sus conocimientos había gentes de todas clases y condiciones.

Pero nadie podía decir de Lola nada que perjudicase en lo más leve á su buena reputación.

Y eso que tenía una libertad absoluta.

Hacía mucho tiempo que iba sola á todas partes.

Doro, que había trabajado excesivamente durante toda su vida, había contraído un tenaz reuma que no la permitía andar mucho, agravado por una afección de las vías respiratorias, que la hacía imposible la subida de escaleras.

Gracias si podía manejarse dentro de casa.

Se había visto obligada, pues, á dejar por completo el comercio de alhajas á Lola.

Cierto que en esto no se había perdido nada, porque Lola, con su juventud, con su belleza y con su buena gracia, vendía más y mejor que lo que antes habían vendido las dos juntas.

Había que tener en cuenta también que se había generalizado y que crecía de día en día el vicio del lujo.

Lola iba viento en popa con su comercio.

La Doro solía decirle:

—¿Pero por qué no nos retiramos, hija mía? Estamos ya ricas y me da pena de verte trabajar tanto.

—Lo que abunda no daña—decía Lola—; y además, lo que hoy sube, mañana baja, y es necesario vivir prevenidos; el mundo anda revuelto, y con estas cosas de la política no sabemos adónde podemos ir á parar; déjame tú que lleve todos los domingos mi por qué á la caja de ahorros; esto es mejor que hacer casas y que comprar tierras.

—Bien—decía la Doro—; pero también puede saltar la caja de ahorros.

—Toma — replicaba Lola—; también se puede caer medio cielo: mientras vivimos no tenemos seguro más que la muerte.

—Por lo mismo, y porque el excesivo trabajo no te traiga enfermedades, ni te ponga como yo estoy, sería conveniente que no trabajases tanto.

—¿Y qué me había yo de hacer si no iba y venía? Sería exponerme á enfermar de aburrimiento: bueno está como está; lo que hay que pedirle á Dios es salud, que buena falta te hace, pobrecita mamá.

Y besaba á la Doro, que la bendecía, y se acababa aquella conversación.

En efecto, Lola trabajaba mucho.

Se levantaba entre dos luces.

Tomaba la cesta de la compra, porque la tía Hipo que las servía, compraba mal por sisar para aguardiente, y fué necesario quitarla el grueso de la compra y dejarla reducida á los recados menudos.

Había que tolerarla, porque era muy cristiana, muy limpia, muy buena cocinera y muy hacendosa.

Era una lástima que con mucha frecuencia se pusiese á medios pelos.

Pero, en fin, ¿qué se le había de hacer?

En esto de criadas no hay que pedir gollerías.

Lo compensaba todo la honradez de la tía Hipo, incapaz de robar á sus amas, porque no se puede calificar de robo ni perjudica á la honradez una ligera sisa para una gotita.

Lola se iba primero á la misa de alba del Oratorio de Jesús Nazareno.

Luego al Mercado de los Tres-Peces, donde compraba lo mejor que había.

Servía á la doliente Doro el chocolate con buñuelos ó bizcochos, en la cama, sentada á la cabecera, tomando ella el suyo; arropaba de nuevo á su madre adoptiva y luego se lavaba y se peinaba lo más coquetamente que podía, y generalmente á lo chula; ayudaba en la limpieza y en la confección del almuerzo á la tía Hipo; á las diez levantaba, vestía y peinaba á la Doro; almorzaban las dos amas y la criada en mesa común á las once, democráticamente, mejor dicho, en familia, y después del almuerzo Lola se ponía de tiros largos y hecha una diosa; fresca, sonrosada, alegre, se salía á correr sus alhajas, á ganarse honradamente la vida, como ella decía.

A las seis volvía á casa con el producto de una buena venta; comía, recibía la visita de alguna amiga—allí no entraban nunca hombres—ó pasaba con la Doro al cuarto de alguna vecina, ó bien, bajando casi en brazos á su madre, la metía en un carruaje de plaza que había ido á buscar la Hipo, y se la llevaba ya á éste, ya al otro teatro, con preferencia á la Opera.

En estas noches, ambas vestían á lo dama y con lujo; ocupaban butaca, y las señoras de los palcos, que conocían sobradamente á Lola por su comercio de alhajas, decían:

—Mira, mira la Lola y cómo le reluce el pelo; por donde pasa agua, arenas quedan. —Esa busca un buen casamiento. —Hace bien; es joven, hermosa y rica.

Y así por este estilo, la envidia mal contenida de aquellas señoras se ocupaba de Lola; pero respetando siempre su honra de mujer. Esto era raro.

La envidia emponzoña y engendra la calumnia.

¡Ay de aquel que sobresale una sola pulgada por encima de la multitud!

Y Lola, por su hermosura, por su atractivo, por su distinción nativa, por su elegancia, ya vistiese como chula rica, ya como dama, era sobresaliente.

Cuando no iban al teatro, Lola acostaba temprano á la Doro y se estaba leyendo hasta las doce, en que se acostaba en la misma alcoba que ella.

Leía novelas.

Novelas patibularias, de las que producen incansables los ingenios modernos.

Esto la había dado sus pintas y ribetes de sentimentalista, de romántica.

Pero no la había pervertido.

Por el contrario, la había hecho conocer el bien y el mal.

Esta era la vida igual, metódica, inocente de Lola.

Aún no había ella empezado á hacer la novela de su vida.

Aún no había amado.

CAPITULO VI

La deuda de Lola.

Por una casualidad había tropezado, por decirlo así, Lola con la desdichada incógnita, á quien la justicia había *lanzado* por falta de pago de alquileres de la habitación que ocupaba, poniéndola con su pobre hijo y con sus miserables muebles en la calle.

Aquello fué providencial.

No era aquel el camino acostumbrado de Lola.

Cuando se detuvo, conmovida, delante de aquel cuadro de miseria, venía de otro grande lugar de miserias.

Del Hospital general.

La noche anterior, ya tarde, habían ido á casa de Lola con un recado de Quica la Bizca.

Lola había tenido á esta individua á su servicio, para la correduría de alhajas de poco precio, de esas que se venden á la chulería pobre en los cafés flamencos, á los cuales no podía ir Lola, sin herir gravemente su reputación.

No tardó en robarla la Bizca.

Lola, que pudo haberla metido en la cárcel, se contentó con despedirla, y no se volvió á acordar de ella.

Pero la Bizca, que era una bribona, se acordó de su antigua ama.

La conocía bien.

Sabía que era extraordinariamente generosa.

La Bizca se había enredado por cuestión de amoríos, tales como suyos en una culebra.

La *bronca* había sido formidable.

Había habido palos, puñaladas, y á ella misma la había alcanzado un puntazo, á consecuencia del cual había sido llevada en calidad de presa al Hospital General.

En tal tribulación, y no teniendo nada á qué agarrarse, se había acordado de Lola, y la suplicaba con sus *entrañitas* que fuese á verla, y á servirla con sus buenas influencias de madrina en el *comprometimiento* en que se encontraba.

—No lo merece—dijo Lola al mozo—; pero no le hace; en cuanto Dios amanezca iré.

Y cumplió su palabra.

Fué y prometió á la Bizca hacer con su influencia, por medio de sus altos conocimientos, en favor suyo, lo que fuese posible.

Se volvió.

Entonces fué cuando encontró á la desconocida enlutada del desahucio, y la llevó á su casa.

Cuando la vió la Doro con aquellos dos huéspedes, casi sin sentido la madre, llorando de hambre el pequeño, y cuando se enteró de lo poco de que había que enterarse, dijo:

—¿Sabes tú acaso en lo que te has metido, Lola?

—¿Supieron acaso donde se metían los benditos que recogieron á mi madre moribunda?—respondió Lola.—¿Lo supiste tú cuando al par de ellos me adoptaste? ¿Nome has sacrificado tú la familia que hubieras podido tener, tu juventud, todo lo que tenías; no estoy yo en una deuda sagrada con la caridad? Déjame que la pague y que yo haga por estas pobres criaturas, lo que ellos y tú hicisteis por mi madre y por mí.

La Doro no tuvo nada que decir.

Se conmovió. Sintió la magia de Lola.

Creyó ver en ella un arcángel resplandeciente, la bendijo en el fondo de su alma, y con toda su alma partió con ella la adopción de aquellos dos desventurados.

Empezaron sin levantar mano su obra de socorro.

Lola llamó á una vecina que criaba á un hijo suyo para que por el momento, mientras se buscaba un ama, lactase al niño.

La Hipo salió á escape á buscar á don Plácido, el médico de la Doro, para que se encargase de la madre, que había sido puesta en el mismo lecho de Lola y que estaba sin conocimiento.

En cuanto al ajuar que se había quedado en medio de la calle, ni aun se acordó de él.

El inspector del distrito puso junto á él dos agentes de guardia.

Más tarde, el juez municipal hizo el inventario de aquellos trastos, que fueron llevados al almacén de la Villa, donde quedaron en depósito.

CAPITULO VII

**En que no sabe por qué causa se baten á muerte dos individuos,
cuyos nombres se ignoran.**

Aquel mismo día, entre dos luces, media hora antes de que Lola fuese al hospital á ver á la Bizca, dos coches cerrados iban á corta distancia el uno del otro, lanzados al gran trote por la carretera de Aragón.

Antes de llegar á la Venta del Espíritu Santo, tomaron por la izquierda de la carretera, por un mal caminejo de herradura, y continuaron hasta un lugar arbolado y sombrío, por medio del cual pasaba el Arroyo Abroñigal Alto.

Este llamado arroyo, que no es otra cosa que una rambla que se extiende entre colinas, con que llueva algo se convierte en riachuelo, y si sobreviene un aguacero, toma el aspecto de un pequeño torrente, cuyas aguas turbias y espumosas se precipitan por el pendiente lecho con un estruendo verdaderamente escandaloso.

Algunas horas después todo aquel ruido, todo aquel aparato de destrucción cesan, y la rambla vuelve á quedarse, sino en seco todavía, únicamente mojada, ó más bien enlodada y con charcos acá y allá.

Gran parte de aquella noche, hasta, tres ó cuatro horas antes del amanecer había llovido á mares, y el fanfarrón arroyo conservaba aún todo el aspecto

formidable de sus grandes avenidas.

A alguna distancia de aquel torrente occidental, se detuvieron entre los árboles los dos carruajes.

Del uno de ellos, del que había llegado primero, salieron tres hombres.

Uno de ellos llevaba bajo del brazo una caja de mediana dimensión.

Del otro carruaje, salieron cuatro hombres.

Dos de ellos llevaban cajas, una de ellas mayor que las otras dos.

Un práctico en estos lances hubiera comprendido á primera vista que las dos cajas más pequeñas eran de pistolas, y que la tercera, la mayor, contenía un botiquín.

Se comprendía asimismo, que aquellos siete individuos eran dos de ellos actores principales del drama que se preparaba, cuatro los testigos de ambos, y el séptimo, el que llevaba el botiquín, el médico-cirujano indispensable en estos negocios.

Los siete iban cubiertos con sombreros hongos y anchos, y gruesos abrigos de color oscuro.

Empezaba á amanecer, y la luz era ya bastante para que pudiesen detallarse los objetos.

Los siete adelantaron y llegaron á un

claro cubierto de césped que en medio de la arboleda había.

A pesar del césped, el terreno estaba reblandecido por la lluvia, y hubiera sido imposible en él un duelo á sable ó á espada.

Pero se trataba, á juzgar por las apariencias, de un duelo á pistola.

Llegados al centro del ensanchamiento de la arboleda, se detuvieron y se dividieron.

Los padrinos se reunieron en un grupo y conferenciaron brevemente.

Entretanto, los dos adversarios, á distancia el uno del otro y á distancia también de sus testigos, estaban inmóviles.

Inmóvil también se estaba á un lado el médico.

Todos estos individuos eran distinguidos y de una distinción perfecta.

Se conocía á primera vista que era gente rica y principal.

Dos de ellos parecían como de cuarenta años.

Entre los treinta y los treinta y cinco otros dos.

El médico parecía pasar de los cincuenta.

En cuanto á los contendientes, el uno representaba veintiocho ó treinta años.

Al otro hubiera podido atribuírsele diez y ocho ó veinte.

Era alto y esbelto, gallardo, y de una distinción exquisita.

Imberbe, ni aun le asomaba el bozo.

Era muy blanco, con una blancura alabastrina, y su palidez le hacía parecer más blanco aún.

La blancura de una estatua de mármol de Paros que hubiese estado animada.

Determinaban un enérgico contraste con esta blancura, sus cejas amplias, anchas, suavemente arqueadas y negrísimas, que parecían formar un leve entrecejo en el nacimiento de su nariz, suavemente aguileña, de César romano.

Y á la verdad, había mucho de estatuario en el semblante y en las formas del sujeto de que nos ocupamos.

Sus ojos eran también negrísimos, lucientes, de mirada grave y profunda, y tenían en su expresión algo de siniestro, de satánico, sin duda acaso por la situación del momento.

No van al terreno para matarse dos seres humanos sin un gravísimo motivo que les hace sentir una insaciable sed de sangre y de exterminio.

Y lo sañoso, lo sanguinario y lo vengativo, se revelaban harto en el semblante del joven.

Rebosaban asimismo de él, la ririlidad, la serenidad y el valor.

El ala del sombrero proyectaba sobre su semblante una sombra que le hacía parecer más fantástico, más siniestro.

Y á pesar de todo esto, aquel joven parecía tan hermoso que hubiera podido envidiarle la mujer más idealmente hermosa.

Su enemigo era también alto, esbelto y robusto.

Era moreno, tenía la barba negra cerrada y recortada, negros los ojos, grandes y malévolos, lo que no perjudicaba á la belleza marcadamente masculina de su semblante, pero le daba una expresión desfavorable; era uno de estos tipos en que revela de una manera indudable esa audacia que nada respeta, que á todo

se atreve, y que hace gala de su cinismo repugnante.

Un tipo, en fin, de nuestros días en que abundan las gentes que perdida la conciencia, desconocido lo racional, no viven sino para lo que es groseramente positivo.

Criaturas que podrian muy bien llamarse bestias humanas.

Esto no quitaba el que pareciese muy distinguido y muy buen mozo.

Uno de esos buenos mozos, de esos tenorios de hoy por los que se pierden esas mujeres, en las que el amor no va más allá del materialismo.

Ya hemos dicho que los testigos del uno y del otro se habían apartado á conferenciar.

—Yo quisiera saber — dijo uno de ellos—si no nos queda ningún medio de avenencia honrosa.

—Ninguno—respondió otro—; las cartas que se han cruzado entre los dos y que nos han sido comunicadas, son de una manera tan grave, tan concluyentemente injuriosas, que aunque no conozcamos las causas que las han motivado, justifican el que hayamos venido seriamente al terreno.

—Ignoramos el nombre de ese joven.

—No importa: conocemos sus injurias.

—Podría sospecharse que ese joven es una mujer.

—A nosotros no nos incumbe el entrometernos en ese género de investigaciones.

—Pero ustedes, que son sus padrinos, debían saber...

—El ahijado de ustedes es el que nos ha suplicado le enviásemos de padrino,

alegando que ese joven es recién venido del extranjero y que no conoce aquí á nadie.

—Pero al ir á visitarle en su casa...

—Nada hemos visto allí que revele á una mujer.

—En el punto en que nos encontramos dilatamos demasiado nuestra conversación.

—Concluyamos, en fin.

—Sí, concluyamos y sea lo que fuere, nosotros habremos cumplido con nuestro deber.

Después de esto, los padrinos probaron el terreno. Le midieron.

Echaron suertes para ver cuáles eran las pistolas que debían usarse.

Las cargaron después.

Pusieron después á quince pasos de distancia de espaldas al uno y al otro, á los contendientes.

Se colocaron después á un lado, y uno de ellos dió con muy leves intervalos tres palmadas.

A la primera los dos combatientes dieron media vuelta, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, y prepararon.

A la segunda apuntaron.

A la tercera hicieron fuego.

Instantáneamente el de más edad, el moreno de la barba cerrada, giró violentamente, se le cayó de la mano la pistola, perdió el equilibrio y cayó desplomado como un árbol cortado por el pie.

El joven arrojó su pistola, se volvió á los padrinos, los saludó quitándose el sombrero y dejando ver que estaba peinado á la moda y que sus cabellos eran de un rubio dorado, y sin mirar al herido se alejó solo.

Todos habían contestado cortés y gravemente á su saludo.

Pero ninguno le siguió.

Todos, el primero el médico, acudieron al herido.

De la cabeza le saltaba un surtidor de sangre. Se le hizo sobre el terreno la primera cura.

El herido había perdido el conocimiento.

Entretanto el joven, había llegado á los árboles.

Se había metido por entre ellos.

Había llegado á uno de los carruajes.

Iba resplandeciente de venganza satisfecha.

Tenía entonces su hermosura, algo de la hermosura terrible que se supone á Satanás.

Un criado abrió la portezuela.

— A casa—dijo el joven.

El carruaje partió al trote largo de sus magníficos caballos.

CAPITULO VIII

El horrible despertar de una pesadilla.

En un gabinete ricamente alhajado, pero de una manera seria y aun pudiera decirse que sombría, en un gran lecho de dosel cuyos anchos pabellones caían en largas plegaduras sobre la alfombra, se veía á la luz de una lámpara de noche puesta sobre un velador inmediato á una dama, que dama debía ser la que tenía un tal gabinete por dormitorio.

La luz, aunque atenuada por una pantalla de cristal blanco, era bastante para que pudiera verse que la mujer que ocupaba el lecho, era blanca, rubia y de una hermosura extraordinaria.

Aquella mujer, ni dormía ni reposaba. Dormitaba de una manera agitada.

Su semblante estaba contraído por una expresión siniestra.

De su boca entreabierta que dejaba ver una bellísima dentadura, salía con suma frecuencia un gemido ronco, y frecuentemente también, como atormentado por un mal estar insoportable; aquella mujer se volvía una y otra vez y continuaba volviéndose como atormentada por una pesadilla insoportable.

Tenía fuera de las ropas los brazos que eran como su garganta y sus hombros y su seno desnudos de una belleza, y de una fuerza de voluptuosidad incomparable y un collar de gruesas perlas

aumentaba el efecto fascinador de tanta belleza.

Y no era joven aquella mujer.

Pero qué importaba.

Hay hermosuras para extinguir las cuales, menos aún para marchitarlas, es necesario un larguísimo transcurso de tiempo.

Parece que cada día que pasa por estas mujeres, hasta que llegan á una edad que para otras sería avanzada, las trae la nueva belleza, un acrecimiento de turgencia, la vida de la pasión.

Su color no empalidece.

Su piel no se arruga.

No encanecen sus cabellos. Sus ojos adquieren una fuerza volcánica.

Aparece en ellos la fiebre del amor.

El efluvio, por decirlo así, de poderosas pasiones.

La lucha con los desengaños.

El empeño tenaz de realizar esperanzas soñadas, y á veces la expresión siniestra del remordimiento por la memoria de excesos y tal vez de crímenes causados por esa lucha horrible que todos más ó menos sostenemos con nuestra voluntad irritada por lo imposible que no hemos podido vencer.

Empezaba á amortiguarse la luz de la lámpara.

En las junturas de las maderas de las ventanas aparecían líneas de una luz pálida.

La noche había pasado.

El día había avanzado.

En un reloj colocado sobre una consola, dieron las siete.

Se oyó el leve ruido de una puerta que se abría y apareció una joven como de veinte años, vestida á la manera de las doncellas de casa noble y rica.

Avanzó hasta cerca del lecho.

—Señora—dijo con la voz contenida.

Y había en la voz de la joven algo que revelaba un sobresalto, un espanto recientemente sentidos.

Aquella voz era trémula y cobarde.

La dama no respondió.

Continuó dormitando.

—¡Señora!—repitió la doncella con la voz más alta, pero también más temblorosa.

Entonces la dama despertó.

Se volvió hacia la doncella:

—¡Ah! ¿eres tú, Margarita?—dijo.

La voz de la dama era grave, pero fresca, sonora, y extraordinariamente simpática.

Hacia sentir además un cansancio de sufrimiento.

—Son las siete—dijo Margarita, y hoy tiene vucencia hospital.

—¿Te ha sucedido algo, Margarita?—la preguntó cariñosamente la dama incorporándose.

—¡Sucedarme! No, señora; nada me ha sucedido—respondió la joven.

—Y entoces ¿por qué te tiembla la voz y pareces aterrada?

—Yo no lo sé—respondió más atur-

dida aún Margarita—; pero es necesario que vucencia se vista cuanto antes, porque está ahí el señor conde de Río Verde que dice que necesita hablar urgentemente con vucencia.

—Algo terrible sucedió que tú sabes y no te atreves á decírmelo—exclamó la dama arrollando enérgicamente las ropas del lecho y saltando de él.

Entonces apareció magnífica; se dejaban ver sus maravillosas formas por la leve y delicada plegadura de la camisa de dormir de seda blanca y transparente.

Y acercándose á Margarita y asiéndola enérgicamente de una mano, la dijo:

—Cuéntamelo todo: ya sabes que yo soy fuerte, valiente.

—Es que, señora...—dijo Margarita, y se detuvo irresoluta.

—Habla, en fin—dijo con ansiedad la dama—; me estás haciendo suponer algo terrible, más terrible tal vez de lo que realmente suceda; habla, te digo; ya estoy bastante preparada.

—Es que el señorito, que salió esta mañana muy temprano, ha vuelto muy enfermo.

—¡Ah!—exclamó la dama con un acento supremo que revelaba que no tenía necesidad de más explicaciones.

Y poniéndose por sí misma una bata que estaba en un sillón junto al lecho y calzándose las pantuflas, atravesó desatentada el dormitorio y luego un gabinete y entró en un salón. En él había un señor con el sombrero puesto y enuelto en un grande abrigo.

Tenía el semblante sesgado y sombrío.

—¿Dónde está?—preguntó con voz ca-

vernosa la dama á quel señor en el momento que le vió.

—¿Por quién me preguntas, Paca?— preguntó con voz trémula al marqués de Río-Verde.

—Por él.

—¿Y quién te ha dicho que se trate de él.

—Lo adivino... es la primera vez desde nuestro enlace, que ha faltado una noche de mi lado... habla... estoy preparada...

—Y bien—dijo el marqués—: hay sucesos que fatalmente no permiten dilaciones.

Inés palideció mortalmente:

Su primo, que tal era el parentesco que existía entre ella y el marqués de

Río-Verde, la asió de una mano y la condujo.

Atravesaron rápidamente algunos salones y entraron en otro dormitorio no menos rico que el de la condesa de los Atabalillos, que éste era su título.

En aquel dormitorio había cuatro hombres delante del lecho.

Eran tres de ellos los que con el marqués de Río-Verde habían asistido como testigos al duelo que hemos relatado en el capítulo anterior.

El otro era el médico.

Al ver en el lecho, inmóvil, ensangrentado el traje y vendada la cabeza á se joven marido, Paca dió un grito horrible y cayó sin sentido.

CAPITULO IX

Dos personajes misteriosos.

El joven rubio y hermoso que tan buena cuenta había dado del marido de la hermosísima Paca, en el duelo que había tenido lugar á orillas del Abroñigal Alto y se había despedido de los asistentes al lance, fué conducido por un carruaje de los de alquiler de lujo, á uno de los primeros hoteles de Madrid, situado en la calle de Alcalá.

Se embozó en su abrigo, de manera que no se le veía el semblante al entrar en el hotel, y subió rápidamente las escaleras.

El carruaje se retiró.

Sin duda había sido pagado de antemano.

El hermoso joven llegó al cuarto número 1 del piso principal y tocó levemente á su puerta, que inmediatamente se abrió.

El que le había abierto la puerta era un hombre alto, buen mozo, esbelto, moreno de una manera densa, de semblante enérgico, grandes ojos negros, de mirada poderosa, y por su tipo característico indudablemente gitanos.

Esta expresión de raza contrastaba de una rarísima manera con el traje que este individuo vestía, que era escogido y rígidamente á la moda.

Si por su fisonomía, si por la expresión de su mirada se mostraba induda-

blemente gitano, por su traje y por la manera de llevarlo, parecía también indudablemente un señor rico y distinguido.

—¡Ah! Por fin—dijo aquel extraño caballero gitano con el acento eufónico y ceceoso de los de su raza—, me he tragado dos horitas negras, que ni una eternidad; pero ese gachó, ¿ha palmao, no es verdá, corazón mío?

—Necesariamente, Curro—dijo la joven, que por la última exclamación del gitano hemos descubierto que era una mujer.

Habían atravesado una antecámara y un salón, y habían entrado en un gabinete.

Estos tres aposentos estaban amueblados con un lujo pomposo.

—Tú no has debido temer ni dudar un zólo momento—dijo ella—; ya me conoces.

—Sin embargo, Carmela, lo que menos se espera, es lo que casi siempre sucede; en fin, yo estaba que no me tentaba el pelo.

—Pues nada, Curro: al primer disparo, hombre fuera.

—¿Pero rematao?

—Yo hiero donde quiero, á muerte; pero déjame, ya es hora de que yo recobre mi traje propio.



—Amulabao, ése—se atrevió á decir tímidamente el gitano—, no veo yo mal-dito el inconveniente de que yo te sirva de doncella.

Miró Carmen de una manera altiva y desdeñosa á Curro, y le dijo:

—Ni ese miserable á quien he castigado, ni nadie, antes ni después que él, ha tenido intimidad conmigo, ni la tendrás tú; te pago y me sirves; te importa servirme y callar, y esto es todo.

—No, eso no es todo—dijo Curro con acento de desesperación—; falta una cuerda para que yo me ahorque.

Carmen hizo un gesto de desdén y de hastio, se fué hacia una puerta, la abrió, entró y volvió á cerrarla.

Curro se sentó vivamente contrariado junto á la chimenea.

—¡Ahl Esperemos, esperamos todavía—exclamó—; pero yo te obligaré; tú me amarás.

Después de esto, encendió un cigarro en una brasa que con las tenazas tomó de la chimenea y se puso á fumar distraído, como abismado en una meditación profunda.

A la edad de este hombre, veinticinco años á lo más, el amor es todavía un sentimiento predominante.

Se está en la plena fuerza de la vida.

Se creen realidades lo que no es otra cosa que meras ilusiones de la inexperiencia.

Aún se está en la primavera de la vida.

El gran principio de la vida es el amor, y el grande amor es el amor soñado.

El que no existe sino en las fantasías del deseo.

¡Ahl Si el ser humano lograra el amor

como él le desea, como él le sueña, la unión de un hombre y de una mujer por el amor sería un paraíso.

Pero en la realidad, esta bienaventuranza no tiene más duración que la de una *luna de miel* que entra muy pronto en su cuarto menguante y que se pone al fin para no volver más.

Queda, es cierto, entre dos que se han unido por amor, el amor del alma, el purísimo amor de la familia; pero el amor del alma incompleto hace sufrir demasiado por la falta del amor de los sentidos.

Pasó bien media hora desde que Carmen desapareció hasta que volvió á aparecer. ¡Y cuán diferente en la apariencia!

Sin embargo, no había cambiado en ella más que el peinado y el traje.

Esto bastaba para hacer imposible se reconociese en ella al joven que de una manera tan serena, tan brava, tan concluyente, se había batido junto al Arroyo Abroñigal.

Con el traje de hombre había parecido un mancebo; cuando más de diez y ocho años.

Con el de mujer, un bellissimo traje de de viaje, aparecía por lo menos de veinticuatro.

Los rizos dorados que asomaban por bajo de su sombrero, sus ricos pendientes de pedrería, su garganta mórbida, que casi aparecía por completo, lo relevado de su seno y lo reducido de su talle, levantando el uno, ceñido el otro por el corsé, la diferenciaban de tal modo, que el que no la hubiese visto sino con su traje de hombre, no hubiera podido reconocerla con su traje de mujer.

A más de esto, la expresión varonil y brava de sus ojos—eran negros, de una belleza y de una fuerza infinitas—había desaparecido.

No quedaba en ellos más que una magia irresistible, pero absolutamente femenino.

¿Quién hubiera podido suponer que aquellas blanquísimas manos que aún no había cubierto Carmela con los guantes, habían causado recientemente la muerte de un hombre?

Carmen era entonces un arcángel humano, á lo menos en la apariencia.

Y tal vez lo era también en el fondo.

Dios se vale de sus arcángeles de luz para sus grandes justicias.

Cuando una criatura tal como Carmen está envuelta aún en el misterio, cuando aún no se conocen los móviles de sus actos, y estos actos no son en sí mismos infames, es aventurado hacer juicios respecto á ella.

Al sentirla Curro, se volvió, se puso pálido, se le extraviaron los ojos, en los cuales lució momentáneamente una mirada semi-salvaje y se levantó.

—Entra—le dijo Carmen—, toma la maleta y marcha.

Y mientras decía esto, se ponía los guantes.

A poco salió Curro.

Traía una pequeña maleta de mano.

Aquella pequeña maleta contenía, sin duda, el traje de hombre de Carmela, incluso el sombrero que había llevado, que era un *gibus* blando, de los que pueden llevarse en el bolsillo.

Todo había sido previsto.

Carmen y Curro habían llegado un

mes antes al hotel y se habían suscrito como dos hermanos mejicanos; últimamente procedentes de París.

Habían tomado una de las principales habitaciones del hotel.

En ella se les había servido la comida.

Todo esto mediante un precio que á los hoteleros les parece módico y aun insuficiente, y que al vulgo de las gentes le parece escandaloso; mil reales diarios.

Habían traído un equipaje enorme.

Carmela cambiaba de traje dos ó tres veces al día, según la hora y el objeto de su salida.

Los trajes, aun los de casa, habían sido siempre diferentes.

De igual manera las joyas.

El había vestido siempre de negro, y con una exquisita elegancia.

Cuando se acomodaron en el hotel, Curro había dado por adelantado cuarenta mil reales en un talón del Banco de España, que al serle presentado, lo realizó en diez billetes de á mil pesetas.

Todo esto era del mejor tono.

No podía dudarse de que se trataba de americanos millonarios.

Si eran hermanos ó no lo eran, lo que se hacía problemático, teniendo en cuenta la marcadísima diferencia de sus tipos, no era cuestión.

Los hoteleros no se meten en estas cosas.

Únicamente cuando notan en los que reciben algo extraordinario, por lo que pueda sobrevenir, suelen advertir á la policía.

La policía había sido advertida á causa de lo extraño que se había encontrado en aquellos dos hermanos.

Vivimos en un tiempo de conspiración universal, y toda la atención de los Gobiernos y toda la vigilancia de la policía son insuficientes.

Carmela y Curro estaban vigilados.

Media hora después de haber caído en el duelo el enemigo de Carmela, el gobernador tenía conocimiento del lance.

Pero no hay gobernador que, si le es posible, no haga, respecto á estos lances, la vista gorda.

El duelo está en las costumbres.

Pudiera decirse que autorizado, á pesar de las leyes.

Pudiera decirse aún, que el duelo es una necesidad social.

Una vez preparados ya para la marcha, Carmela tocó un botón eléctrico.

Apareció instantáneamente un criado.

—Nos vamos—dijo Carmela.

—Muy bien, señora—respondió el garzón—, avisaré al mayordomo.

—¿Y para qué?—dijo Carmen, saliendo del cuarto—desde ayer nos hemos despedido: los equipajes se han llevado á la estación.

—¿Pero la cuenta?

—Creo que sobre.

—Por lo mismo—insistió el garzón.

—Pues bien, que se dé á los que nos han servido lo sobrante—dijo Carmela.

—¡Un millón de gracias! Pero sin la orden de los señores, la caja no nos abona.

—¡Ah! bien—dijo Carmela—: al salir daremos la orden al mayordomo.

—¡Ah! pues voy á avisarle—dijo el criado—; deme el señor su maleta... yo la llevaré al despacho del ferrocarril.

Y tomó la maleta de manos de Curro, y escapó.

A la bajada de las escaleras, se encontraron con el mayordomo.

Se despidieron, dejaron seis mil y pico de reales que sobraban de la cuenta, para los criados, y á pie se encaminaron al despacho central de los ferrocarriles, que estaba casi al lado del hotel.

El mayordomo los había acompañado hasta la puerta, deshaciéndose en cumplimientos.

Cuando se fueron, el mayordomo dijo á un individuo que estaba en el portal, disfrazado con un traje de persona decente:

—¡Vaya una hembral! ¡eh! pues no tiene mala suerte el gitano.

—Perdone usted, don Ambrosio—dijo el sujeto—; yo no puedo perderlos de vista.

Y se fué tras de los dos, y se metió en el despacho de ferrocarriles.

CAPITULO X

En que Lola se convierte en cartero.

Al desajustar Lola á la pobre desconocida que había recogido, la encontró una carta cerrada, en cuyo sobre se leía: excelentísima señora doña Francisca López de Sotovadillo, condesa de Río Verde. —Serrano, 201.—Interior.

—Vamos—dijo Lola—: esta pobre, cuando salió iba á echar esta carta al correo, no te parece, mamá Doro?

—Yo creo que sí—respondió la Doro.

—Y á la cuenta le dió un vaido, y no pudo, y se quedó en la puerta de la casa de donde la han echado.

—Todo eso puede ser.

—Y no vuelve en sí esta pobre, y no se la puede preguntar.

—¡Qué lástimal—dijo una de las vecinas que habían acudido, y entre las cuales se encontraba la buena mujer que se había encargado de lactar interinamente al niño.

—Y debe ser una persona muy decente—dijo otra—; se la conoce en la cara, y luego que se trata con condesas.

—Abra usted la carta á ver lo que se saca—dijo una tercera.

—Dios me libre de hacer tal cosa—respondió vivamente Lola—: la correspondencia es sagrada; usted lo, ha dicho con muy buena intención, señora Blasa; ni á mí se me ocurre eso, ni aunque se me ocurriese lo haría; meten preso y castigan.

—¿Y yo qué sabía?—respondió contrariada la señora Blasa.

—Pero tú hija mía—dijo la Doro—, debes conocer á esa señora. ¿No es parroquiana tuya?

—No, y no debe hacer mucho tiempo que está en Madrid; yo no la he oído nombrar.

—Entonces es necesario poner esa carta en el correo—dijo la Doro.

—No—dijo Lola—, ¿quién sabe lo urgente que es esta carta? Esta señora está muy mala; con frecuencia las cartas del interior tardan más que las de fuera. Iré á llevarla yo misma en cuanto venga don Plácido, en cuanto sepamos lo que esta señora tiene.

El médico, don Plácido, llegó poco después.

Examinó á la enferma, que estaba desvanecida, y puso mala cara.

—Está muy mala, ¿no es verdad?—dijo con un vivísimo interés Lola.

Medianamente—respondió don Plácido.

—¿Y qué es lo que tiene?—preguntó la Doro.

—¡Qué ha de tener!—dijo don Plácido—, anemia.

—¡Anemia! ¡anemia!—saltó Lola—; esa enfermedad está de moda; todo el mundo dice que tiene anemia.

—Necesariamente—dijo el médico—,

hoy nadie come todo lo que necesita comer.

—¡Ah! eso se llama anemia—observó Lola—; pues entonces que hablen claro, y en vez de decir anemia, que es un terminacho que nadie entiende, que digan hambre atrasada, y así lo entendería todo el mundo. Bueno, pues aquí la daremos de comer todo lo que quiera, y más de lo que quiera.

—Sí; pero si tiene ya perdido el estómago...—dijo con acento conmisericordioso la Doro.

—No digo que esto sea gravísimo aún, no deja de ser grave—dijo don Plácido—; se hará todo lo que se pueda: veremos.

—¿Pero puedo irme ahora sin cuidado?—preguntó Lola.

—¡Oh, sí!—dijo el médico—estas cosas no van tan de prisa.

—Pues entonces, mamá Doro—dijo Lola—, voy á vestirme y á llevar la carta.

Y se metió en el que podía llamarse su tocador.

En un pequeño cuartito con ventana al patio.

—Cambió de traje, poniéndose uno más rico; se puso el collar de que pendía el medallón en que se veía el retrato de su madre muerta, y se prendió todas las joyas sencillas pero ricas, por las cuales la habían llamado la Niña de los Diamantes; se envolvió en un magnífico pañuelo alfombrado de ocho puntas, se echó á la cabeza otro precioso de raso, salió hecha una diosa, se despidió de todos, y se fué llevando la carta de la incógnita.

En la plazuela de Antón Martín tomó un carruaje, y dió al cochero las señas.

—Llévame de prisa si quieres ganarte una buena propina.

Estimulado por esta promesa el cochero, fustigó al penco, y en pocos minutos condujo á Lola.

—Ya lo creo—dijo Lola al bajar delante de la verja—; ¡qué mala sombra tiene ese caserón! ¡Todo cerrado! ¡El jardín descuidado! ¡Ni un alma! ¡Parece que ahí no vive nadie!

Al acabar de decir Lola estas palabras, y como desmintiéndolas, aparecieron en el vestíbulo del hotel, un hombre ordinario y un criado de librea.

El primero llevaba una gorra de pelo de gato, de las llamadas manchegas, y vestía por único abrigo, aunque la mañana era muy fría, un chaleco de los llamados de Bayona, prenda predilecta de los taberneros de Madrid.

—¡Calla!—dijo Lola, que sin duda le conocía—; ¿á qué habrá venido aquí ese tunante?

Era el tabernero á quien la portera de la casa de donde había sido lanzada la incógnita había enviado para que anunciase á un "señor" que aquella desventurada había sido recogida por la Niña de los Diamantes.

Antes de llegar á la verja, en el momento en que pudo reconocer á Lola el tabernero, se inmutó.

Su semblante tomó una expresión sesgada, malévola, irónica.

Aun hubiera podido decirse que infame.

Se detuvo y dijo al criado:

—Espera, dos palabras: si esa joven

que está en la verja quiere entrar, haz lo que puedas por llevarla al cuarto del señor. Esto importa mucho y podría valerte.

—Maldito si entiendo una palabra—dijo el criado.

—Créeme, haz lo que te he dicho, y no te arrepentirás. Vamos, échame fuera; hemos hablado demasiado.

Lola había puesto también muy mala cara, y miraba de una manera fija y valiente al tabernero.

Este salió cuando el criado abrió la puerta de la verja, y pasó junto á Lola como si no la hubiera reconocido.

Se alejó murmurando:

—Allá ellos; el señor verá lo que se hace.

—¿Se le ofrece á usted algo, señora?—dijo el criado á Lola.

—Vaya,—respondió Lola—; necesito dar esta carta en propia mano á la señora.

—La señora no recibe; la señora está muy enferma—respondió el criado; los médicos han prohibido que hable con nadie... ¡ha venido usted en muy mal día!

—Yo no vengo á ninguna parte á ver señores—exclamó Lola con altivez—; pero si la señora está tan mala... ¡y es urgente, muy urgente, el que la señora reciba esta carta!

—Pues no hay más que un medio.

—¿Cuál?

—Que entregue usted esa carta al señor, que es el único que puede entrar á ver á la señora.

—Y bien, sí, puesto que no hay otro medio, vamos á ver á ese señor.

Si el tabernero no hubiera prevenido al criado, Lola no hubiera visto ni á la señora ni al señor.

Lola entró, dejando su carruaje á la puerta.

Siguió al criado, que cerró la verja.

Atravesaron el jardín.

Al poner Lola el pie en el primer escalón del vestíbulo, aparecieron en la puerta dos caballeros.

Eran los que habían servido de testigos. Al ver á uno de ellos, Lola se puso pálida como una muerta.

El, se detuvo sorprendido y al parecer profundamente conmovido.

—¡Ahl ¡también aquí! ¡siempre ella!—exclamó. Y volviéndose al caballero que le acompañaba, dijo:

—Permíteme, Andrés; yo iré luego á verte.

El llamado Andrés estrechó significativamente la mano de su amigo, miró maliciosamente á Lola, y salió acompañado del criado que debía abrir la verja.

Cuando el criado volvió, se encontró con que ni Lola ni el otro caballero estaban en el vestíbulo.

Habían desaparecido.

Se habían metido sin duda en uno de los salones inmediatos.

—¡Ahl—dijo el portero—; pues lo que yo había de ganarme por llevar esa real hembra á que hablase con el señor, se lo ha llevado el aire... y ella se ha puesto pálida cuando ha visto al señorito Luis, y al señorito Luis se le han puesto los ojos en blanco cuando la ha visio á ella! ¡líos! ¡y después del lío gordo que tenemos en casa! Bueno, ¿y á mí qué? ¿pero qué será esto?

CAPITULO XI

Historia de historias.

Apenas el llamado señorito Luis se quedó solo en el vestibulo con Lola, cuando dijo á ésta:

—Yo no esperaba encontrar á usted aquí; pero ya que nos hemos encontrado, es necesario que hablemos.

—Bueno, si—dijo Lola—, está de Dios: yo también necesito hablar con usted.

Pues bien, sígame usted.

Luis fué á la primera puerta á la derecha del vestibulo y la abrió.

Pasaron.

Luis volvió á cerrar la puerta.

Atravesaron un recibimiento, y entraron en un salón de un gusto severo.

Le inundaban de luz, de la fresca y radiante luz de la mañana, tres grandes ventanas que daban á un jardín.

La tapicería era de un tono oscuro, y sobre ella se destacaban con sus ovals marcos dorados, retratos de cuerpo entero de damas y de caballeros, con trajes de distintas épocas.

Eran sin duda retratos de familia.

Lola dió un grito inarticulado; se estremeció violentamente y se quedó mirando con un asombro de espanto, con una emoción infinita, uno de aquellos retratos que estaba á la derecha del grande espejo alzado sobre la chimenea junto á la cual la había conducido Luis.

Pasado el primer momento de estupor, Lola exclamó:

—¡Mi madre!

Todo esto pasó rápidamente.

—Su madre de usted—exclamó Luis con una expresión indefinible.

—¡Sí, mi madre!—repitió Lola con la voz apagada y trémula.

Y como acometida por un vértigo se apoyó en un sillón y luego se dejó caer en él.

Luis se sobresaltó y acudió á socorrer á Lola.

Entonces vió el medallón que tenía pendiente de la hermosa garganta sobre el seno.

—¡Oh, sí!—dijo—: ¡Es ella! Ella muerta y este collar, este medallón que tiene sobre sí Lola, son los mismos con que en otro tiempo fué retratada Adelaida!

Y Luis estaba pálido, sudoroso, estremecido.

No se atrevía á llamar para que la socorriesen, temiendo ponerse y ponerla en una situación ambigua. Y por otra parte se aterraba temiendo que el accidente de Lola fuese grave.

Al fin ésta gimió, abrió los ojos y se pasó la mano por la frente.

Vió ante sí á Luis ansioso y delirante de amor.

Estaba inclinado sobre ella y tenía asidas sus manos.

Las de Luis temblaban y estaban frías como si hubiesen sido de mármol.

Por el contrario, las de Lola, ardían como las de un calenturientó.

—¡Oh! Esto ha sido un sueño—exclamó.

Y volvió á pasarse las manos por la frente. Al sentir las manos de Luis, al soltarse de ellas, se puso encendida como una amapola.

—No, no ha sido un sueño—exclamó Luis—, esta señora que está representada muerta en el medallón que usted lleva á la garganta, es la misma que está tratada viva en aquel lienzo.

Lola se volvió á mirar el gran retrato pendiente de la pared que Luis la señalaba, y fijó en él los ojos ansiosos.

Pero el vértigo no volvió.

Había pasado.

—Sí, exclamó Lola—: el collar, los pendientes, el broche y el brazalete que tengo puestos son los mismos que están pintados en ese retrato; yo tengo en mi poder el traje de gro azul brochado con encajes negros que en ese retrato está pintado; yo tengo un rizo de cabellos rubios, tan rubios como los de esa señora; pero yo no sabía que mi madre tenía los ojos azules y tan hermosos.

—Tan hermosos como los de usted—dijo Luis con acento apasionado—; y ahora que comparo, encuentro entre los ojos negros de usted y los azules de Adelaida un indudable aire de familia.

—¡Ah! Mi madre se llamaba Adelaida—exclamó Lola con alegría—; ¡gracias á Dios que sé cómo se llamaba y que puedo nombrarla en mis oraciones!

—¿Pero tiene usted pruebas de que es usted hija de Adelaida?—preguntó con ansiedad Luis.

—¡Completas, completísimas, testimoniadas en un proceso!—respondió con vehemencia Lola.

—En efecto—dijo Luis—, yo le he oído decir muchas veces á mi madre que cuando Adelaida desapareció estaba encinta de una manera muy avergonzada.

—Necesariamente—dijo Lola—; poco tiempo después de haber sido encontrada sin sentido por mis padres adoptivos, murió dándome á luz á mí.

—Todo esto es muy extraño—dijo Luis—; pero si usted puede probar que Adelaida es su madre, somos...

—¿Y qué es lo que somos nosotros?...—preguntó con inquietud Lola.

—Somos... primos hermanos,

—¡Oh, gracias, Dios mío!—exclamó Lola.

—¿Por qué esas gracias á Dios, Lola—preguntó con encarecimiento Luis.

—Me ha dado miedo el pensar que usted hubiera respondido que éramos hermanos.

Y Lola se puso encendida, sonrió como sonríen las mujeres al hombre de quien están enamoradas y envolvió á Luis en una mirada abrasadora.

—¡Oh, qué feliz soy!—exclamó Luis sintiéndose amado.

Y luego añadió:

—¿Pero por qué temer que yo dijese que éramos hermanos, si acabo de decir que mi madre me hablaba de Adelaida? Temer esto, era de suponer el adulterio, ya en Adelaida, ya en mi madre, y gracias á Dios estamos libres de esa vergüenza. Los dos somos hijos legítimos.

—Es que yo estoy loca—exclamó Lola—, es que yo estoy trastornada: no

sé dónde tengo la cabeza, ni sé lo que me digo... y es que esto ha sido mucho... muchísimo de una vez, cuando ya no tenía esperanza de encontrar mi familia... ni de lograr mi amor.

Y, en efecto, Lola estaba desconcertada, pálida, temblorosa, como sobrecogida por una emoción inmensa.

Su hermosura aparecía sublimada por un exceso.

Por un exceso de pasión, de sentimiento, de vida.

Por algo que iba más allá de lo humano, y que sin exageración, sin violencia, hubiera podido llamarse divino.

Hay situaciones, hay momentos en que se revela en el ser humano el espíritu de Dios.

O un misterio que hace sentir en todo su esplendor lo que es eterno, infinito, omnipotente: lo que no puede dejar de ser, lo que es, lo que no ha principiado, lo que no acabará: es es, la vida.

La situación en que se encontraba Lola al lado de Luis necesita una explicación.

Haciendo su comercio de alhajas en las casas grandes de la corte, Lola había conocido á medio mundo, y había adquirido una gran experiencia que no la había costado el más pequeño sacrificio de su corazón ó de su dignidad.

Todos los nobles viejos verdes y todos los señoritos encopetados que la habían conocido en sus casas ó en las de sus parientes, creyéndola cosa cara, pero fácil, si no se reparaba en el precio, incitados por su hermosura, por su gracia seductora de tratar á las gentes, por ese no sé qué inexplicable que tienen algu-

nas criaturas de hacerse simpáticas á todo el mundo, y á todo el mundo respetables, cualidad que en alto grado poseía Lola, por todo esto los golosos del gran mundo, repetimos, habían asediado ya directa ya indirectamente á Lola.

Lola se quitó bravamente de encima á todos aquellos moscardones y los puso en respeto, como en respeto había puesto á los chulos de planta baja que habían echado cuentas sobre ella.

De los de arriba la separaba la diferencia de clase y de fortuna.

De los de abajo su educación y sus propensiones.

De suerte que Lola había llegado á sus veintidós años sin saber realmente lo que era el amor.

Sin embargo, uno de aquellos señores había fijado la atención de Lola.

Y la había fijado cabalmente porque nada la había dicho á lo menos de palabra, que por otros indicios la había dicho demasiado.

Lola se había sentido deseada vivamente, y profundamente respetada por aquel hermoso y joven señor que apenas si representaba cuatro ó seis años más que Lola.

Este joven señor era Luis.

Su madre, la condesa viuda de Muro-Hendido, Anastasia Pérez de Sepúlveda, era una de las señoras de la corte que estaba más en contacto con Lola.

Anastasia era una mujer sabia, literata, artista, anticuaria.

Se había quedado viuda muy joven de un hombre á quien había amado antes de casarse con un amor todo de fantasía, soñado, artístico, y de lo cual se desen-

gañó completamente poco tiempo después de casada.

La realidad la había despertado á pesar suyo.

Ella había creído que su marido era un hombre tal cual ella le había hecho en su fantasía, y al unirse á él, al hacer con él la vida íntima, se encontró con que no era otra cosa que un hombre vulgar como tantos otros, ignorante á fuer de noble, y muy poco espiritual, viciado, corrompido, que sólo había amado en ella la hermosura y que sólo por continuar su noble familia se había casado con ella; además porque era prima hermana suya, y sobre todo esto porque llevaba un dote considerable.

Muy pronto el conde, satisfecha hasta la saciedad su hambre por la hermosura de Anastasia, volvió á sus desórdenes de soltero.

Anastasia comprendió entonces, muy á pesar suyo, que una cosa es el sueño y otra la realidad, y no pudiendo romper los lazos que para ella se habían hecho insoportables, dotados de un carácter enérgico, aceptó bravamente su situación, tomó una resolución seria y declaró á su marido, que había resuelto un divorcio íntimo, un divorcio secreto, y que en el caso de que él no conviniese en ello, ella exigía el divorcio legal; valiéndose de las pruebas que de su libertinaje tenía, y si esto no era bastante, se habría dado un escándalo que haría necesaria una separación, aunque no fuese autorizada por las leces.

Al conde le sucedió que, cuando su mujer le desahució, volvió á aparecerle su mujer hermosísima, incomparable;

sintió por ella un hambre mayor que la que por ella había sentido antes de poseerla, y se humilló, se confesó culpable, juró su arrepentimiento y su firme propósito de la enmienda; puso, en fin, en juego todas sus truhanerías de hombre práctico respecto á las mujeres, pero Anastasia se mantuvo inflexible.

No sabemos lo que hubiera durado aquel pleito conyugal sostenido en secreto en el fondo del noble hogar de los condes de Muro-Hendido, porque á poco de haberse entablado lo terminó una desgracia provocada por el arrepentido conde.

Para consolarse de las costas que su inflexible esposa le hacía pagar, sedujo á una de las doncellas de Anastasia que había tratado de casar con uno de los cocheros de la casa.

Ensoberbecida la muchacha por sus amores con su amo y apasionada de él, porque el conde era muy buen mozo y espléndido, no fué tan cauta que el cochero no se apercibiese, se encelase y tomara una determinación brutal.

Un día en que el conde bajó á las cocheras y reprendió por una falta al celoso criado, éste arremetió de improviso al conde y le dió de puñaladas, se ensañó en él, y cuando acudieron otros criados le encontraron muerto.

De una manera tan terrible, la fatalidad, ayudada por el crimen, había realizado el divorcio decretado por Anastasia.

Ella no lo hubiera querido á tanto precio.

Pero, en fin, ello se había hecho por sí mismo.

Anastasia cumplió con su deber.

Usó de toda su influencia para vengar á su marido, y el cochero asesino fué estrangulado al poco tiempo de haber cometido el crimen.

Pero si no se alegró la terrible Anastasia, tampoco vertió una sola lágrima.

El conde había perecido víctima de su mala conducta.

De sus vicios.

De su concupiscencia.

Al verse libre Anastasia se juró á sí misma no volver á esclavizarse.

Y esto que, cuando su marido murió, sólo tenía veinte años y estaba en todo el esplendor de su hermosura.

Se había casado á los quince.

Su hijo Luis tenía cuatro.

Anastasia se propuso apartarse del mundo cuando la fuese posible, y escribió á su hermana mayor, la marquesa de Somo-Peña, manifestándola su deseo de irse á Guadalajara á vivir en su compañía.

Adelaida sólo tenía un año más que Anastasia, y hacía seis que se había casado con un hombre de su elección, con un capitán de caballería, pobre como una rata, pero que había llenado el corazón y el alma de la joven marquesa.

Después de haber casado á sus dos hijas, la marquesa viuda de Somo-Peña, como si no hubiera tenido nada más que hacer en el mundo, se murió.

Por esta muerte y por la estancia de Anastasia en casa de su hermana Adelaida, los Somo-Peñas desaparecieron del círculo militante de la corte.

Para entretener su soledad y su renuncia hasta cierto punto al mundo,

Anastasia se entregó con encarnizamiento, por decirlo así, á la lectura.

Empezó por las novelas, por las poesías, y tomó gusto á la literatura.

Se encontró con que ella también podía hacer versos, con que no era para ella en manera alguna difícil hacer novelas, ni aun cultivar la crítica.

Leyó y escribió, y esto último con no mal arte.

Estudiando los literatos franceses se envió en la filosofía.

Embistió con los filósofos y se atiborró de todas las escuelas de allende el Rhin, y continuando en sus estudios dió en la numismática, en la arqueología.

Se hizo, en fin, sabia.

Secó todas las fuentes de ternura que tenía en su alma.

Sólo la quedó el amor de su hijo.

Fuera de este sagrado sentimiento, se hizo positivista, libre-pensadora, materialista, atea.

Los libros nocivos con que había pretendido distraer su desesperación la habían contaminado.

Al poco tiempo de estar en Guadalajara al lado de su hermana Adelaida, aconteció una nueva desgracia.

Adelaida era lo más feliz del mundo con su marido, que la adoraba.

El matrimonio, durante cinco años después de su casamiento, había sufrido el hambre de la paternidad.

La naturaleza era cruel con ellos.

No les había dado hijos.

Habían hecho á Dios, á la Virgen y á los santos cuantas promesas pueden hacerse, y ni Dios, ni la Virgen, ni los santos los habían oído.

La ciencia había sido también impotente.

Pero he aquí que cuando estaban resignados á pasarse sin el dulcísimo amor de los hijos, poco tiempo después de haberse unido á ellos Anastasia, y cuando menos lo esperaban, Adelaida se sintió madre.

Todo el tiempo que pasó después de esta certeza fué para los dos esposos un periodo de felicidad inmensa, felicidad que debía venir á una inmensa desventura.

Se aproximaba el término anhelado.

Todo estaba prevenido.

Pronto una adorada prenda vería la luz...

De improviso, una orden sin excusa del capitán general de Madrid llamó perentoriamente al capitán de caballería de reemplazo, marqués de Somo-Peña.

Era imposible sustraerse á aquel mandato.

Agustín, que así se llamaba el marido de Adelaida, se arrepintió de no haberse dado de baja en el ejército después de su casamiento.

Le había parecido bastante la situación de reemplazo.

Creando Agustín que su ausencia no podía ser de larga duración, tomó inmediatamente el tren.

Llegó á Madrid á las pocas horas, y se presentó al capitán general.

Se le llamaba para que declase en un proceso que se instruía en una trabacuenta que se había encontrado en la caja de su regimiento durante el tiempo en que él había sido capitán cajero, y en cuya trabacuenta él no tenía responsa-

bilidad alguna; pero su declaración era de todo punto necesaria y apremiante.

Tal perturbación causó en Agustín aquella ocupación enojosa que se le suponía, y que le separaba en momentos perentorios de su familia, que irritado y distraído, al atravesar la calle de Atocha, le cogió un carruaje, cuyas ruedas le pasaron sobre el pecho.

En un estado lamentable fué trasladado á la Casa de Socorro de la calle de la Magdalena.

Sintiéndose perdido Agustín, no queriendo morir sin volver á ver á Adelaida, á pesar de lo funesto que podía serle, en el estado en quo se encontraba, el conocimiento de una de una desgracia acontecida á su marido, pudo en él más el egoísmo del amor desesperado que toda otra consideración, y pidió se telegrafiará á Adelaida.

Esta, á las pocas horas de haberse separado de ella Agustín, recibió el despacho siguiente:

"Toma un tren especial; ven á verme al momento; estoy en la Casa de Socorro de la calle de la Magdalena."

Este telegrama cogió á Adelaida con el traje que se había puesto para ir á hacer una visita.

Sin perder tiempo, sobrecogida, anhelante, y sin esperar á que volviese Anastasia, que había salido á paseo con su hijo, hizo que su carruaje la llevase á escape á la estación, y aprovechando la salida de un tren, se puso en camino para Madrid.

Cuando llegó, el vehículo que encontró más á mano fué un ómnibus.

Aquel ómnibus, para ir á la Puerta del

Sol, debía pasar por la calle de Atocha, por la entrada de la calle de Cañizares.

De esta calle á la casa de Socorro de la Magdalena, hay muy poca distancia.

Al llegar á ella, Adeleida hizo parar ómnibus y bajó.

Partió el ómnibus.

La noche había cerrado ya.

Adelaida avanzó vacilante por la oscura calle de Cañizares.

A poco se sintió acometida por un vaído.

Hizo un esfuerzo.

Dominó aquel principio de vértigo y siguió adelante; pero en paso muy lento, trastornada y casi sin el sentimiento de sí misma.

Al fin se determinó el vértigo, y cayó sin sentido en la entrada de un oscuro portal de la calle de Cañizares, cuando estaba ya muy cerca de la Casa de Socorro.

Entonces fué cuando la encontró, al volver del rosario de la capilla del Olivar, Verónica, la buena mujer del zapataro Cucate, la vecina de Dorotea.

Ya dijimos al principio de este libro que la dama desconocida no había podido hablar, y que había muerto al dar á luz á Lola.

Cuando Anastasia volvió de paseo con su hijo, se encontró con que su hermana Adelaida había recibido un telegrama y había partido inmediatamente para Madrid.

El telegrama se había quedado allí, en el cuarto de Adelaida, caído en el suelo.

Al leerle Adelaida, sus trémulas manos le habían dejado caer.

Anastasia, temiéndolo todo, atendien-

do al estado en que se encontraba su hermana, tomó dinero, se fué con su hijo á la estación, pidió un tren especial y en él llegó á Madrid tres horas después que Adelaida.

En la Casa de Socorro, Anastasia no vió más que un cadáver; Agustín había muerto dos horas antes.

Adelaida pudo llegar á tiempo de que Agustín muriese en sus brazos.

Pero no pudo llegar, y al mismo tiempo que sucumbía Agustín, ella moría.

En la Casa de Socorro no pudieron dar razón alguna á Anastasia acerca de la esposa del difunto.

Anastasia reclamó el cadáver de Agustín y fué conducido á la casa que los marqueses de Somopeña tenían en Madrid. No habiendo parecido Adelaida, se avisó al Gobierno civil.

Pero la policía no pudo dar con Adelaida, de la misma manera que el juez no había logrado saber quién fuese la incógnita recogida por Verónica.

Y cosa extraña:

El juez había acudido también á la policía, de modo, que llevando á Anastasia delante del cadáver de la desconocida del proceso, la situación hubiera sido resuelta.

Pero la policía creyó que se trataba de dos personas distintas, y no dió, no pudo dar con la única verdadera.

Anastasia, después de los funerales de Agustín, se volvió á Guadalajara, desconcertada, aterrada, enferma, por la muerte de Agustín y desaparición de su hermana.

Adelaida se había perdido como una gota de agua que cae en la mar.

Pasó el tiempo sin que se tuvieran noticias de Adelaida, á pesar de cuantas investigaciones se hicieron, no ya sólo por parte de Anastasia, sino tambien por parte de los parientes inmediatos.

Al fin, después de un consejo de familia, Anastasia fué legalmente puesta en posesión del título y de los bienes de Somopeña, como presunta heredera de su hermana Adelaida.

Pasaron años y años sin que Adelaida pareciese ni se tuviese de ella la más leve noticia.

Anastasia, cuyo aburrimiento crecía y que no tenía más amor ni más afecto en el mundo que su hijo para educar á éste á su manera, se dió á los viajes.

Ella fué la única maestra de su hijo en la parte moral.

En cuanto á la parte física, en lo concerniente á la gimnasia ó la equitación y á la esgrima, Luis tuvo los mejores maestros de las primeras capitales.

Puede decirse que ella y su hijo dieron dos ó tres veces la vuelta alrededor del mundo.

Esto hizo de todo punto á Luis excéntrico, y contribuyó á que brillara de una manera especial en el gran mundo de Madrid, cuando Anastasia, cansada de molestarse, para no aburrirse, vino definitivamente á Madrid con su hijo, y dió fondo en el gran caserón solar de su familia, en donde se encerró á piedra y lodo. Y esto, que aún no llegaba á los cuarenta y cinco años y conservaba todo el esplendor de su hermosura.

Una hermosura fresca, incitante.

Pero una hermosura severa de matrona romana.

Luis había asumido el carácter serio, grave, misantrópico de su madre.

Como ella, se aburría.

Sin embargo, alternada con sus particulares amigos.

Iba á las fiestas, á las partidas de caza, á las carreras de caballos, á los espectáculos, á las salas de armas, á los círculos y á todas partes, en fin, frecuentadas por el gran mundo.

Tenía un gran partido con los mujeres; pero él no pasaba de ser galante con ellas.

Había en él un vacío doloroso que necesitaba llenar para no sufrir de una manera sorda, insoportable. El vacío del amor.

Pero ninguna de las frívolas jóvenes sus parientes ó sus iguales, podían llenar aquel vacío doloroso que empezaba á asfixiarle.

Este vacío se llenó de repente y de una manera violenta el día en que conoció á Lola, en casa de su madre, á quien Lola había ido á llevar una alhaja antigua por recomendación de una de las parientas de Anastasia.

Pero ¿cómo podía satisfacer Luis este amor que de improviso y de una manera tan poderosa se había apoderado de él?

Lola era de extracción humilde. La conocían como corredora de alhajas todas las señoras de la corte.

La diferencia de clase era un grave obstáculo dado el carácter de Luis.

Respetaba además la altivez de su madre, á la que amaba profundamente.

La misma dignidad de su amor por Lola le impedía pensar en una posesión ilícita.

Lola se sintió vivamente impresionada por Luis.

Pero ella no conocía el amor y no pudo darse cuenta de que era amor, y amor del alma, el sentimiento que había infundido en ella Luis.

Cuando se encontraban, Luis se ponía pálido y ella se ponía encendida, y ba-

jaba los ojos cuando la saludaba Luis.

Al fin una casualidad, más bien un decreto de la Providencia, había removido el obstáculo que los separaba.

En ella había reaparecido Adelaida.

La hermana de Anastasia.

Lola y Luis eran primos hermanos.

CAPITULO XII

De cómo la providencia puede convertir á un ateo.

Después de haberse manifestado de una manera tan imprevista el parentesco de los dos jóvenes, como antes se ha dicho, los dos, dominados por lo extraordinario, por lo transcendental de la situación, asidas las manos, acariciándose las miradas, sonriendo ardientes las bocas, transfigurándose el uno por el otro, palpitante ella, mortal de hermosura, enloquecido él contemplándola, pasaron algunos momentos inefables de esos que transportan á las criaturas de Dios á los espacios celestiales.

En que el más impío ve y siente que hay algo infinitamente superior á las mezquinas materialidades de la vida.

Algo que es de más allá de la vida.

Algo eterno, infinito.

Dios es el amor y el amor hace sentir á Dios.

Pasado aquel espacio de fascinación, de encantamiento, Luis dijo á Lola:

—Cuanto antes, cuanto antes, hermosa de mi alma, gloria mía, mi adorable prima, vámonos á tu casa y luego al Juzgado, á todas partes donde sea necesario ir para aclarar las pruebas de nuestro parentesco; yo estoy impaciente, yo agonizo; yo sabía lo que se sufre por la desesperación; pero no sabía el insupportable dolor que causa la felicidad que ansiábamos y que no esperábamos, cuando se nos presenta de improviso.

—Es verdad—dijo Lola—; yo no sé lo que me pasa: yo estoy mala.

Y miraba alternativamente á Luis y al retrato de su madre.

Estaba hechiceramente pálida.

Unas deliciosas ojeras, sobrevenidas levemente y á poco acrecidas en intensidad, daban más fuerza á sus negros ojos, que ardían.

—¿Pero es esto verdad? — exclamó Lola.—¡Yo no lo quiero creer! Aquélla es mi madre, y usted... es mi primo.

—Sí, tu primo... Por lo mismo, ¿por qué ese usted?

—¡Ah, yo no había pensado en esto! ¡Estoy sobrecogida!... Yo pensaba en usted... pero no sabía...

—¿Siempre el usted?...

—¡Yo me acostumbraré, sí... yo haré un esfuerzo... yo te hablaré de tú! ¡Oh Dios mío!, vamos, dejémonos de locuras... todo esto es un sueño.

—¡Sí, un sueño de felicidad que se realiza!—exclamó apasionadamente Luis.

—¡Dios es muy bueno! — exclamó Lola.—Dios premia á los que tienen buen corazón y Dios me ha traído aquí; ¡pero cómo! ¡Como si me hubiera traído por la mano para hacerme feliz!

—¿No habías tú venido nunca á casa de la condesa de Río Verde?

—Nunca, ni yo había oído ese título.

—¿Y á qué venías?

—A traerla esta carta.

Y Lola la sacó del bolsillo.

—¿Y de quién es esta carta?—dijo Luis.

—De una pobre señora á quien he encontrado esta mañana en una situación tristísima con su hijo: la habían echado de la casa, la habían puesto los muebles en la calle, se moría de hambre, me la llevé á mi casa y en mi casa está.

—Bendita seas—exclamó Luis transportado.—¡Tu corazón es tan hermoso como tû! Pero vamos, vamos cuanto antes, tal vez conozca yo á esa desventurada, y luego, las pruebas de tu nacimiento; mi carruaje nos espera.

—Ahí está el mío—dijo Lola.

Luis no hizo á esto la más leve observación.

Le parecía justo que Lola encontrase violento el que los criados de Luis la vieran entrar con él en su carruaje.

Lola dió las señas al cochero.

—Si me llevas por el aire, en cinco minutos—añadió—, te doy un duro de propina.

Poco menos que por el aire el cochero llevó á su casa á Lola, que cumplió su palabra y le despidió. •

Lola subió dos á dos los escalones; temía que Luis llegase tan pronto que no la diese tiempo de prevenir á su mamá Doro.

Iba anhelante.

—¡Oh y cuánto se va á alegrar—exclamaba subiendo—, cuando ya habíamos perdido hasta la última esperanza!

Llegó jadeante á la puerta.

Llamó violentamente.

La puerta se abrió al momento.

Apareció en ella la Doro.

Al ver la situación en que iba Lola, se sobresaltó.

—¿Pero qué es lo que te ha sucedido, hija mía?—exclamó la Doro—; estás casi negra de encendida; apenas puedes respirar.

—¡Ahl, déjame, déjame, mamá, que no tengo nada, nada, sino que soy tan feliz, tan feliz... que me parece mentira.

Y entró y se sentó en su lecho.

Doro la había seguido inquieta.

—¡Que eres muy feliz!—exclamó con asombro Doro.

—Sí, mamá Doro, sí; ya sé quién era mi madre; ya sé quién soy yo.

La Doro se quedó petrificada.

Tal fué la impresión que la causó la brusca revelación de Lola, que no pudo pronunciar una palabra.

—Mira—dijo Lola con la precipitación de quien está vivísimamente excitada—, mi familia es muy noble y muy rica; yo soy marquesa de no sé qué... tengo un primo hermano muy buen mozo á quien yo quería sin saber que le quería, que está loco por mí y que va á venir para ver las pruebas de mi nacimiento... ¡Oh, sí, yo soy muy feliz!... No te extrañes cuando venga á verme... es él... mi primo hermano, el conde de Muro-Hendido, y ya no debe tardar, dentro de un momento estará aquí.

—¡Oh qué desgracia!—exclamó la Doro.—¡Mi hija se ha vuelto local!

—¡Loca, sí—dijo Lola—, porque esto me ha cogido de improviso; pero es verdad, sí, es verdad... tú lo verás!—¡El no tardará en venir!... ¡El te lo dirá también!

—Vaya un día que ha amanecido— exclamó la Doro, que estaba verdaderamente asustada.

Creía de buena fe que Lola se había vuelto loca.

Y no era para menos.

Lola aparecía sobreexcitada, desencajada, febril.

—No nos falta más sino que también te pongas enferma—añadió la Doro.

—¡Ah, enferma, ¡no!, no se enferma de felicidad—dijo Lola—; se le agita á una el corazón, se le va la cabeza, pero es de contento, sí; pero, ¡válgame Dios!, nuestro contento nos hace olvidarnos de los sufrimientos de los demás. ¿Cómo está esa infeliz?

Lola iba sosegándose.

La tensión de los músculos de su semblante se iba dulcificando.

Sus ojos no brillaban ya de una manera tan intensa.

Iba pasando su sobrealiento.

—La enferma ha vuelto en sí—dijo la Doro—; pero está tan débil, que apenas si puede hablar.

—¿Y qué dice don Plácido?

—Nada... que por ahora no se la dé más que un caldo muy ligero de dos en dos horas; que él volverá á la noche.

—¡Válgame Dios! ¿Y el niño?

—Ha mamado con ansia y se ha dormido.

—¡Qué desgracia envía Dios á sus criaturas! ¡Bien es verdad que los juicios de Dios son incomprensibles! Si yo no la hubiera encontrado, no hubiera ido para llevar su carta á la casa donde he encontrado mi familia. ¡Cuántas veces la desgracia de los unos es la felici-

dad de los otros! ¿Y quién sabe si el haber encontrado á mi familia será una providencia de Dios para esa desventurada?... Voy á verla.

—No; con la bebida que la ha recetado don Plácido, se ha reanimado; tú, gracias á Dios, no estás tan arrebatada, ni tienes tan extraviados los ojos.

—Era que había subido corriendo las escaleras—dijo Lola, volviendo á ponerse encendida.—Pero ¡cuánto tarda! ¡ya debía estar aquí!

Y el subido color de Lola descendió hasta convertirse en una palidez densa.

Sus ojos volvieron á extraviarse.

La Doro, que la miraba con ansia, exclamó:

—¿No lo decía yo? Mi hija, mi pobre hija se ha vuelto loca.

—De ansiedad—dijo Lola.—¡Tarda mucho!

—¡Pues no ha de tardar!—dijo la Doro, con acento plañidero.—Si ese primo, ese marqués, esa familia tuya, son una imaginación que se te ha puesto á ti en la cabeza.

—No; no es una imaginación, no es una locura—exclamó con vehemencia Lola—; yo le conocía, yo le quería sin saberlo; yo no conocí que le quería hasta que le he encontrado en la casa donde está el retrato de mi madre; cuando me ha hablado temblando, cuando me ha mirado con locura, yo me he vuelto loca también y se me ha abrasado el corazón; pero ¡cuánto tarda! Yo voy otra vez; me estoy muriendo de ansiedad; á la fuerza le ha sucedido algo, cuando tarda... Aquel infame Silvestre, el tabernero, salía de la casa de la condesa de los Ata-

balillos, y cuando me vió, se detuvo y habló con el portero. ¡Ah, sí! ¡yo voy, yo me estoy muriendo! ¡yo no puedo sufrir esta agonía!

Y se levantó con una energía nerviosa.

En aquel momento sonó con fuerza la campanilla.

—¡Ah!—exclamó Lola con acento indefinible—¡él es!

Y corrió desalada á la puerta del cuarto.

La Doro la siguió, exclamando:

—¡Puede ser que sea verdad! Pero, ¡Dios mío, esto es para volverse locos!

CAPITULO XIII

Un nuevo misterio.

Era, en efecto, el conde de Río Verde. Lola tuvo que contenerse para no arrojarse en sus brazos.

Su amor había crecido con el temor de que á Luis le hubiese acontecido alguna desgracia.

Sólo había tardado algunos minutos, que habían sido siglos para Lola.

Cuando un momento después de haber tomado su coche de alquiler Lola, la seguía de cerca, se encontró detenido, en el mismo vestíbulo del hotel, por un juez, que, acompañado de un escribano, de un alguacil y de algunos agentes de Orden público, acababa de llegar.

Llegado un momento antes, hubiera detenido también á Lola.

Se había dado parte al Juzgado de guardia de que el conde de los Atabalillos se había suicidado, y el Juzgado había acudido.

Se había echado tierra al negocio, convirtiendo en desgracia el duelo, y la desgracia en suicidio.

Si las leyes prohíben el duelo, las costumbres le aceptan, y la ley de la costumbre se sobrepone á la ley del Código penal.

Aunque el duelo esté considerado por muchos como un acto bárbaro, la opinión general lo acepta en casos dados como una ley imprescindible del honor.

El Juzgado venía ya prevenido, y aun con las declaraciones escritas.

Todo se había arreglado en el mismo local de la guardia adonde había acudido uno de los parientes de la condesa.

El juez estuvo lo más cortés del mundo: se cambiaron algunas palabras, algunos cumplidos; firmaron como testigos en un proceso de suicidio, los que habían sido los testigos del duelo que había causado la muerte, y el médico declaró que, por la dirección de la herida, era evidente el suicidio.

Luis, alegando un negocio importantísimo, en lo cual no mentía, fué el primero que firmó y escapó.

Por esto había tardado algunos minutos.

Los bastantes para que Lola se pusiese en un cuidado mortal.

—¡Oh, cuánto has tardado!—le dijo Lola. —Yo temí te hubiese sucedido algo.

La Doro sintió un no sabemos qué de extrañeza, y aun pudiéramos decir que se escandalizó al oír que Lola hablaba de tú á aquel joven y elegantísimo señor, que era, además, un buen mozo.

Pero, en fin, eran primos hermanos.

Había que creerlo.

Debemos decir que á la Doro se la ocurrió la mala idea de que aquello de

la primacía podía ser muy bien una historia convenida para ocultarla algo punible.

Pero debemos añadir que esta idea enojosa pasó rápidamente por la imaginación de la Doro.

Ella conocía bien á Lola.

Ella la creía incapaz de una tal superchería. Se tranquilizaba en cuanto á la cuestión de honra por parte de Lola.

En cuanto á Luis, la lealtad, la nobleza y la pasión por Lola, aparecían de una manera indudable en su simpática y abierta expresión.

—¡Vamos—dijo para sí—, era verdad, y sintió penal

La dolía que Lola tuviese una familia.

Ella hubiera querido ser siempre la única familia de Lola.

Pero, por otra parte, la idea de la felicidad de Lola llenaba su alma de un contento infinito.

Lola llevó á la sala á Luis.

La Doro los acompañó.

Luis se disculpó de su breve tardanza refiriendo el caso.

—¡Cómol—dijo Lola.—¿El marido de la condesa de los Atabalillos se ha suicidado?

—Tanto da—dijo Luis.—Provocar á un enemigo que puede matarnos en duelo, es lo mismo que suicidarse.

—¡Un duelo!—exclamó Lola—¡un asunto de honor!...

—Indudablemente—dijo Luis—, ha habido suficiente motivo para un duelo á muerte, de que he sido testigo; pero tanto los otros testigos como yo, ignoramos la causa: ni aun conocemos al enemigo del muerto, y debe ser una mujer;

indudablemente era una mujer, porque es admirablemente hermosa.

—Pero, ¡Dios mío!—exclamó la Doro—, *hoy en día* las mujeres son tan malas como los hombres... Matan.

—La civilización, amiga mía—dijo Luis—; el alma humana no tiene sexo, y puede ser tan fuerte y tan terrible en una mujer como en un hombre; además, de que siempre ha habido mujeres varoniles. Pero yo me olvido: ¿usted es, sin duda, la madre adoptiva de mi queridísima prima Lola?

—He tenido esa felicidad, caballero—dijo la Doro.

Y sus ojos se arrasaron de lágrimas.

—¡Ah, señora!—dijo Luis.—La madre adoptiva de la mujer que yo he amado tiene títulos bastantes para que yo la mire, la considere y la ame como á una segunda madre mía.

Y la asió las manos y se las besó.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó la Doro, sintiendo en las manos fuego.—¡Tenía razón Lola, tenía razón la hija de mi alma! ¡Esto es para volverse locos!

—Accidentes extraordinarios de la vida—dijo Luis—; pero yo estoy impaciente: yo necesito las pruebas del nacimiento de mi prima, de su legitimidad, de los derechos á la herencia de sus padres; quiero que cuanto antes mi madre y yo reivindiquemos en sus derechos, presentemos al mundo á la marquesa de Somopeña; es necesario que cuanto antes nos unamos. ¡Ah! ¡Por algo la amaba yo! ¡Por algo era ella para mí una cosa sagrada, esto es, una predestinación!

—Esto es la santa voluntad de Dios, caballero—dijo la Doro, que lloraba.

—Caballero, no; hijo — exclamó el conde.

—No puedo todavía, señor—dijo sencillamente la Doro—; pero ya me acostumbraré; esto es la bendición de Dios, que nos ha caído sobre la cabeza cuando menos lo esperábamos; esto es que Dios premia la buena alma y la caridad de mi Lola; esto es el cielo que se abre para los que amparan á los desventurados.

Y el llanto de la Doro se hizo más largo, más abundante; un llanto, como suele decirse, á todo trapo.

Pero era aquel un llanto de consuelo.

Un llanto de felicidad.

—¡Oh, la santa mujer!—exclamó Luis, que estaba también profundamente conmovido.

En cuanto á Lola, se sentía trasportada de felicidad.

La Doro se enjugó las lágrimas con el delantal, se levantó, se acercó vacilante á la cómoda, sacó de su faltriquera un aro con pequeñas llaves, y con una de ellas, y con la mano trémula, abrió el primer cajón y tomó con ansia el legajo de papeles que ya conocemos.

Le llevó al conde.

Este, trémulo también de emoción, desató la cinta de seda negra del legajo y se entregó con avidez á la lectura de los papeles.

Devoraba las palabras, las líneas.

A medida que leía aparecía más afectado.

—¡Ah!—dijo al fin—: estas pruebas son iddudables, precisas, completas; pronto las dos, las dos conmigo; es necesario que mi madre vea estas pruebas.

—¡Y por nuestra buena ventura!—dijo

dulcemente Lola.—¡Nos olvidábamos de esa pobre que está entre la vida y la muerte! ¡Y la dejamos abandonada! Yo no puedo, no debo ir á presentarme sola contigo á tu madre; mamá Doro no puede acompañarme...

—¡Ah! — dijo Luis—; perdóname; la alegría nos embriaga á los dos, nos hace incurrir en error; no eres tú la que debes ir; es mi madre la que debe venir y vendrá dentro de un momento.

—Llévate esas pruebas—dijo Lola.

—¡Ah, no, no!—exclamó Luis por un exceso de delicadeza—: podría perderlas; mi madre las verá aquí.

Y se levantó.

—Vendremos al momento—dijo.

Y se dirigió á la puerta.

—¡Ah!—exclamó deteniéndose.—Otro olvido; un momento más ó menos importa poco; quiero ver á esa señora, sin cuya carta no hubieras tú ido al hotel de mi tía Paca, donde has encontrado el retrato de tu madre; á la desventura de esa señora debemos nuestra felicidad, y si ella conoce á Paca, es muy posible que yo la conozca á ella; quiero verla.

Lola le llevó á la alcoba.

La incógnita estaba dormida.

En su semblante apenado aparecía toda la desventura, todo el dolor de su alma. Estaba inerte.

La alcoba era oscura.

La Doro acudió trayendo en una palmaria una bujía encendida.

La luz iluminó de lleno el semblante de la enferma.

Semblante hermosísimo, á pesar de su demacración y de su punzante, de su conmovedora expresión de dolor.

Al verla distintamente, Luis se estremeció:

—¡Sofía!—dijo.—¡Otra mujer perdida y encontrada por acaso! Pero, afortunadamente, viva; es necesario salvarla á ella, salvar á su hijo. ¡Ah! ¡Sí, sí! Es necesario que venga mi madre cuanto antes. ¡Oh, infames! ¡Infames! ¡Hoy se devora la carne cruda! ¡Hoy abundan las fieras que se alimentan de sangre y lágrimas! ¡Adiós, al momento, al momento venimos!

Y Luis, como llevado por un impulso irresistible, salió rápidamente.

Sofía permanecía inmóvil, respirando débilmente.

—¡Ay!—exclamó la Doro.—Está más mala de lo que yo creía; don Plácido se ha engañado ó ha mentido por no asustarnos; ¡pero, al fin, se había de ver! ¡Qué será esto, Dios mío!

—Esto es otra providencia patente de

Dios—exclamó Lola con una ardiente fe.—Dios no habrá querido ponérmela en las manos para que se me quede en ellas; esperaremos; don Plácido no siente; por el contrario, es demasiado duro, es un sabio, y cuando él responde de ella, hay que confiar, y luego que esto sería horrible y de mal agüero. ¡Deberle yo mi felicidad á una infeliz herida de muerte, porque de otra suerte no hubiera yo encontrado el retrato de mi madre en casa de la condesa de los Atabalillos.

Y las dos se sentaron.

La una á la cabecera de la cama.

La otra, la Doro, en un rincón de la alcoba.

Rezaban con toda su alma.

Lola, inclinada sobre Sofía, la contemplaba con un interés vivísimo, y al mismo tiempo se estremecía esperando con ansia la venida de Luis y de su madre.

CAPITULO XIV

De cómo el solo anuncio de un nombre cortó una conversación extraordinariamente interesante,

Pasó una larga hora.

Una eternidad para Lola.

Era necesario, sin embargo, suponer que la casa de Luis estaba lejos, en la parte nueva de Madrid, que necesariamente y por breve que hubiera sido, había debido mediar una explicación entre la madre y el hijo.

Que la condesa había tenido necesidad de vestirse.

Aún no eran las doce del día, hora temprana para una alta dama.

Pero la impaciencia no se hace cargo de nada.

Prolonga el tiempo de una manera monstruosa.

Al fin, poco después de haber sonado las doce, se oyó un nuevo y fuerte campanillazo.

Se comprendía que el que llamaba sentía ansiedad por entrar.

Lola corrió á la puerta.

Mamá Doro dejó el rincón de la alcoba donde rezaba, y salió á la sala.

En aquel momento entraban en ella, acompañados de Lola, Luis y su madre.

Anastasia venía extraordinariamente excitada.

Su severa y grave hermosura aparecía dulcificada, conmovida.

Venía sencilla, pero rica y elegantemente vestida.

Al entrar en la sala, espléndidamente iluminada por el sol del mediodía, la condesa miró con ansiedad á Lola, como si no la hubiese visto nunca. y exclamó:

—¿Pero es esto posible? ¿Eres tú, Lola?

—¡Ah, señoral!—exclamó Lola, arrojándose en los brazos de la condesa, que los había tendido hacia ella.

Anastasia la besó con afecto en la frente. Lola la besó de una manera ardiente en la boca.

—¡Ah, hija mía!—exclamó Anastasia, sintiendo el fuego de aquel beso.

Luego la separó dulcemente de sí, y miró con un vivísimo interes el medallón que Lola tenía en la garganta y que contenía el pequeño retrato en fotografía de su hermana Adelaida, muerta.

—¡Sí, sí, ella es, mi pobre adelaída!—exclamó.—¿Y has tenido tú, hija mía, este retrato á la garganta siempre que has ido á llevarme joyas?

—Siempre, señora.

—Es verdad; mi vista, cansada por mis continuas lecturas, mis distracciones, lo pequeño de este retrato, lo que la muerte y después la fotografía perjudican el parecido... porque si yo hubiera reparado en él, si le hubiera examinado de cerca como ahora, yo hubiera reconocido á mi pobre Adelaída.

La Doro sufría.

Reventaba por hablar. Pero no se atrevía.

La parecía que no era necesario tanto examen para reconocer á Lola.

Luis también sufría.

El había asegurado á su madre que Lola era la hija legítima de su tía Adelaida.

El hubiera querido que su madre no hubiera sido tan minuciosa.

La verdad era que anastasia, á pesar de haber contraído, atiborrándose de filosofía, un temperamento moral filosófico, se sentía necesariamente contrariada al encontrar en una vendedora de alhajas á su sobrina, la hija de la perdida hermana.

Además, y á pesar de sus desengaños de las cosas del mundo, estaba fuertemente apegada al título y á los bienes del marquesado de Somopeña.

No había sabido hacerse sabia sin hacerse materialista.

Para ella no existía más que lo que podía manifestarse con la evidencia de la prueba.

Ya hemos dicho que había secado las fuentes de su sentimiento para todo menos para el amor idolatrado que sentía por su hijo.

A pesar de todo esto, Anastasia se sentía conmovida hasta el fondo de su alma.

Siempre la había sido simpática Lola.

Había comprendido la pureza y la noble dignidad de aquella humilde joven, y la había amado sin darse cuenta de ello.

Cuando sabiendo ya por el apasiona-

do relato de Luis que Lola era su sobrina, el espontáneo beso de fuego de Lola, el aliento purísimo de su boca, la magia de su ser, se la hubieran subido, por decirlo así, á la cabeza.

Luchaba y se defendía, sin embargo, instintivamente.

Por otra parte la inquietaba de una manera extraordinaria el apasionado amor que Luis sentía por Lola.

Todo esto era lo más natural del mundo, dada la situación excepcional en que Anastasia se encontraba.

En cuanto á Lola, miraba absorta á Anastasia. Siempre la había parecido muy hermosa, muy virtuosa, muy digna y muy dama.

Se sentía feliz, aunque de una manera secundaria, por decirlo así, sabiendo que la condesa de Río Verde, marquesa de Somopeña, era su tía carnal.

Desinteresada y sencilla, para nada tenía en cuenta que el título de Somopeña que Anastasia poseía debía perderlo para que ella fuese reivindicada en él.

Lola no pensaba más que en Luis, y luego, á consecuencia de Luis, en Anastasia.

Era su segunda madre.

Lola era todo corazón.

Una de esas criaturas que han nacido para que nadie las comprenda.

Anastasia continuaba en la inspección de Lola, y al fin la Doro, no pudiendo sufrir ya más, se fué á la cómoda, sacó de ella los papeles, y dijo entregándoselos á Anastasia:

—Aquí tiene usted, señora, lo que no la dejará la menor duda de que la hija de mi alma y yo somos dos mujeres hon-

radas, que no podemos engañar á nadie.

La Doro la había soltado redondamente.

Anastasia se puso vivamente encendida.

Luis se sobresaltó.

Conocía la altivez de su madre.

Lola sintió una impresión de ansiedad.

La Doro no tenía cara de arrepentirse de lo que había hecho.

Anastasia se rehizo, y dijo rechazando aquellos papeles:

—¡Ah, nol Yo no dudo; es que me parece mentira la felicidad de haber encontrado á mi sobrina; no hablemos más de esto; que se haga inmediatamente el reconocimiento legal, Luis. Tú, hija mía, te vas á venir conmigo á tu casa; á tu casa propia, donde hubieras nacido si no hubiese sobrevenido la desventura de tus padres; usted, señora—añadió dirigiéndose á la Doro—, vivirá á su lado, como ha vivido desde que tan noblemente la adoptó; usted es su madre; usted es mi hermana.

Y la tendió la mano, la atrajo á sí y la abrazó y la besó en la frente.

—¡Ah señora!—exclamó la Doro, confusa y conmovida.

—Sí; así lo ha querido la voluntad de Dios, y yo la reeonozco y la acepto con toda mi alma.

—¡Ah mamá!—exclamó con acento singular Luis.

—¡Ah!—dijo Anastasia—; ¡tú te asombras de que yo haya dicho *la voluntad de Dios*! Y bien, cuando la verdad se demuestra de una manera tangible; cuando nuestro sentimiento la acepta, hay que creer en ella; yo no he variado en mi ma-

nera de ser y de sentir; yo soy siempre la misma. Ahora tú, Luis, á hacer, sin pérdida de tiempo, lo que es necesario para que el reconocimiento de ésta se haga cuanto antes, y vosotras dos conmigo á casa.

—¡Ah, nol—dijo Lola—; yo no puedo moverme de aquí, mientras la pobre Sofía esté entre la vida y la muerte.

—¡Sofía! ¿Qué Sofía es ésa?—preguntó con un vivísimo interés Anastasia.

—¡Ah!—dijo Luis—; yo, en mi aturdimiento, no me he acordado de hablarte de ella; sólo te he hablado de nuestra Lola, que la ha recogido, que la ha amparado, es la desdichada Sofía de Santisteban.

—¡Sofía de Santisteban!—exclamó Anastasia.—¿La conocías tú, Lola?

—Yo no la he visto hasta hoy—repuso Lola—; yo la encontré en la puerta de la casa de donde la habían echado; la habían puesto los muebles en la calle; estaba allí entumecida de frío y de hambre con su hijo; á mí se me abrieron de lástima las entrañas, y me los traje á los dos á mi casa.

Anastasia se puso pálida, y se estremeció de los pies á la cabeza.

Sus ojos brillaron con una luz intensa. Acreció en hermosura.

—¿Sabes tú lo que has hecho, Lola mía?—la dijo, mirándola con arrobo.

—Yo he hecho lo que mi corazón me mandaba que hiciera.

—Tu corazón sabía más que tú; tú has amparado á tu hermana.

—¡Mi hermanal!

—Su hermana—exclamaron á un tiem-



po, y con una sorpresa de asombro, Luis y la Doro.

—Sí, hija de tu padre, Lola mía—dijo Anastasia—; esa es una historia, para que conozcas la cual tenemos tiempo.

Lola no la escuchaba ya.

Se había lanzado á la alcoba.

La Doro la había seguido.

—Estamos de enhorabuena, Luis—dijo Anastasia—; nuestra Lola es un arcángel.

—¡Ah!—exclamó Luis—; yo conocía á Sofía, pero ignoraba que fuese hija del marido de mi tía Adelaida.

—Este es un secreto que guardábamos Inés y yo—dijo Anastasia—; llegará un momento en que Lola y tú conozcáis esa historia; pero ahora atendamos á la presente.

Y se fué á la alcoba. Luis la siguió.

Lola estaba abrazada á Sofía, que había vuelto en sí.

La llamaba hermana, y la besaba, y volvía á llamarla hermana y á besarla.

La Doro lloraba silenciosamente.

Para ella era aquel un enigma.

El sol, que entraba en la alcoba por los limpios cristales de una ventana, alumbraba con una dorada luz aquella conmovedora escena.

Sofía estaba atónita.

Revolvía, llena de ansiedad, su débil mirada, como buscando algo que pertenecía á su alma.

Y, en verdad, lo que buscaba era su hijo.

No se daba cuenta de lo que había pasado por ella.

Extrañaba el lugar en que se encontraba y las personas que la rodeaban.

—¡Mi hijo!—exclamó al fin, con un acento infinito de angustia.

—¡Ah, sí! ¡Su hijo!—exclamó Lola.—Anda, mamá Doro, que venga Petra con el niño.

Petra era la caritativa vecina de Lola, que se había encargado de criar al hijo de Sofía.

La Doro salió precipitadamente.

Entonces Sofía reparó en Anastasia y en Luis:

—¡Ah, señora marquesa!—exclamó animándose.

—¿Qué es esto, hija mía?—dijo Anastasia, acercándose al lecho y abrazando á la vez á Sofía y besándola—; no sabíamos lo que era de ti, y de improviso te encontramos en tal estado.

—¡El crimen, la desventural—exclamó Sofía llorando—; ¡pero mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

—Tu hijo está en salvo; tu hijo no corre peligro alguno—dijo Lola.

Entraron en aquel momento la Doro y la Petra con el niño.

El pobrecillo venía dormido y, aunque pálido y demacrado, no parecía enfermo.

Sofía tendió ansiosa los brazos hacia él.

—No le despierte usted, señora—dijo la Petra—: ha mamado lo que ha querido, y el sueño le hace mucho bien.

—¡Dios os lo pague á todos!—dijo Sofía—; aún no se ha acabado la caridad en el mundo.

Era aquella escena demasiado punzante, y había necesidad de cortarla.

—Tranquilízate, mi querida sobrina—dijo Anastasia—: tú no estás desampa-

rada con tu hijo mientras yo viva, mientras viva Luis; mientras viva tu hermana: así pudiéramos reparar todas tus desgracias.

Y las lágrimas corrían á lo largo de las pálidas mejillas de la hasta entonces escéptica y, al parecer, insensible Anastasia.

—¡Ahl ¡Sí! Es necesario que yo viva para mi hijo, y para vengarle á él—exclamó Sofia.

Y luego añadió:

—Tengo hambre.

Don Plácido era un buen médico.

Con la poción que había dado á Sofia, la había reaccionado el estómago.

Inmediatamente se acudió con un caldo á la enferma.

Parecía más tranquila.

Inmediatamente volvió á adormecerse.

Todos salieron.

Sólo Lola se quedó á la cabecera de la cama de su hermana.

—Ve, Luis, ve—dijo Anastasia—; no perdamos el tiempo; es necesario que cuanto antes nos los llevemos á todos á casa.

Luis salió.

Dos horas después volvió Luis.

Venía resplandeciente de alegría.

Los curiales se habían mostrado con él extraordinariamente obsequiosos.

Habían buscado el antiguo proceso, y lo habían encontrado.

La legitimidad de Lola era indudable.

Don Plácido, á quien se había llamado, declaró que Sofia podía ser trasladada sin peligro.

Anastasia y Luis se llevaron á su casa á Lola, á Sofia, á su hijo y á Petra, que ya podía considerarse como nodriza del pequeño.

Al subir por las anchurosas y magníficas escaleras, Anastasia dijo con un acento de ligera y afectuosa volubilidad á Lola:

—Está V. E. en su casa, señora marquesa de Somopeña; aquí han nacido y han muerto los abuelos de V. E.

Anastasia se había transformado.

La Providencia la había convertido de una manera conmovedora.

CAPITULO XV

En que aparece cortando una escena interesante un personaje siniestro.

Aquella noche estaban reunidos en el gabinete de Anastasia con ésta, Luis, Lola, Sofia y la Doro, á quien se consideraba ya como de la familia, y que de tiempo en tiempo hacía un visible esfuerzo, como si dormida y soñando hubiera querido despertar para libertarse de una pesadilla.

La Doro no comprendía bien aquello.

La parecía de todo punto extraordinario.

Casi imposible.

Lola estaba también profundamente preocupada.

La parecía que todo aquello que la hacía feliz por su amor á Luis, iba á desvanecerse como un sueño.

La embriaguez de la felicidad aparecía en la mirada de Luis, que no se apartaba de Lola.

En el hermoso semblante de Anastasia un dulce reposo, una expresión purísima aparecían, dando á su belleza un encanto poético.

Anastasia estaba casi tan enamorada como su hijo, de Lola, que conservaba su traje de chula y las alhajas que llevaba su madre cuando la dió á luz.

Sofía, envuelta en su pobre luto, abatida, pálida, demacrada, desolada, estaba junto á la chimenea, replegada en un sillón.

En cuanto á Petra, á la que no había necesidad de revelar los secretos de la familia, se pavoneaba en el amplio y cómodo y bien amueblado aposento que en el segundo piso de la casa se le había dado para ella y su hijo y su marido, que era un buen oficial de ebanistería, joven y buen mozo, que adoraba á su mujer y á su hijo.

Petra era una muchacha muy bonita y muy inteligente, y el niño un querubín rubio y sonrosado.

Pablo tenía sus aprensiones políticas, bajo el techo de su noble casa.

Era republicano.

—Cállate, tonto — le decía Petra —; aquí estamos como el pez en el agua; hemos hecho nuestra felicidad, nuestra fortuna, ya ves tú, ¡Lola marquesa, Lola rical! ¡Vamos á tener hasta sesos de mosquito que se nos apetezcan! ¡Mira tú, cuando tú tengas un taller y no dependas de nadiel Déjate de políticas.

—Nosotros no hemos pensado en nada de eso, cuando tú tomaste al niño para darle tu sangre; nosotros lo hicimos por Lola.

—Y por la criatura; óyete tú, Pablo; cree en Dios; ya lo ves, Dios da ciento por uno.

—No hemos hecho más que cumplir con un deber de fraternidad, con la mo-

ral humanitaria de los hombres libres.

—Tú crees que todo el mundo piensa como tú, que eres una buena alma.

Pero dejando en su discusión á aquellos buenos esposos, volvámonos al gabinete de Anastasia.

—Lo que os voy á relatar—dijo Anastasia—, es una historia muy sensible, cuyo secreto he guardado yo durante veinte años: tú no conoces esa historia, Sofía.

Tú no sabes sino que eres una huérfana, de la cual nos habíamos encargado mi prima Paca y yo.

—¡Y yo os consideraba como á mis madres!—dijo con una dulce timidez Sofía.

—Tú creías, y lo creía todo el que te conocía, que eras hija de unos honrados colonos míos que habían muerto.

Y, en efecto, así consta por la partida de bautismo.

Yo lo había arreglado todo.

Pedro de Santisteban y Catalina de Vadillo, que no tenían hijos, se presentaron.

Se cubrieron las apariencias, las formalidades legales, murieron el uno después del otro Pedro y Catalina, cuando tú estabas todavía en la lactancia, cuando ya habían muerto los padres de tu hermana Lola.

La amargura que me cansó la desgracia de mi hermana y de mi cuñado, y el haber perdido á mi sobrina, que inútilmente también se buscó, me impulsaron para distraerme al movimiento, á los viajes.

Entonces revelé el secreto á mi prima Paca, á la condesa de los Atabalillos, te

dejé encargada á ella, y me fui á correr mundo con mi hijo.

Veamos ahora cómo sabía yo que tú, Sofía, eras hija del padre de Lola, del marido de mi hermana Adelaida.

A poco de haberse casado tu padre con mi hermana, me dijo:

—Yo tengo que decirte algo que me pesa sobre el alma y que no puedo revelar á Adelaida; yo cuento contigo, Anastasia.

—¡Ah, sí!—le respondí—; tú puedes contar conmigo como con una hermana del corazón.

Entonces me reveló una falta muy común; un delito de amor.

Había seducido á una pobre aldeana de Galicia que había venido á servir á casa de sus padres; tú fuiste el fruto de aquellos amores, de aquella locura.

Pero no culpes á tu padre, Sofía.

Tu padre era un hombre honrado, un caballero.

—Inés era un prodigio de hermosura—me decía conmovido, cuando me reveló su secreto—; era sencilla, pura, candorosa; se enamoró de mí como yo me enamoré de ella; yo abusé y sobrevinieron las consecuencias; yo no me atreví á contrariar á mis padres; pero no abandoné á Inés; indudablemente hubiera arrojado por todo, y me hubiera casado con ella por amor á mi hija, pero Inés murió al darla á luz; yo no he abandonado á Sofía; la tengo encargada á la mujer del sargento primero de la que fué mi compañía; pero el regimiento de Farnesio va á cambiar de guarnición; yo estoy de reemplazo desde que me casé con Adelaida; yo estaré con un cuidado mortal se-

parado de mi hija, y ella y yo nos amparáramos de ti, Anastasia.

—Con toda mi alma—respondí—, aunque no me agrada gran cosa que tengas un tapujo; en fin, son cosas del mundo. Adelaida no sabrá nada, y tú tendrás en nuestra casa, á nuestro lado, á tu hija: digo, á no ser que te se parezca, que en ese caso buscaremos otro medio.

—No—me dijo—; se parece completamente á su madre.

—Pues si se parece toda á doña Sofía la madre, hay que perdonar á ese señor—dijo con su ruda y franca simplicidad la Doro.

—Hay que perdonarlo todo—dijo Anastasia—; pero las faltas del amor tienen consecuencias terribles.

—Es verdad—dijo la Doro—, se pagan; Dios no se queda sin cobrar nada. Vamos, creemos que somos buenos, cuando no tenemos perdón de Dios.

Como se ve, la Doro había tomado tierra; por otra parte, se resentía inconscientemente de que Lola tuviese otra familia. Tenía celos.

Celos, por el único amor que había sentido en toda su vida.

—Continuemos—dijo Anastasia desentendiéndose de las palabras de la Doro. —Cuando yo volví de mis excursiones, Sofía, eras ya una mujer perfectamente formada y educada.

—¡Ah, señora marquesa—dijo Sofía—, yo no olvidaré nunca lo que debo á usted.

—¿Y no entra en la cuenta de tu agradecimiento mi prima Paca?

—¡Ah!—exclamó Sofía con acento profundo.

Y después de algunos momentos añadió:

—Yo también tengo una historia triste que referir.

—Tú llegaste al esplendor de tu juventud amada por ella y por mí—dijo Anastasia—; pero un día desapareciste; inútilmente te se buscó, como en otro tiempo se buscó inútilmente á mi hermana Adelaida, y ahora por un suceso providencial te encontramos enlutada, enferma, con un hijo tal vez huérfano.

Al pronunciar Anastasia la palabra providencial lo hizo con un acento singular.

—El sino de las criaturas—dijo la Doro.

—La voluntad de Dios—añadió Lola.

—¡El misterio!—exclamó Luis.

Siguieron algunos instantes de silencio.

Anastasia había dicho cuanto sabía de la historia de Sofía.

—Sí—dijo al fin ésta—; el sino, la voluntad de Dios; pero á veces la misteriosa voluntad de Dios, es terrible; ¿por qué al morir mi pobre madre al darme á luz no me mató á mí con ella? ¡Así no hubiera conocido á la condesa de los Atabalillos; no hubiera conocido al miserable infame que ha matado mi amor y mi esperanza!

En aquel momento abrió la puerta del gabinete una doncella, y dijo anunciando:

—El señor conde de Casas-Patiño, señora.

—¡Ah! ¡él, él!—exclamó Sofía acometida de un síncope violento y arrojándose en los brazos de Lola que estaba jun-

to á ella—: ¡amparadme, él mató á mi Esteban y me matará á mí!

Anastasia se levantó de su asiento como por efecto de una explosión, y salió del gabinete.

Cerca ya de la puerta encontró á un señor como de cincuenta años, pálido como un espectro.

—No entres—exclamó Anastasia cru-

zándose—: me alegro de que hayas venido; ven conmigo, tengo que hablarte.

—Yo también tengo que hablarte perentoriamente de un asunto muy grave—dijo el conde con la voz ronca y alterada.

—Ven conmigo—dijo Anastasia.

Atravesaron dos salones y entraron en otro gabinete.

CAPITULO XVI

De cómo el conde de Casas-Patiño contó á Anastasia la historia que no había podido relatarles Sofia.

Anastasia se fué á la chimenea, señaló un sillón al conde y le dijo:

—Siéntate, Pedro, ya te escucho.

—No, te doy la preferencia—respondió el conde, que se había dominado.

—Sea—dijo Anastasia—; pero, ante todo, ¿por qué estás de luto?

—¿Qué, no lo sabes?—dijo el conde.

—¿Ha habido alguna desgracia en la familia.

—Pero todo el mundo lo sabe—respondió con extrañeza el conde—; lo sabe además tu hijo.

¿Y qué es lo que todo el mundo sabe, lo que sabe mi hijo y que yo ignoraba?—dijo creciendo en cuidado Anastasia.

—El suicidio de Gabriel.

—¿Cómo!—exclamó ya menos inquieta Anastasia.—¿Gabriel se ha suicidado?

—Así lo creerán todos, porque así se ha cubierto el duelo en que ha sucumbido, y en el cual ha servido de testigo Luis.

—Nada tiene de extraño—dijo Anastasia—que Luis no me haya hablado de esto: él y yo hemos estado hoy gravísimamente preocupados, conmovidos. ¿Y cuál ha sido la causa?

—La ignoramos—dijo con acento cavernoso el conde.

—¿Y, quién era su adversario?

—Lo ignoramos también: un desconocido, y puedé ser muy bien que una desconocida, disfrazada de hombre.

—Todo lo que hoy nos sucede es extraordinario y excepcional—dijo Anastasia—; esto es un aluvión de sucesos providenciales, y es necesario creer al fin en la Providencia. Pues mira, en lo referente á Gabriel, me alegro mucho y me pondré con mucho gusto el luto por él. No nubles el semblante: ya sé que ese canalla privaba contigo, que le tenías sobre las niñas de tus ojos: os había embrujado á Paca y á ti: yo le detestaba. ¿Qué quieres? cada cual tiene su manera particular de juzgar de los hombres y de las cosas: lo siento por Paca.

—Paca se ha vuelto loca de dolor, y yo, que respecto á Gabriel he tenido siempre un criterio completamente opuesto al tuyo, estoy dado al diablo.

—El mal espíritu de ese miserable—dijo Anastasia—; pero con su muerte ha dejado de pesar sobre vosotros; espero que no tardaréis en variar de opinión y en alegraros de que Dios os haya liberado de él. Yo no había creído nunca en las hechicerías, pero ahora creo en ellas. Veamos ahora lo que tenías que decirme, Pedro.

—No—dijo éste—; primero tú.

—Pues yo acabo muy pronto: han parecido, la una por la otra, dos criaturas que me son muy queridas: la una es mi sobrina, la hija de mi hermana y de mi cuñado, de la cual, cuando se perdió, estaba encinta Adelaida; la otra es mi ahijada Sofía, cuya suerte ignorábamos todos.

—¿Y te alegrarás de ello?—preguntó con voz convulsa y siniestra el conde.

—Pues ya lo creo, y con toda mi alma—respondió con vehemencia Anastasia.

—Pero si esa joven tiene las pruebas de su nacimiento, pierdes el título y los bienes de Somopeña.

—Inmediatamente, mañana mismo—respondió acreciendo en vehemencia Anastasia—voy á reconocerla solemnemente, á entregarla en herencia, á darla cuentas de ella, como si la hubiera tenido en administración, como tutora, y en seguida la caso con mi hijo: como que se aman, como que están locos el uno por el otro.

—Por mucha que sea la locura, no será tan grande como la tuya: tus librotas te han vuelto el seso.

—Y á ti te pierde la avaricia.

—¡Avaricial! ¡Llamar avaricia á la *sagrada hambre del oro*! Y ¿quién es esa venturosa criatura?

—No tengo inconveniente en decirte-lo, es muy conocida en la corte.

—¡Ah! ¡Pues no comprendo!

—Voy á explicártelo: es Lola, esa preciosa joven á quien llaman la Niña de los Diamantes, y mira tú, por ella hemos encontrado á Sofía.

—¡Ah!—exclamó el conde, que estaba

mucho más demudado.—¡Dios los cría y ellos se juntan!

—Siempre has sido un malvado, Pedro—exclamó con una irritada energía Anastasia—; pero no creía te atrevieses al exceso de ser grosero para conmigo: tú calumnias á mi sobrina, que es la pureza misma, la virtud, la caridad, y arrojas por el suelo, como si fuera un trapo inmundo, á la desdichada Sofía, que es una mártir.

—Esa mártir ha perdido á nuestro sobrino Esteban, cuya muerte es un misterio.

—Pues yo creía—dijo Anastasia mirando con una profunda fijeza al conde de Casa-Patiño—que el que había perdido á nuestro sobrino Esteban era otro.

El conde se estremeció:

—No se puede culpar á nadie de la perdición de Esteban cuando tan patente es su causa—se apresuró á decir el conde—; ella le sedujo.

—Ella le amó—dijo con firmeza Anastasia—, como si hubiera conocido la historia.

—Ella no debió responder á ese amor, cuya satisfacción legítima era imposible.

—El amor no tiene más leyes que sus leyes propias.

—Ella os lo debía todo á ti y á Paca; ¿qué hubieras hecho tú si Sofía hubiera seducido á tu hijo?

—Aunque su unión me hubiera contrariado, que no lo creo, porque yo tengo mi criterio particular en estas cosas, el criterio incontestable de la naturaleza, yo no hubiera hecho desventuradas á dos criaturas que se amaban.

—Tus librotas y siempre tus librotas,

y sobre todo que se trata de causa ajena; pero yo no he perdido el juicio, yo no me he olvidado de la dignidad de nuestra familia ni de los deberes que me impone. Paca, que adoraba á su hijo, vacilaba; yo la sostuve.

—Ya sabía yo que no era Sofia la causa de la perdición de Esteban—dijo Anastasia con la extremidad de los labios.

—Yo cumplí con mi deber—dijo ya descompuesto el conde.—Sofia incitó á la rebelión á Esteban y huyeron juntos, desaparecieron y no se ha vuelto á saber de ellos.

—Sofia ha parecido, Sofia es viuda; Sofia puede revelar algo terrible que te comprometa, porque, al oír tu nombre cuando te anunciaron, pronunció la palabra venganza.

Anastasia se había puesto de pie al decir estas palabras, y estaba erguida y grave fijando una mirada profunda en el conde.

Este se había puesto también de pie. Le flameaban los ojos.

Temblaba de cólera de los pies á la cabeza.

En sus trémulos labios entreabiertos aparecía una leve espuma amarillenta.

Estaba horrible, agresivo como una bestia brava, peligroso.

—Yo rechazo con toda mi indignación—exclamó con un acento apenas inteligible por la cólera, una infame calumnia de la que se pretende hacerme víctima.

En aquel momento apareció en el gabinete Luis, que había seguido á su madre, que todo lo había escuchado.

Adelantó hacia el conde, pálido y sombrío, pero sereno, y le dijo con la voz firme y grave:

—Pedro, Sofia está bajo nuestro techo y bajo nuestra protección; yo ignoro con qué objeto has venido aquí; pero permíteme te aconseje que no des lugar á que se diga de ti que te has suicidado, como se dice del marido de tu hermana.

—No serás tú—dijo el conde ya desbordada su ira—, quien se jacte mucho tiempo de haberme injuriado impunemente.

Y tomó con cólera de sobre una silla su sombrero y su bastón, y salió.

Luis se fué tras él.

—Déjale—dijo Anastasia deteniéndole—: tú no puedes, tú no debes ir al terreno del honor con semejante infame; otra persona es la que debe castigarle: yo había recelado desde que vi el luto de Sofia; yo había dudado, pero después de haberle oído, ya no dudo, ese hombre es el asesino de Esteban.

CAPITULO XVII

En que Sofía acaba de contar su historia.

Pasaron algunos días.

Ni Lola, ni Sofía, supieron lo que habían hablado Anastasia y su primo el conde de Casas-Patiño.

El reconocimiento de Lola se hizo solemne.

Se la puso en posesión del título y de los bienes de Somopeña.

Todo esto se hizo en familia.

Anastasia no presentó á la nueva marquesa á la corte.

Era una filósofa convencida y daba muy poca importancia á las formas.

Ella no reconocía más que lo positivo.

Hacia además mucho tiempo que se había apartado del mundo.

Poco menos que si se hubiese encerrado en un claustro.

Lola y Luis estaban absorbidos el uno por el otro.

Había necesidad de casarlos.

Se había pedido la real licencia, la dispensa, se habían activado los preparativos.

La canastilla de bodas, ó como hoy se dice, el *trousseau*, había sido encargado á París.

En cuanto á joyas, había un tesoro de ellas en las dos casas de Río Verde y de Somopeña.

Sin embargo, Luis, á quien todo le parecía poco para Lola, gastó más de dos millones en perlas y diamantes.

Los joyeros no habían abusado.

Sabían que Lola era inteligente.

La Doro estaba asustada de todo aquello. Aquello le parecía un sueño.

Durante estos preparativos, Sofía había estado en una situación muy grave, y don Plácido asociado, con el médico de la casa, había peleado brazo á brazo con la enfermedad.

El terror que había causado en Sofía el solo nombre del conde de Casas-Patiño, la había producido un violento delirio que había degenerado en fiebres perniciosas.

Al fin, algunos días antes de que se terminasen los preparativos de las bodas de Lola, Sofía se restableció.

Entonces, aunque todavía débil y demacrada, pudo apreciarse lo hermosa que era.

Lola no había dejado un sólo momento de cuidarla con una ternura infinita.

Con la ternura de una buena hermana.

La Doro y la Petra no se habían mostrado menos solícitas.

Anastasia había hecho para con ella los oficios de madre.

Luis se había desvivido por ella.

Y cómo no, si Lola la amaba apasionadamente.

Sofía estaba resignada, tranquila, porque veía el porvenir de su hija asegurado.

Tenía la certidumbre de que su hijo sería reconocido como hijo legítimo de Esteban y que, como tal, debía heredar de Paca el condado de los Atabalillos.

No había pleito posible.

En todo caso, Anastasia y Luis estaban dispuestos á sostener por todos los medios los derechos de Sofía.

Pero ante todo era necesario informarse de ella misma.

Una noche que estaban reunidos en el gabinete de Anastasia, Lola, Anastasia, la Doro, Luis y Sofía, que de día en día mejoraba, les dijo ésta:

—Es necesario, aunque el hablar de mis desdichas me desgarré el corazón, que yo os diga cómo llegué á la situación desesperada en que me encontraba cuando Dios trajo junto á mí á mi queridísima hermana Lola.

Sofía se detuvo y en su bellissimo semblante apareció una expresión de reflexión que indicaba que ponía en orden sus recuerdos.

Todos escuchaban con ansiedad.

Al fin, Sofía dijo:

—Mientras que usted, señora marquesa, dejándome confiada á su prima la condesa de los Atabalillos, viajaba con su hijo Esteban, mi desventurado marido, dejó la escuadra en que servía y vino á Madrid con seis meses de licencia. No nos conocíamos y á Dios pluguiera que nunca nos hubiéramos conocido. Usted, señora, sabe lo que era Esteban.

Con su belleza varonil, con su distinción, con su abierta y espontánea franqueza de marino, se hacía extraordinariamente simpático.

Aún me parece que le estoy viendo llegar con su uniforme y sus insignias de capitán de fragata y arrojarse en los brazos de su madre.

Yo me sobrecogí.

Senti una impresión que aún no he podido olvidar.

Se me dilató el corazón como si hubiera encontrado de improviso algo misterioso, una felicidad suprema y santa, y al mismo tiempo una angustia indecible, insoportable, como si hubiera sido el presentimiento de espantosas desgracias.

El, cuando reparó en mí, me miró de una manera atónita y palideció como un muerto.

Me saludó con la voz trémula.

Cuando supo que yo era la pupila de su madre, que vivía en su casa, ardieron sus ojos y sonrió acariciado por una esperanza.

Desde el momento en que nos vimos empezó nuestro amor, que muy pronto se convirtió, por desgracia nuestra, en una pasión invencible.

Entre nosotros estaba como una maldición, un hombre al que yo detestaba con toda mi alma: el repugnante, el infame conde de Casas-Patiño, hermano de mi protectora.

Este hombre había contraído por mí un empeño horrible.

Había intentado seducirme inútilmente; se había servido de malas artes, me había rodeado de asechanzas y ya completamente enloquecido me había propuesto mi enlace con él.

Esta proposición, que hubiera deslumbrado á otra cualquiera, aumentó mi

irritación contra él, porque me demostraba que si le rechazaba otra vez, desesperado, no perdonaría medio, por infame que fuese, para llegar al logro de su empeño.

Yo cometí un error en no dar cuenta á la señora condesa, de las solicitudes de su hermano á fin de que me pusiese fuera de su alcance.

Me contuvo el temor de causarle un grave disgusto.

Cuando el conde se apercibió de que Esteban y yo nos amábamos, fué para nosotros una verdadera desgracia.

La señora condesa, que adoraba á Esteban, hubiera tal vez consentido por amor suyo en nuestro enlace.

Pero el conde de Casas-Patiño influyó sobre ella, la irritó y la indujo á que mandase á su hijo se fuese inmediatamente á su escuadra.

Esteban se olvidó de todo y se rebeló contra su madre.

—Soy mayor de edad—dijo—y tengo la libertad de mis acciones.

La señora condesa, no pudiendo dominar á Esteban, me encerró en un convento. Pero inútilmente.

Esteban pidió la real licencia, y salió del convento para casarme con él.

Esto era un rompimiento definitivo con su madre, con la cual no podía, no debía ya contar.

Hasta sus alimentos como heredero inmediato del título de los Atabalillos se le disputaban.

Esteban no quiso empeñarse en un pleito con su madre.

El sueldo de Esteban no era suficiente.

A más de eso, no quería separarse de mí.

Pidió su licencia, y abrió academia preparatoria de las carreras militares, facultativas.

Parecía que la Fortuna nos sonreía.

Que Dios nos protegía.

Esteban había conservado todas sus relaciones.

Su rompimiento con su madre tenía por disculpa el amor, y en vez de perjudicarle, le había hecho más simpático.

Todos los hijos de casas nobles que se dedicaban á las carreras facultativas, venían á prepararse á la academia de Esteban.

Vivíamos, pues, de una manera modesta, pero bastante desahogada, y teníamos el gran lujo de la felicidad de nuestro amor.

Esperábamos, además, que su amor de madre influyese en la señora condesa.

Pero su infame hermano se había apoderado completamente de ella.

No habiendo podido seducirme, la perdió á ella.

La hizo trabar relaciones con uno de esos hombres que deben su posición aparente al extraño predominio que tienen sobre las mujeres.

Joven y hermosa aún la señora condesa, que por amor á su hijo no había querido contraer un nuevo enlace, como hubiera podido, eligiendo á un hombre respetable, vino á dar en un aventurero, al que ayudó con toda su influencia su hermano el conde de Casas-Patiño.

Demasiado impresionable, por desgracia, la señora condesa, irritada, con-

siderando como muerto á Esteban, sintió la necesidad de satisfacer el perdido amor maternal con un nuevo sér nacido de sus entrañas.

La influencia de su hermano sobre ella hacía su camino rápidamente.

La desgracia no se cansaba de perseguirnos; nos vimos obligados á abandonar á Madrid y á entregarnos al azar, cuando ya nos habíamos establecido de una manera que nos satisfacía.

—¿Pero qué es lo que sucede, le pregunté yo, sobrecojada.

—Se habla del casamiento de mi madre—me respondió—con un hombre indigno; con uno de esos hombres cuya historia no sabe nadie, que nadie pregunta, á quienes se recibe en todas partes y á quienes en todas partes se considera por la trivialidad con que se mira todo en nuestro tiempo, en que las gentes no van más allá de las apariencias, pero en los cuales repara á primera vista un hombre de mundo. En fin, se trata de un agente de todo género de negocios infames, que por lo mismo son secretos, y para gestionar los cuales es de todo punto necesaria una posición brillante á que un hombre honrado no puede llegar por sí mismo; pero que este género de pícaros saben obtener, ayudados de otros altos pícaros á los que se asocian. No puedo impedir este enlace, cuyo proyecto sabe ya todo el mundo: mi madre está ciega. Si yo provocase á ese hombre y le matase en duelo, lo cual me sería muy fácil, dadas las circunstancias, daría un escándalo horrible, cuyas consecuencias pudieran ser incalculables. La fatalidad me ata de pies y manos. Siempre que-

daría mi tío, mi miserable tío; y cómo yo, su sobrino carnal, puedo llamarle al terreno y asegurarle y asegurarme de sus asechanzas matándole? Esto es imposible; es necesario desaparecer, perdernos, que nadie sepa lo que ha sido de nosotros, y esto cuanto antes. Estoy seguro de que mi tío habrá impuesto terribles condiciones á ese facineroso á cambio de su enlace con mi madre, enlace que él ha preparado y que con una sola palabra puedo yo destruir; yo vi cuánta razón tenía Esteban, y, no por mi seguridad, sino por la suya, consentí.

Además alentaba ya en mi seno ese desventurado, que ha visto la luz entre una horrible miseria.

Como si este doloroso relato hubiese fatigado á Sofia, le suspendió, inclinando la cabeza sobre el pecho.

—Inés no me ha dicho nada de eso, cuando hemos vuelto Luis y yo—dijo Anastasia—; sólo me ha dicho, que tú habías desaparecido, que te se había buscado, que no había sido posible encontrarte; nadie tampoco me ha hablado de tu casamiento con Esteban.

—Hoy las gentes se olvidan de las cosas ajenas que pasan, para ocuparse de otras nuevas; y en cuanto á la señora condesa y á su hermano, debe haberles impuerto silencio su propio crimen—dijo Sofia, levantando su hermosa cabeza, y fijando la triste mirada de sus magníficos ojos negros en Anastasia.

Y luego continuó:

—Repentinamente malvendiendo nuestro mobiliario y los pocos efectos de valor que teníamos, lo que con nuestros

ahorros sólo montaba algunos miles de reales; sin despedirnos de nadie, recatándonos, y como quien huye, tomamos el tren correo para París.

Esteban, que era un pintor muy recomendable, y sobre todo, un excelente marinista, como que había estudiado hasta la saciedad la mar, creyó que podríamos vivir de sus pinceles en la gran capital del mundo civilizado, que se jacta de ser el templo del arte, abierto al genio, sea cualquiera el país de donde proceda; pero el hospitalario París, es terrible para los que van á buscar en él la fortuna por medio de la gloria.

El camino que conduce al templo del arte y de la fama, es largo y escurridizo, y está cortado por abismos que sólo pueden salvarse con alas de oro.

Antes de llegar á la gloria y á la fortuna, hay que pagar los elogios de los periódicos, hacerse reclamar estruendosamente, para llamar la atención del estragado París. Estas trompetas de la fama cuestan muy caras, y si no se las paga, no suenan.

Esteban conocía mucho á París.

Pero el París que él conocía era el París de los salones, de los grandes círculos, de la gran vida.

Pero no conocía absolutamente el París pobre.

Conocía el París de los placeres, pero no el París del trabajo.

Conocía el París en que se goza, no el París en que se agoniza.

Tenia muchas relaciones, muchos amigos y aun parientes en el gran mundo.

Pero había ido á París de riguroso incógnito.

Bien es verdad que para vivir de incógnito en París y en cualquier otra capital populosa, basta con ser pobre.

En todas partes se desconoce á los necesitados.

Nos redujimos desde nuestra llegada á una vida, no ya modesta, sino de privaciones.

Vivíamos en un quinto piso, desde el cual se gozaba la vista de una enorme extensión de tejados, de chimeneas y de torres y de cúpulas de iglesias y de edificios públicos, y gozábamos de un aire purísimo, eso sí; pero para aspirar el cual había necesidad de subir ciento cincuenta escalones, al más alto de los cuales se llegaba jadeante y acometido por la asfixia.

Cierto era que para pintar se tenía una luz directa, abierta, magnífica, si es que puede llamarse magnífica; esto es, radiante, la luz que cae del cielo, generalmente frío y gris de París.

Un cielo color de plomo, salvo rarísimas excepciones.

Comíamos en un restaurant inmediato, á cinco reales el almuerzo y al mismo precio la comida.

El pobre pintaba desde que amanecía hasta que obscurecía.

En dos días una marina ó un paisaje.

Por la noche, después de comer, nos íbamos á un cafetín inmediato, donde tomábamos un mal café y leíamos el periódico.

No había más que uno.

Por añadidura, era republicano intransigente.

A las diez nos volvíamos á casa y nos recogíamos.

Eramos felices.

Teníamos grandes esperanzas.

Esteban había recorrido algunos almacenes de cuadros.

Había pedido los precios de algunos paisajes, de algunas marinas, de algunos cuadritos de género muy inferiores á los que él pintaba, y el menor precio de los que le dieron fué el de doscientos francos.

¡Magnífico!

Aunque á él no le dieran más que doscientos francos por cada una de sus tablas, se podía contar con cien francos diarios.

Se podría vivir cómodamente y aun ahorrar.

¡Ilusiones de la esperanza!

Cuando Esteban tuvo una docena de cuadritos, llevó uno de ellos á uno de aqueltos comerciantes.

Se le respondió que la firma no era conocida, que sus obras eran muy vulgares, que, en fin, sus cuadros no eran artículo de comercio.

El mismo resultado obtuvo de todos los comerciantes de cuadros á quienes se dirigió.

Al fin uno más humano que los otros, le dijo:

—Este es bonito, hay originalidad, revela genio, y sobre todo, el color es atractivo; pero tenemos siempre la contrariedad gravísima de lo desconocido de la firma; si usted quisiese que firmase sus primeras obras uno de mis mejores clientes, se podría hacer algo.

—Pero una obra de arte se recomienda por sí misma—dijo Esteban conteniendo su indignación.

—Así debía ser—respondió el mercader—; pero no es: una buena firma hace que se pague á precio fabuloso una obra detestable; por el contrario, una admirable obra de arte no encontrará quien para adquirirla pague cincuenta céntimos, si la firma del autor es desconocida.

—Yo no permitiré que una obra mía lleve el nombre de otro—exclamó Esteban.

Y se volvió desalentado y enfermo á casa.

Desde aquel día empezó la enfermedad terrible que, unida á la miseria que nos sobrevino, causó la anemia que le mató.

Me he ocupado de los anteriores detalles, para que veáis lo que es ese hospitalario París respecto al talento.

Para que veáis hasta dónde llega la imbecilidad del vulgo que mata, con el indiferentismo de su ignorancia, tantas aspiraciones generosas.

La enfermedad de Esteban vino á aumentar nuestros gastos.

El pobre dinero que habíamos llevado á París se acababa rápidamente.

No hay nada que tanto dome á la altivez y á la dignidad como la miseria.

Esteban sucumbió al fin, no por él, sino por mí, por el ser inocente que yo alentaba en mis entrañas, y consintió en que otro firmase sus cuadritos.

Recibió por cada uno veinticinco francos.

—Y bien—dijo resignándose—, ganemos veinticinco francos cada dos días; iremos tirando; más adelante, nos acreditaremos; el camino del arte es muy duro en sus principios, y hay que resig-

narse á él, continuar sin desalentarse, sin perder la fe.

Algunos días después volvió más desesperado que antes.

Había visto en el almacén donde había vendido sus doce obritas, cuatro de ellas expuestas, y bajo cada una de ellas marcado el precio de quinientos francos.

Y no era esto lo más terrible, sino que aquellos cuadros habían sido tocados, alterados.

Pidió explicaciones al mercader.

—Necesariamente—le dijo éste—, Mr. Tal no hubiera podido poner su firma en una obra que no acusase su manera peculiar: al sello que él ha puesto á esos cuadros, se debe el poder exigir por ellos quinientos francos.

—Pero no se ha hecho otra cosa que alterar brutalmente mi obra: esto es detestable.

Hubo una agria disputa en que intervino la policía, y Esteban se vio llevado como un perdido al tribunal correccional y castigado con una multa y quince días de prisión.

No volvió á entrar en casa.

De la prisión fué llevado enfermo al Hospital, de donde no salió sino para ir definitivamente al cementerio.

Una fosa común en tierra extranjera, confunde desconocido al marqués de los Atabalillos, grande de España, con otra multitud de seres desventurados que allí se han perdido también.

Yo me volví loca.

Cuando curé, cuando salí del Hospital, me entregaron mi hijo.

Yo le había dado á luz durante mi

estado de demencia, sin la conciencia de ello.

Si el desventurado no se hubiera parecido de una manera tan maravillosa á su padre, yo no hubiera podido tener la seguridad de si era ó no mi hijo.

Me encontré en París sola, con mi hijo en los brazos y sin domicilio.

Acudí á la Embajada.

Allí, á duras penas, á fuerza de lágrimas, obtuve que se me pagase el viaje hasta Madrid y una pequeña cantidad para cuando llegase.

La venta de mis muebles y de algunos cuadritos que me fueron entregados cuando pagué el depósito, me permitió tomar un cuarto cuando llegué á Madrid, comprar unos muebles y un traje de luto.

Así he podido tirar dos meses; pero al fin, agotados mis recursos, fuí lanzada del cuarto y puesta en la calle.

Antes de salir, había escrito desesperada á la condesa de los Atabalillos; pero al llegar á la puerta de la calle me faltaron las fuerzas y me senté desfallecida en el umbral.

Yo no lo sé lo que hubiera sido de mí si no hubiera pasado tan á tiempo y reparase en mí mi queridísima hermana Lola.

Esta historia tan sencilla y tan terrible á la par, había afectado profundamente á los que la habían oído.

—Esta es una sucesión de infamias in calificables—exclamó Luis—; pero, en fin, si bien es cierto que la Providencia permite con suma frecuencia que inocentes sean víctimas de grandes crímenes, también lo es que no deja impune nin-

gún crimen: y ya ha empezado la acción de la Providencia matando al marido de mi tía Inés, muerto en duelo por un desconocido, ó más bien, por una desconocida...

—Gabriel era un miserable y debía tener una larga historia de infamias—dijo Anastasia—; yo no tenía duda de la intención con que Pedro había casado con él á su hermana; Esteban estaba sentenciado por él, y para no sucumbir á sus manos ó á las de un asesino pagado por él, se vió obligado á huir al extranjero; la miseria, matando á Esteban, ha cumplido de balde el infame propósito de Pedro; muerto Esteban, él quedaba heredero de su hermana, que podía muy bien morir, y un hombre como Gabriel era lo más á propósito, casado con Inés, para cometer uno de esos asesinatos que, cometidos dentro de la familia, quedan ocultos, sin que aun siquiera se sospechen.

—¡Ah, sí, los venenos que matan lentamente y de una manera segural—exclamó Luis.

—Parece todo esto un sueño del infierno—exclamó Lola.

—Pero si Dios deja hacer estas cosas—dijo la Doro—, ¿de quién nos vamos á amparar contra la gente mala?

—Dios es incomprensible—dijo Anastasia—pero su Providencia espanta.

—La Providencia abandonó á mi Esteban—dijo con el acento del dolor sin esperanza Sofía.

—Gabriel ha caído—dijo Luis.

—Pero Esteban no resucitará—exclamó Sofía—y mi hijo está amenazado.

—¡Amenazado!—exclamó Luis.—¡Es

verdad: ese pobre niño ha heredado los derechos de su padre!

—Y por eso el conde de Casas-Patiño ha hecho todo cuanto le ha sido posible para que mi hijo y yo muriéramos de miseria.

—Por lo mismo—dijo Anastasia—, cuanto antes la acción legal, para que tu hijo sea reconocido como hijo legítimo de Esteban; así, ese miserable se verá obligado á cometer dos asesinatos para heredar á su hermana, y esto es demasiado peligroso.

—Y en último resultado—dijo Luis—, yo me encargo; ¿para qué se han hecho los lances de honor?

Sucedieron algunos momentos de silencio á las graves palabras que Luis acababa de pronunciar.

La voz de un criado que apareció en la puerta rompió aquel silencio:

—Señor—dijo—; una señora, que está á la puerta en un carruaje, ha dado una tarjeta para vuecencia.

Lola se puso pálida, y se estremeció:

—Esto es extraño, muy extraño—dijo Luis, que había tomado la tarjeta.

Y luego añadió, dirigiéndose al criado:

—Que se reciba á esa señora; que se la lleve al salón.

El criado se fué.

—¿Y qué señora es ésa—preguntó Lola, no pudiendo contenerse.

—No creo que esa sea una historia—dijo Anastasia.

—No, madre mía; no, Lola—exclamó Luis—; esta tarjeta dice: María del Carmen Avendaño; y por bajo, escrito en lápiz, y por cierto con una hermosa letra, dice: "Suplica una entrevista al se-

ñor conde de Río Verde, de parte del contendiente del conde de los Atabalillos".

Y dió la tarjeta, para que la viese, á Lola.

—¡Ah!—dijo ésta, como si la hubiesen quitado un peso horrible del alma.

—Permitidme —dijo Luis—; yo no puedo hacer esperar á esa señora.

Y salió.

—¡Ah, no, no!—dijo Anastasia—; yo no me quedo esperando, llena de ansiedad.

—Ni yo tampoco—dijo Lola.

—Ven tú también, Sofia.

Las tres salieron.

La Doro no se atrevió á seguir las.

No la habían invitado.

—Vamos—dijo la Doro resentida—, se olvidan de mí; como si yo no fuera, como si dijéramos, la madre de mi Lola, de la familia. ¡Jesús! ¡Y qué cosas tan terribles suceden en el mundo, y entre la gente noble! ¡Vamos, lo malo está en todas partes, y lo bueno en muy pocas! ¡Qué mundo, señor, qué mundo! Pues no, yo no me estoy aquí esperando sola, hecha un pasmarote; yo me voy con Petra.

Y salió.

Pero no encontró á Petra en su cuarto.

Se había ido con su marido al café, y se habían llevado al pequeño hijo de Sofia.

CAPITULO XVIII

En que se sabe al fin quién era Carmen y por qué fué á buscar á Luis.

Aunque Luis iba de prisa, no sólo para que no esperase su extraña visitante, sino para satisfacer la curiosidad que le causaba la visita, Anastasia, Lola y Sofia, que iban más deprisa y más excitadas que él, antes de que él llegase al salón, llegaron por distinto camino á otra puerta que al salón daba, y se pusieron en acecho en la sombra, detrás de las colgaduras ó de los *portiers*, como hoy se dice.

Un momento después de haberse emboscado para ver y escuchar, entró una mujer, á la que dijo el criado que la había introducido:

—El señor va á venir al momento.

Aquella mujer, aquella joven, aquella señora, atravesó gallardamente el salón, y fué á sentarse en uno de los sillones, junto á la chimenea que estaba encendida, y á más con dos candelabros, en cada uno de los cuales ardían seis bujías, color de rosa.

Estaba, pues, iluminada de lleno.

Ya la conocemos.

Era la que con traje de hombre había matado á Gabriel.

Aquel mismo día había partido con el gitano Curro que le acompañaba, á Toledo, había permanecido en aquella ciudad tres días, había vuelto y había puesto casa en Madrid.

Lola se sobresaltó al verla.

—Yo la conozco—dijo en voz baja á Anastasia—, la conozco mucho, yo la he vendido mucha y muy rica pedrería: los solitarios que trae en los pendientes, la costaron diez mil duros: ¿cómo conoce Luis á esa mujer?

—Puede ser que Luis no la conozca—dijo con voz, también muy baja, Anastasia—; pero cállate, pronto vamos á saberlo: Luis está ahí.

En efecto, Luis acababa de entrar en el salón.

Se acercó á ella, que le dijo:

—Dispénsame usted, señor mío; usted debe encontrar muy extraña mi visita y á estas horas.

—En verdad, no tengo el honor ni la satisfacción de conocer á usted, señora—dijo Luis, que la miraba asombrado.

Y no era para menos: Carmen estaba hermosísima y vestía con un lujo y una distinción extraordinarios.

Se sentó frente á ella.

—Y, sin embargo,—dijo Carmen—, usted me conoce, señor conde; usted me ha visto suficientemente, á causa de un asunto tan grave, como el duelo en que tuve la satisfacción de matar, en buena ley, á aquel canalla, á aquel miserable conde de los Atabalillos... conde por su casamiento con su tía de usted, á la que

hice un. inapreciable servicio, libertándola de su marido.

Carmen había dicho esto de una manera tranquila y reposada.

Como si se hubiera tratado, no de una excentricidad mayúscula, sino de la cosa más sencilla y más natural del mundo.

Luis la miraba perrlejo, y sin acertar á responderla.

—Comprendo la situación de usted— dijo Carmen—, todo esto se explica, diciéndole á usted que yo soy ana aventurera.

—¡Oh, señora!— exclamó Luis aturrido; yo no creo...

—Aventurera, sí— añadió Carmen—; pero no en la acepción vulgar de la palabra; yo estoy muy lejos de ser, ni poco ni mucho, una mujer despreciable; pero mi vida ha sido desde mi nacimiento una sucesión de aventuras extraordinarias; yo no he amado aún ni he dado motivo para que ningún hombre se crea amado por mí.

—¿Ni Gabriel?— preguntó Luis, que se había rehecho.

—Yo no provoqué, yo no maté á Gabriel por mí misma, sino por mi hermana *Soleá*.

—*Soleá*— exclamó con extrañeza Luis—, notando la manera flamenca de pronunciar el nombre Soledad.

—Sí, una gitanilla como unas flores— dijo Carmen—, y un infame me la perdió y me la mató.

—¡Gitanilla su hermana de usted!— dijo con asombro Luis.

—Es que yo soy *cañi* (gitano) por toos ocho costaos— dijo con una extraordinaria gracia Carmen.

—Nadie lo creería— dijo Luis—; rubia como el oro, blanca como el nácar.

—Y qué, señó— dijo Carmen acreciendo su gracejo y su volubilidad—, no ha conocio su mersé gitanillas más rubitas que el sol y más blancas que el ampito é la nieve; en nuestra casta hay é tóo, como entre las castellanas. Pero hablemos seriamente, que yo no he venido aquí en balde: voy á decirle á usted mi historia en compendio; no tengo por qué ocultarla: mi familia y yo somos naturales de Cádiz, nacidos todos y criados en el barrio de la Viña.

Mi padre era un chalán muy rico.

Se llamaba Paco de Avendaño, y por sobrenombre el Corcobito.

Estaba casado con la mujer más hermosa que han visto los nacidos en Cádiz, que es la patria privilegiada de las mujeres barbianas. Esto fué mi desgracia.

Un día mi padre, que era un tigre y que había matado á un señor muy rico y de muchas influencias, que importunaba á mi madre, se le presentó, y con las manos ensangrentadas la dijo:

—Carmen de mi alma, por la calle me he encontrao á on José, que me *pincharaba* (miraba) malamente, y le he *mula-bao* (matado); mientras yo me lavo las manos, coge toas las alhajas y toos los *archanes* (dineros) que hay en casa, y con los *churumbelos* (muchachos) á salí pitando pa el Puerto.

Entonces tenía yo dos años y uno mi pobre hermana *Soleá*.

Así salimos de Cádiz huyendo, porque si hubieran cogido á mi padre, le hubieran ajusticiado, porque los parientes del difunto eran muy poderosos.

A fuerza de dinero nos admitieron sin pasaporte en una fragata que hacía el viaje á Montevideo.

Una vez en Montevideo, mi padre envió un poder á un compadre suyo, á mi padrino, el tío Castrales, que vendió nuestros bienes, y envió su importe á Montevideo, donde mi padre trabó conocimiento con un capitán negrero.

En resumen, mi padre empleó su dinero en la trata, é hizo algunos viajes con su amigo.

Este comercio aumentó enormemente nuestra fortuna.

Mi madre vivía con nosotros en Montevideo, como una gran señora.

Durante uno de estos viajes, murió á bordo el socio de mi padre.

Era soltero, sin parientes, y dejó en su testamento á mi padre toda su fortuna.

Esto nos hizo fabulosamente ricos.

Fuimos lo que yo soy ahora: inmensamente millonaria.

Mi hermana y yo nos educamos en París.

Mi padre se había retirado de la trata, y se había hecho banquero en París.

Mi hermana y yo sabíamos que éramos gitanas.

Nuestros padres no nos habían ocultado nuestro origen.

Nos habían traído y nos habían llevado á Cádiz, y conocíamos á nuestro pariente.

Hace cuatro años murió mi madre, joven aún y hermosa.

Mi padre, que la adoraba, no pudo resistir á su dolor, y al poco tiempo la siguió.

Mi hermana y yo quedamos bajo la tutela de un tío, hermano de mi padre, que murió hace dos años, cuando yo era ya mayor de edad.

Fui puesta, pues, en posesión de mi fortuna y encargada de la tutela de Soledad, que era dos años menor que yo.

Por la muerte de mi tío, que era el rey de los gitanos de Cádiz y Sevilla, yo fui la reina.

De modo, señor conde, que está usted delante de una majestad gitana, y no de una majestad constitucional, sino de una majestad absoluta.

—Y yo me apresuro á tener el honor de rendir á vuestra majestad el homenaje de mi adhesión y de mi lealtad—dijo Luis, quemando con estas palabras la sangre á Lola, que miraba y escuchaba con toda el alma en los ojos y en los oídos.

—Se tendrá presente, para servir á usted y á los suyos, su adhesión y su lealtad—dijo Carmen.

Y luego continuó:

—Mi historia llega á su fin.

Hace tres años fue por Cádiz uno de esos buscavidas elegantes que por sus maneras, su traje y su falsa posición parecen personas importantes.

Ya le conoce usted bastante.

Este hombre era Gabriel.

Olió nuestros millones y se propuso explotarnos. Se dirigió primero á mí.

Pero me era instintivamente repulsivo y le rechacé.

Con mi hermana fué más afortunado, por desgracia de ella.

Se enamoró frenéticamente de aquel miserable.

En vano fueron mis consejos.

Yo cedí al fin.

Pero exigí que se casase.

Mi pobre hermana, en su locura, se había olvidado de todo.

El infame dió largas, se valió de excusas, y al fin, estrechado por mí, me dijo:

—Yo he enloquecido por Soledad y he sido imprudente; me he olvidado de todo, yo puedo continuar considerándola como mi alma, como mi vida; pero á causa de su raza, que todo el mundo conoce, yo no puedo casarme con ella.

Yo cegué de furor y me arrojé á él como una pantera.

Gritó, acudieron y le arrancaron de mis manos medio estrangulado.

Desapareció de Cádiz sin que yo pudiese saber su paradero.

Yo no podia explicarme la negativa de aquel hombre á casarse con mi hermana. Yo no creía lo de la diferencia de castas.

Una joven tan rica como mi Soledad de mi alma pertenece á la primera, á la más alta de las castas: á la de los millonarios.

Yo no sabía, como he sabido después, que aquel miserable era casado.

Estaba separado de su mujer y se presentaba como soltero para explotar por buen mozo á las mujeres ricas.

—¡Casado con otra que con mi tía!— exclamó Luis.

—Por supuesto, Gabriel era viudo cuando le casaron con la señora condesa de los Atabalillos.

Su primera mujer había muerto poco antes.

Mi hermana había muerto ya.

Yo buscaba ansiósa á aquel malvado para matarle.

Pero se había perdido de tal manera, que yo perdí la esperanza de vengarme.

Una casualidad me hizo dar con él.

Como reina de los gitanos, yo estoy obligada á mirar por ellos, á protegerlos.

Uno de los de Cádiz había cometido dos asesinatos agravados por robo é incendio, y su conmutación de pena se hizo tan difícil, que me vi obligada á venir á gestionarla por mí misma á Madrid, donde no había estado nunca.

Madrid me gustó y me propuse permanecer en él.

Monté casa de una manera conveniente en relación con mi fortuna.

Un día, más bien, una tarde, paseando en carruaje por el Retiro, lo encontré.

Iba en otro carruaje con su mujer.

Con la condesa de los Atabalillos.

El reparó en mí, pero no me reconoció.

No me había visto más que con mi traje de gitana.

La diferencia de peinado singularmente cambia en gran manera el parecido.

Yo sentí una alegría infernal.

Tenía ya á mi hombre, ó más bien á mi muerto. Desaparecí á mi vez.

Tomé el traje de hombre.

Me pasé cuatro horas diarias ejercitándome con un maestro de armas durante dos meses.

En casa, me ejercitaba al blanco con pistolas de salón.

Cuando estuve segura de que podía batirme en duelo sin desventaja, provoqué al miserable.



Ya sabe usted las consecuencias, porque usted fué uno de los testigos de aquel duelo.

Después he recobrado mi traje de mu- y he vuelto á instalarme en mi casa, que ofrezco á la señora madre de usted y á su señora prima la marquesa de Somo- peña y á usted, para cuando se haya usted casado con su prima, si es que usted aceptan la amistad leal y cariñosa de una mujer, aunque gitana, honrada.

—¿Y cómo no, señora?—exclamó con sinceridad Luis, que tenía en la sangre el temperamento filosófico de su madre—; nosotros respondemos con gran satisfacción á la amistad de usted con otra semejante. En cuanto á mí, doy á usted las más expresivas gracias por haber desvanecido el misterio del duelo en que pereció aquel malvado.

—Si no amenazaran nuevas maldades—dijo Carmen—, el misterio de aquel duelo continuaría para usted; yo no me hubiera dado á conocer á usted, y en todo caso, no hubiera sido de una manera tan intempestiva nuestro conocimiento.

—¡Maldades! — exclamó sobresaltado Luis.

Los que escuchaban, escucharon con más ansiedad aún.

—Maldades, sí—dijo Carmen—; yo he librado á la humanidad de un infame capaz de todos los crímenes; pero queda otro más infame aún: el conde de Casa-Patiño, tío de usted.

—¡Ah! Ya habíamos pensado en esto—dijo Luis.

—¿A propósito de qué? — preguntó Carmen.

—A propósito de Sofía y de su hijo—respondió Luis.

—En efecto, esa señora y ese niño—dijo Carmen—son un obstáculo á la avaricia del conde; yo, que tenía razones para vigilarle, por cuenta mía, porque tengo en él un enemigo, he sabido que tanto esa señora como su hijo, están amenazados de una desgracia: por lo mismo he venido, sin perder tiempo y atropellando las conveniencias, á avisar á usted: hay que cuidar mucho de esa señora y de ese niño.

Acabadas de decir estas palabras, Carmen se levantó, como dando por terminada su visita.

—¡Cómo! ¿Se va usted?—dijo Luis.

—Sí; yo he cumplido ya con mi deber.

—Yo desearía más explicaciones.

—Yo, por ahora—dijo Carmen—, no puedo decir á usted más sino que velo por mi parte, y de que avisaré á usted de todo lo que sepa.

—¿Y no quiere usted que tengan la satisfacción de conocerla mi madre, Sofía y Lola?

—Más tarde, cuando ase canalla haya sido puesto fuera de combate, que no tardará; entretanto, adiós, hasta la vista.

Luis no encontró medio de detener á Carmen.

Salió con ella, acompañándola hasta las escaleras.

Cuando la despidió, se fué á buscar á su madre, á Lola y á Sofía en el gabinete donde las había dejado.

—No, nos digas nada—le dijo su madre—, lo hemos oído todo; ¡qué mujer, Dios mío! ¿Y cuáles serán sus motivos?

—Yo tengo miedo—exclamó Sofía—,

yo me espanto: ¿qué nuevas desgracias me amenazan?

—Pues yo, que soy muy fisonomista—dijo Lola—; yo, que, como corredora de alhajas, he conocido á Carmen, la tengo por una criatura que tiene el alma tan hermosa como el cuerpo; yo confío completamente en ella.

En aquel momento entraron la Doro y la Petra dando gritos.

—¿Qué es esto que sucede?—exclamó Anastasia.

Petra no podía hablar.

Estaba pálida como una muerta y temblaba de los pies á la cabeza.

La Doro estaba agitada de una manera extraordinaria.

—Esto es—dijo con la voz entrecortada—, esto es... que á Petra le han robado el niño.

Sofía dió un grito y se desmayó.

El espanto se apoderó de todos.

—¿Y tu marido?—exclamó la condesa.

—Mi marido ha ido á buscar á la policía—exclamó Petra pudiendo hablar apenas.

—¡Se nos ha avisado tarde!—exclamó Luis.

Y salió desalentado.

CAPITULO XIX

En que se ve cómo Carmen hizo caer en una trampa de lobo al conde de Casas-Patiño y cómo desapareció Lola.

Veamos lo que había sucedido.

Como sabemos, Petra y su marido se habían ido á un café inmediato, donde había cante flamenco.

Tenían costumbre de pasar allí una parte de la noche.

Dejaban acostado á su hijo, y se llevaban al pequeño de Sofia, al que como todavía estaba muy débil, no se le podía dejar un momento.

Aquella noche se produjo de improviso una de las *broncas* que suelen armarse en los cafés de este género.

Sonó una bofetada.

Sobrevinieron voces irritadas.

Rodaron servicios.

Se arremolinó la gente.

Salieron atropellándose.

Aumentaron la confusión los mozos, siguiendo á los que aprovechaban el tumulto para irse sin pagar.

La policía no acudió.

Ni más ni menos que si no hubiera habido policía en Madrid.

Esto sucede casi siempre.

En la confusión, una persona, de la que Petra no pudo hacerse cargo, la arrebató de los brazos el hijo de Sofia.

Gritaron Petra y su marido.

Los agentes no parecieron.

Se aglomeró gente.

—¡Han robado un niño!—decían por todas partes.

Pero el niño no parecía, ni la policía tampoco.

El marido de Petra se fué á buscarlo.

Entretanto una mujer de malas trazas corría, llevando bajo el pañuelo un bulto.

Aquel bulto lloraba.

Era el niño de Sofia.

Aunque aquello tenía apariencias extrañas, los transeuntes no lo extrañaban.

¿Qué le importa á nadie de las cosas ajenas.

Y sobre todo, ¿á qué meterse en negocios en que pueda tomar parte la justicia, y agobiar á los que se mezclen con buena intención con citas y declaraciones?

Aquella mujer llegó, sin que nadie la detuviese, á la encrucijada de dos calles estrechas, donde esperaba un carruaje.

Junto á él había un hombre embozado.

La mujer se acercó á él, y en silencio le entregó el niño.

Luego se alejó á toda prisa.

El embozado entró con el niño en el carruaje, que inmediatamente partió.

Salió de Madrid, por la puerta de Atocha, y continuó hacia donde fué el canal del Manzanares, por el paseo de las Delicias.

Continuó hasta el puente de Santa Isabel.

Se metió por la Pradera, y se detuvo delante de un casuco aislado.

La puerta de este casuco y la portezuela del carruaje se abrieron á un tiempo.

El embozado se metió en la casa, cuya puerta se cerró.

El carruaje se volvió á Madrid.

Quien hubiera reconocido las mimbreras y los árboles inmediatos, hubiera encontrado tras ellos escondidos algunos hombres.

Aquellos hombres tenían todas las trazas de agentes de la policía secreta, ó de la Ronda de capa, como mejor que-ramos.

Estaban cerca del casuco y atentos.

Los mandaba un inspector.

¿Pero vigilaban aquella casa, ó por casualidad estaban allí para otro servicio?

Esto no podía determinarse.

La pradera del Canal está siempre muy vigilada, á causa de los Pájaros-pintos que se amparan de los ventorrillos y de los merenderos, esparcidos pintorescamente por aquellos sitios.

Entre tanto Carmen había llegado á su casa.

En ella la esperaba su acompañante, el Currito.

—¿Está hecho el negocio?—le preguntó Carmen.

—Sí—respondió Curro—: el niño está ya en el caserón de la Pradera.

—¿Y la mujer que ha de cuidarle estará allí?

—Por supuesto.

—¿Se ha avisado al conde de Casas-Patiño?

—Sí; y ya he ido á la casa donde está el niño.

—Por lo visto, ha mordido bien el cebo.

—Ya lo creo: y se ha tragado el anzuelo.

—Te ha dado el conde la carta que él cree debe ser entregada á Sofia.

—Aquí está—dijo Curro— sacando una cartera, y de ella una carta.

Carmen la abrió.

Decía así:

“Si no quieres que tu hijo muera, ven al momento. Un carruaje te espera en la plaza de Bilbao, junto á la calle del Clavel: es inútil que te ampires de la policía: están tomadas todas las precauciones: si al momento no vienes, tu hijo morirá.”

La letra estaba visiblemente defigurada. Se había procurada se pareciera á la letra de imprenta.

Carmen, por medio del Curro, había tendido un lazo al conde de Casas-Patiño. Curro había vigilado al conde.

Le había visto entrar de noche, disfrazado, en la taberna de Silvestre, en la calle de Atocha.

Curro trasteó á Silvestre.

Comprendió que había motivo para utilizar sus servicios, y Silvestre, comprado á peso de oro, hizo traición al conde.

Carmen supo la noche en que provocado un tumulto en el café flamenco á donde tenían costumbre de ir Petra y su marido, debía ser robado el hijo de Sofia.

Lo supo todo.

Si fué á buscar á Luis y á advertirle del peligro que corrían Sofia y su hijo, fué para inspirar á Luis confianza, y evitar la desesperación de Sofia.

Estando el conde de Casas-Patiño en el casuco de la Pradera, esperando á que su amor de madre llevara á Sofia, Luis, que indudablemente había ido á buscarlo, no podía haberle encontrado.

Era de suponer se habría ido al gobernador para excitarlo á que la policía buscase al pequeño robado y que después de esto se hubiera ido á su casa.

Ya era tiempo de que Luis hubiese vuelto á ella.

Carmen volvió á tomar su carrera y se hizo conocer de nuevo en casa de Luis, ó más bien de Anastasia.

En efecto, Luis estaba allí.

No había encontrado en su casa al conde de Casas-Patiño.

Más aún: le habían dicho que el conde había salido de Madrid y que no volvería en algún tiempo.

Desesperado, se había ido á buscar al Gobernador, y éste le había asegurado que haría cuanto estuviese de su parte, y que la policía revolvería el cielo y la tierra hasta dar con la criatura robada.

El gobernador había hablado de buena fe.

No sabía nada.

Si había agentes de policía secreta vigilando el casuco de la Pradera, era á causa de una confidencia falsa anónima en que se le decía que un criminal famoso á quien se buscaba en vano, debía ir aquella noche á refugiarse en aquel casuco.

Algunos agentes habían sido apostados.

Habían visto llegar los dos coches.

El que había conducido al niño, y el otro en que había llegado el conde.

Pero no habían olfateado al bandido en cuestión, y permanecían inmóviles y acechando.

Carmen encontró en su casa á Luis y se hizo anunciar á éste, que se apresuró á recibirla.

Pero no la recibió solo.

Estaban con él, su madre, Lola y Sofia.

Todos se abalanzaron ansiosos á ella:

—¿Viene usted á traernos una buena noticia?—le preguntó con la voz entrecortada de ansiedad Luis.

Si—dijo Carmen—; vengo á tranquilizarlos á ustedes.

—¡Mi hijo!—exclamó Sofia.

—Nada tema usted por él, señora; todo lo que sucede y va á suceder ha sido y es de todo punto necesario para poner fuera de combate al conde de Casas-Patiño; pero es necesario también que se tenga una gran confianza en mí.

Era de tal manera elocuente el acento de Carmen; había tal sinceridad en la expresión de su semblante, en la ardiente, brava y noble mirada de sus magníficos ojos color de cielo; rebosaba de ella una vida tan poderosa, tan pura, que todos se sintieron impresionados.

Po díadecirse que Carmen con la grande influencia de su espíritu los había magnetizado, y naturalmente, sin pretenderlo, se había hecho dueña de su voluntad.

Carmen les manifestó el plan cuya

ejecución había preparado para coger en una trampa de lobo al conde de Casas-Patiño.

—Yo iré, yo iré—exclamó sin vacilar Sofía—; yo tengo valor para todo; para salvar á mi hijo y para vengar la muerte de mi pobre Esteban; yo estoy á la disposición de usted, señora, con todo mi agradecimiento por el favor inapreciable que usted me hace.

—Nada tiene usted que agradecerme, amiga mía—dijo Carmen—, si usted está ansiosa de vengar á su desventurado esposo, yo siento un hambre voraz de venganza por mi pobre Soledad, por ella he matado por mi propia mano á un infame asesino; pero este asesino tenía detrás de sí, en la sombra, á otro asesino más infame aún; sin las sugerencias del conde de Casas-Patiño, que necesitaba á Gabriel para sus fines, es seguro que después de haber enviudado Gabriel, se hubiese casado con Soledad, y ésta no hubiera sucumbido de dolor, de desesperación, de vergüenza: si yo hubiera tenido la seguridad de que el malvado Casas-Patiño, provocado por mi

hubiera venido al terreno del combate, como vino Gabriel, yo hubiera completado por mí misma mi venganza; pero el conde es cobarde, hubiera huído de mí; hubiera sido necesario para exterminarlo asesinarle, y no hay nadie que justifique el crimen; yo retrocedo ante él; pero tender un lazo á un gran criminal para que caiga en manos de la justicia, es servir á la justicia, servir á Dios.

Tan preocupado estaban todos, que no repararon en que Lola, prevaleándose de su preocupación, se había levantado y había desaparecido.

Cuando dispuesto ya todo se preparaba Sofía para ir á representar el papel que la correspondía en aquel terrible negocio, se echó de menos á Lola y se la buscó; el portero dijo:

—La señorita Lola ha salido sola y apresurada hace algunos minutos.

Esta noticia los sobresaltó á todos, y Carmen, Luis, Anastasia y Sofía, se metieron apresuradamente en el carruaje de Carmen que la esperaba á la puerta.

CAPITULO XX

A cuyo fin suena un pistoletazo misterioso.

El curruaje de Carmen, en cuyo pescante, al lado del cochera iba, debemos decirlo, el insigne Curro, el gitano, llegó en muy pocos minutos á la plaza de Bilbao, á la desembocadura en ella de la calle del Clavel.

El carruaje que allí había estado esperando á Sofía para conducirla al merendero de la Pradera del Canal, había desaparecido.

Curro, por orden de Carmen, se informó de uno de los cocheros que se estacionan en aquel punto para el servicio público, y supo que, en efecto, un carruaje particular había estado esperando allí durante una hora, y que hacía poco tiempo una señora, muy envuelta en su abrigo, había llegado y se había metido en el carruaje que esperaba, y que en cuanto le ocupó la señora, marchó.

Se sabía ya lo que había sido de Lola.

No podía dudarse de que ella, más fuerte y menos en peligro que Sofía, le había reemplazado para salvar al niño.

Esta acción, generosa y bizarra, que los asustó á todos, aumentó, si era posible que se aumentase, el amor que Luis sentía por Lola.

Ésta había puesto en relieve una cualidad más: su generoso valor.

Lola se había impresionado de una manera extraordinaria, y por más que Carmen había asegurado que Sofía nada

tenía que temer, había encontrado muy peligrosa para ella aquella aventura; y pensar en esto y decidirse á reemplazarla, fué para Lola obra de un momento.

Ella tenía una gran confianza en su propio valor.

Ella era capaz de todo, por la caridad, por la justicia, por el amor.

Era una mujer extraordinaria.

En roce con gentes de todas clases por su comercio de pedrería, conocía el mundo, sin que este conocimiento la hubiera contaminado ni empañado en lo más leve ni su conciencia ni su honra.

Acechada por unos, á causa de su hermosura; por otros, porque siempre llevaba sobre sí un gran valor en pedrería, Lola iba siempre prevenida con un pequeño revólver de seis tiros, no sólo para defender sus intereses, sino también su persona.

Y no era esto en vano.

Más de una vez se había visto obligada á ponerse en defensa.

Tenía, pues, práctica de las cosas.

Conocía el mundo en que vivía, y era brava.

Cuando sabiendo, por lo que les había manifestado Carmen, que esperaba un carruaje á Sofía, para llevarla á la pradera del Canal, se propuso reemplazarla para rescatar al niño; resuelta á todo,

sin vacilar un momento, se esquivó, se fué á su cuarto, tomó su revolver, se puso un ancho abrigo, se cubrió con el capuchón la cabeza, y salió rápidamente de la casa, tomando el camino de la plaza de Bilbao.

Ya sabemos lo que corre andando en paso levantado una mujer, y más si ésta mujer es tan joven y tan fuerte como Lola.

En muy poco tiempo llegó á la entrada de la calle del Clavel y al carruaje que allí esperaba.

Pertenecía éste al conde de Casas-Patiño, y le servía sólo, sin lacayo, uno de los cocheros de más confianza del conde que le servía particularmente en todo y para todo.

Un solemne pícaro.

Lola se acercó y le dijo, sin descubrirse:

—¿Espera usted á una señora?

—Puede ser—respondió el cochero—¿ha recibido la señora una carta?

—Sí—respondió con la voz firme Lola.

El cochero no conocía ni á Lola ni á Sofía.

No podía, pues, apercibirse del engaño.

Además de esto, el aire de dama de Lola era indudable.

El cochero bajó del pescante.

Abrió la portezuela.

Lola entró.

Se cerró la portezuela.

Volvió el cochero al pescante, y el carruaje partió.

Lola estaba ya en campaña, arrostrando un grave peligro por su hermana y por su sobrino.

Iba decidida á todo, y encomendándose á Dios, á la Virgen y á todos los santos, para que la ampararan.

Porque por fuerte y valiente que sea una persona, y por más confianza que tenga en sí misma, nunca está demás el amparo de Dios.

Era, cuando esto sucedía, bien pasadas las doce de la noche.

Según los informes del cochero de alquiler á Curro, hacía ya más de media hora que aquel carruaje había marchado con aquella señora.

En vista de estos informes, no se detuvieron un solo momento.

El cochero recibió orden de ir á la pradera del Canal por el puente de Santa Isabel.

El camino es largo.

Por lo menos una legua.

Pero á aquella hora las calles estaban casi solitarias, y el carruaje podía marchar velozmente.

Nuestros personajes iban aterrados, singularmente Luis.

Lo temían todo por Lola.

Cuando salieron por la Puerta de Atocha, el cochero, que dentro de la población había llevado los caballos al trote largo, los puso al gran galope.

Eran las doce y media cuando llegaron al puente de Santa Isabel.

Se había invertido en el trayecto menos de media hora.

Allí bajaron.

Yendo en el carruaje hubieran tardado más en llegar, á causa de las desigualdades y de la blandura del terreno.

Curro, que había ayudado á Carmen en la preparación de la trampa en que

debía caer el conde de Casas-Patiño, y que sabía cuál era el casuco donde debía encontrársele y donde debían estar también Lola y el niño de Sofia, marchaba delante guiando.

Iba bien armado.

Sabía además dónde estaban ocultos con un inspector los agentes de policía.

La pradera, de día tan alegre, aparecía tétrica, medrosa.

Los árboles, esparcidos acá y allá, parecían negros y siniestros fantasmas.

La luna menguante, que aparecía y desaparecía tras el revuelto celaje que impulsaba un viento fríísimo, arrancaba débiles brillos de la corriente del Manzanares, que llevaba en una marcha tortuosa su escaso raudal allá al fondo de la pradera.

Todo era triste y apenador.

Todo de mal augurio.

Curro se detuvo de improviso, y dijo á Luis y á las tres señoras:

—Espérense ustedes aquí: vela ahí la madriguera; yo voy á buscar á los *jeres* (gente de policía).

Y señaló una pequeña casa sólo de planta baja que se veía á poca distancia, entre un grupo de álamos, en cuyos varillajes, desnudos de hojas, silbaba desapaciblemente el viento.

Cerca de este casuco había un carruaje.

Sin duda, en el que había ido Lola.

El cochero no aparecía en el pescante.

Para ponerse al abrigo del frío, se había metido en el carruaje y dormía tranquilamente.

Había supuesto, no sin razón, que la

señora que había conducido tardaría en salir todo lo que quedaba de noche.

Esto favorecía á nuestros personajes, que no podían ser vistos por el cochero.

Curro se fué en derechura á unas mimbreras que estaban á poca distancia del ventorrillo.

Al llegar á ellas salieron á él de improviso algunos hombres embozados, y le rodearon:

—¿Adónde se va?—dijo uno de ellos, con una voz que apestaba á autoridad.

—A buscar auxilio—contestó, sin aturdirse, Curro, y como si no hubiese sabido que estaban allí los de policía.

—¿Auxilio para qué?—preguntó el inspector.

—En aquel ventorrillo que se llama de la Morena—respondió Curro—, si no se ha cometido todavía, puede cometerse un crimen.

—¿Usted responde?—preguntó el inspector.

—Sí, señor—respondió Curro—, y no se puede perder un momento.

—Pues vamos allí—dijo el inspector.—¡Ya decía yo! ¡Muchas idas y venidas de carruaje ha habido esta noche casa de la Morena.

Avanzaron de prisa.

Antes de que llegasen á la puerta, estando á algunos pasos de ella, sonó en el interior del ventorrillo la detonación de un pistoletazo.

Curro y los de policía se abalanzaron á la puerta, que era muy débil, y la forzaron.

Luis, su madre, Sofia y Carmen, se

lanzaron también hacia el ventorrillo.

El cochero, que había despertado á los golpes que los de policía habían descargado con las culatas de sus retacos sobre la puerta para forzarla, salió azorado del carruaje, vió toda la gente que cargaba sobre el ventorrillo, olió la poli-

cía y saltó en el pescante para huir á toda la carrera de los caballos.

Pero fué visto y preso.

Inmediatamente Curro y los de policía penetraron en el ventorrillo, y tras ellos, transidos de espanto, Luis y las tres señoras.

CAPITULO XXI

En que se ve que Lola se aterra porque cree haber cometido un crimen.

Antes de que llegase Lola, no había en el ventorrillo nadie más que el conde de Casas-Patiño y el pequeño hijo de Sofía.

La india brava, la hembra de alta barba, dueña del ventorrillo, á la que se conocía por el apodo de la Morena, y el que pasaba por su marido, el Cuquito (la Morena tenía su legítimo marido en presidio), se habían ido á un ventorrillo inmediato, para dejar en libertad al conde.

Este se paseaba impaciente, con el semblante demudado y la mirada siniestra, en un pequeño aposento, casi desamueblado, situado detrás del despacho del ventorrillo.

En una alcoba estrecha y negra, y arrojado en un camastro, estaba el hijo de Sofía.

El inocente lloraba de una manera tal y tan desolada, que hubiera afligido á cualquiera otro que no hubiera sido el conde de Casas-Patiño.

Tenía frío y hambre.

Era tal, además, su debilidad, que su llanto no podía oirse fuera.

El conde estaba agitadísimo.

Aquellos momentos eran para él solemnes, supremos.

¿Iría Sofía, arrastrada por el amor á su hijo?

Esto no podía asegurarse.

¿La acompañarían? ¿Se avisaría á la policía?

El conde lo había previsto esto y había tomado sus medidas.

Dos satélites suyos de toda su confianza habían estado en acecho en la plaza de Bilbao, cerca del carruaje que esperaba á Sofía.

Si ésta llegaba sola y entraba en el carruaje, y después de partir éste no se ponía nadie en su seguimiento, no había necesidad de avisar al conde.

Pero al más leve indicio de que el carruaje era seguido, uno de aquellos hombres debía montar en un caballo, que tenía prevenido en una casa inmediata, é ir á escape á llevar el aviso.

En este caso, avisado á tiempo, el conde huiría con el niño á otro lugar que tenía prevenido.

Siempre le quedaría una prenda para obligar á Sofía.

Porque el intento del conde no era matar á Sofía y á su hijo.

Era capaz de ello.

Por lo mismo, Carmen y sus amigos lo habían supuesto.

Pero una pasión mucho más terrible que su avaricia dominaba al conde por Sofía.

Un amor voraz, abrasador.

Un amor todo materialismo y concupiscencia. Un amor de demonio.

Poseer á Sofía, aunque fuese por medio de la violencia.

Poseerla un momento, aunque hubiera de morir inmediatamente, ú obligarla por su violencia, por su esclavitud en su poder, á casarse con él.

Aquel malvado se había vuelto loco.

Con una locura que arrostraba por todo para llegar á su objeto.

Por esto, colocado ya en una situación decisiva, su impaciencia era monstruosa, insoportable.

Se sentía malo, congestionado.

Y pasaba el tiempo.

No llegaba ningún aviso.

¿No habría ido Sofía?

¿Habría podido más su miedo que el amor á su hijo?

Llegó un momento en que el conde creyó que iba á estallar su cabeza.

Se oyó al fin un golpe á la puerta del ventorrillo.

El conde se rehizo y llegó vacilando como un ebrio á la puerta del ventorrillo y la abrió.

Lanzó un grito de gozo horrible, que más que á nada se parecía al rugido de un tigre que ve á su alcance la presa en que puede satisfacer su sed de sangre.

Una mujer de la misma estatura, del mismo empaque que Sofía, envuelta en un ancho abrigo cuyo capuchón le cubría la cabeza, había salido del carruaje y se había lanzado en el ventorrillo.

El conde cerró la puerta.

—¡Ah, por fin!—dijo el conde yendo á la habitación donde había salido.—¿Has adivinado que era yo?

—¡Sí!—dijo con su voz natural, Lola que había seguido al conde.

—¡Ah!—dijo éste con un acento indefinible, entre asombro, amenaza y despecho.—¡Tú no eres Sofía!

—¡No!—exclamó Lola descubriéndose.—Yo era antes Lola la de los Diamantes; ahora soy la marquesa de Murohendido, hermana de Sofía.

—¡Ah! ¡tú! ¡tú!—exclamó el conde pálido de cólera y cerrando los puños en ademán de amenaza.

—Vengo por mi sobrino y á salvarte á ti; vete, vete, que aún es tiempo, y no provoques á Dios.

Y Lola, que había oído llorar al niño, se había puesto en la puerta de la alcoba como en guardia y dando frente al conde.

—¿Y qué me importas tú?—dijo éste:—tú has venido á la ventura contando conque yo no me atrevería á causarte mal alguno y pretendes aterrarme. ¡Te engañas! ¡Yo estoy resuelto á todo! ¡Me han servido mal, han sido unos torpes! Pero no importa. Para obligar á Sofía tengo en prendas á su hijo y no le soltaré.

—A ti te han armado una trampa de lobo—dijo Lola—; has caído en ella, y yo he tenido valor para venir á encerrarme contigo para asegurarte.

—¡Una trampa de lobo!—dijo el conde.—¿Y quién? ¿Tú?

Y lanzó una carcajada desentonada, hueca; una carcajada de loco.

—¡Yo!—exclamó Lola—: ¡Yo no! A mí no se me hubiera ocurrido; á mí no se me ocurre hacer mal ni aun á mis enemigos, si yo tuviera enemigos; pero hay



alguien que siente contra ti una furiosa sed de venganza.

—¿Y quién? ¿Quién?—exclamó desalentado el conde.

—¿Quién?—respondió siempre serena y fuerte Lola—: el que mató al miserable con quien casaste á tu hermana Paca, al infame Gabriel.

—¿Y qué motivos de venganza tenía contra mí ese hombre?—preguntó desorientado el conde.

—Es que no se trata de un hombre, sino de una mujer.

—¿Una mujer!

—Sí; una gitana.

—No te comprendo.

—Sí; la hermana de la pobre Soledad, seducida, perdida por tu miserable amigo, que se hubiera casado con ella si éste no se hubiera casado con tu hermana Paca, que murió de dolor y de vergüenza. ¿Comprendes ahora por qué Carmen la gitana, la hermana de Soledad, te ha armado, para deshonorarte, para perderte, para llevarte á presidio por secuestrador, la trampa de lobo en que has caído?

—Pero tú me has avisado—exclamó el conde—: yo huiré, llevándome el hijo de Sofia.

—Yo no quiero que te pierdas—excla-

mó Lola—; no te detengas, vete; ya debes estar cerca; sálvate.

—No, no me iré sin él—exclamó ya de todo punto enloquecido el conde—; no me impidas el paso; no me obligues á que atropelle por todo y pase sobre ti.

Y avanzó demudado, tembloroso hacia Lola.

Esta dió un paso atrás, y sacando de debajo de su abrigo el brazo, armado de un pequeño revólver, le extendió hacia el conde, que retrocedió espantado.

Era cobarde. A Lola la ardían los ojos.

Su mirada aterraba al conde, dominadora, terrible.

Lola, para acabar de aterrarle, disparó, sin intención de herir.

Y, en efecto, no hirió al conde.

Pero éste aterrado, irritado, loco, contenido por el revólver y por la energía de Lola, cayó acometido por un vértigo y no se movió. Lola se engañó.

Creyó que había matado al conde, y lanzó un grito de horror y de espanto.

Este grito fué el que aterró á los que le oyeron desde afuera.

Poco después los de la policía primero, y luego Anastasia, Carmen, Sôfia y Luis entraron violentamente en el aposento.

EPÍLOGO

Todo se arregló lo mejor posible.

A Lola se le ensanchó el corazón cuando vió que ella no había herido al conde, sino que éste había caído congestionado de furor y de terror.

Como donde hay hoyo se echa tierra, se cubrió aquel hecho, viéndose, sobre todo, que no se podía proceder contra el conde, no porque no hubiese intentado un crimen, sino porque salvado á duras penas por los médicos de la congestión que le había cogido, quedó loco, y loco de una manera incurable.

Un manicomio fué su terrible cadena perpetua, ó más bien su sentencia de muerte, porque la muerte de la razón es mucho más terrible que la del cuerpo.

¿Y á qué hemos de decir que Luis, loco de amor, se casó con Lola, que estaba no menos loca por él.

Sofía, resuelta á no faltar á la memoria de su desdichado Esteban casándose con otro, se consagró al amor de su hijo y de su hermana Lola.

Anastasia creyó definitivamente en Dios, sin dejar de ser filósofa.

Porque la filosofía, si no es la verdad, ¿qué es? ¿Y dónde hay verdad sino en Dios?

La Doro se arrojaba en la felicidad de Lola, y decía con suma frecuencia:

—Dios premie, haciéndoles dichosos, á los que son buenos y tienen caridad.

FIN DE "LA NIÑA DE LOS DIAMANTES"

V. Blasco Ibáñez

Argentina y sus grandezas

(segunda edición)

La gran República Argentina, con su historia, sus costumbres, sus paisajes y su vida toda, aparece admirablemente descrita en este libro de incomparable belleza y de observación minuciosa y documentada. Blasco Ibáñez, el ilustre novelista español, no ha escrito de memoria. Recorrió todo el país argentino, desde las mesetas del Norte, bañadas por un sol tropical, hasta las comarcas del Sur que cubren los hielos antárticos. Visitó territorios que los mismos nacionales de otras latitudes desconocen, y á sus notas y apuntes de descriptor magistral y colorista, acompañó el documento gráfico, recogiendo millares de fotografías de todas las comarcas. Después de estos estudios, algunos de los cuales le ocuparon meses enteros, escribió su obra. Va en primer término la descripción del país argentino, la grandeza del territorio, sus montañas, sus lagos, sus ríos, la raza, el clima, la fauna y la flora, la agricultura, la ganadería, el comercio y el valor de la tierra. Sigue el estudio histórico de la Argentina de ayer, los conquistadores, los exploradores del Río de la Plata, la época de D. Juan de Garay, la vida colonial, la ciudad, el campo, las miserias jesuíticas, el virreinato y la independencia. Relátase después la Argentina de hoy, su organización definitiva, la política, el ejército, la marina, la educación, las ciencias, letras y artes, la prensa, el carácter argentino, la mujer, la beneficencia, la riqueza del país, los barcos, los ferrocarriles, la colonización y los extranjeros. Sigue una hermosa visión de lo que será la Argentina de mañana con el glorioso porvenir de aquel país floreciente y poderoso, que, así como avanza, acelera la velocidad de sus progresos. Y por último, como complemento de estos estudios de conjunto, va uno particular y especial de cada una de las provincias argentinas, con la impresión literaria del autor en su excursión por ellas, con su historia regional, su geografía, sus costumbres, su estadística y su producción.

Poco hemos de decir en cuanto á la parte material de esta obra, editada á todo lujo y sin escatimar ningún gasto. Su mejor elogio es rogar al lector que la examine en cualquier librería. Forma un volumen en folio de cerca de ochocientas páginas en papel couché, con millares de fotograbados en cobre. Fuera del texto van unas hermosas láminas en colores que, como todo el gráfico de la obra, son un modelo de estampación. Está encuadernada en piel, con oro y hierros especiales. Agotada la primera edición, hemos puesto á la venta la segunda al precio de 25 pesetas.

Pedidos á la

EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA,

Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado núm. 376.